

19321

RICARDO RYAN

BAJO NUESTRO SOL

LIBRO DE LECTURA



LL
1930
RYA

ANGEL ESTRADA Y CIA.
EDITORES

A
h-5
54



00088528

14



19321

RICARDO RYAN

BAJO NUESTRO SOL

LIBRO DE LECTURA

ILUSTRACIONES DE DINO MAZZA

CUARTA EDICIÓN



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA. - EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466

13371

Es propiedad de los EDITORES quienes la
ponen bajo el amparo de la ley N.º 7092.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
PRÓLOGO.....	ix
Mañana de sol.....	3
Los hongos y el eucalipto.....	6
La vela y el reloj.....	8
Cuento inglés.....	14
Consejos árabes.....	17
Los viajes.....	18
La hora de la siesta.....	23
El gallinero.....	24
Una pesquisa.....	27
El manantial.....	30
Sentencia china.....	33
Al caer la tarde.....	34
Los tres hijos del mujik.....	35
Una noticia.....	39
Esperando el coche.....	42
Impresiones del viaje.....	44
La lluvia.....	49
Mis primos.....	50
Una invitación.....	52
En marcha.....	54
La fiesta.....	56
Los alimentos y la salud.....	59
Límites de alimentación.....	61
La naranja.....	63

	<u>Página</u>
Descripción.....	67
En el colegio.....	68
El primer día de clase.....	72
La hora del recreo.....	75
Dureza y fragilidad.....	76
El azufre.....	80
Tormenta de viento.....	85
Grata sorpresa.....	87
Un accidente.....	90
Un noble corazón.....	93
Bertelli.....	97
En clase.....	99
Los pueblos.....	101
Noches de luna.....	105
Las colonias.....	106
Los dos amores.....	109
El carpintero y el mono.....	111
Propósitos de los colonizadores.....	112
Un nuevo amigo.....	115
Los indios.....	117
El ideal de independencia.....	120
Mañana de invierno.....	123
25 de Mayo.....	124
Ante la pirámide.....	128
Himno Nacional.....	131
El «Tedéum».....	132
Una buena tarde.....	135
Evitar el dolor.....	138
Un deber difícil.....	142
Pequeño triunfo.....	144
El recreo.....	146
La amistad.....	147
Tardes de otoño.....	151

	<u>Página</u>
El Río de la Plata.....	152
Carta de felicitación.....	154
La señorita Edelmira.....	155
En el museo de bellas artes.....	157
Cuento italiano.....	161
El azadón y la matita de violetas.....	164
Los males aparentes.....	166
Máximas.....	168
Una visita.....	169
En casa del enfermo.....	171
Con José Ignacio.....	174
Un obsequio.....	178
Una imprudencia.....	181
Fábula noruega.....	183
Mis vecinas.....	184
La caja de pinturas.....	186
Los cofres del emir.....	189
Barcarola.....	193
Vísperas patrias.....	194
9 de Julio de 1816.....	197
Una carta.....	202
La despedida.....	204
El servicio militar.....	207
Tres amigos.....	210
Primaveral.....	213
La plegaria del árbol.....	214
Utilidad de los árboles.....	216
Los árboles y la agricultura.....	218
Carta de invitación.....	221
Carta de contestación.....	222
Un busto de Moreno.....	223
La tormenta de hoy.....	225
José de San Martín.....	228

	<u>Página</u>
Los Andes.....	251
El tío Paco.....	252
Un concurso.....	255
Día de campo.....	257
Manuel Belgrano.....	241
Bernardino Rivadavia.....	244
La rosaleda.....	249
En el Jardín Zoológico.....	250
Los elefantes.....	255
Testamento de Colón.....	260
Los inventos.....	262
Los inventores.....	266
Bartolomé Mitre.....	269
Domingo Faustino Sarmiento.....	271
Último día de clase.....	273

PROLOGO



Debo a los señores maestros una explicación que me apresuro a ofrecerles.

El hecho de agregar, aunque sea un título sólo, a la lista interminable de textos de lectura actualmente en uso, significaría un esfuerzo discutible, por lo injustificado y estéril, en el caso de que la nueva obra no tuviera por fin aportar innovaciones beneficiosas para la enseñanza.

El libro que someto respetuosamente al juicio del magisterio, es el resultado de estudios pacientes y prolijas investigaciones sobre las ventajas y deficiencias que se revelan en muchas prácticas pedagógicas hasta hoy admitidas. Por tal motivo, él se ajusta hasta en sus más mínimos detalles a un plan didáctico cuyos fundamentos paso a exponer.

En el libro que presento, he tratado de subordinar rigurosamente los fines complementarios a los que considero esenciales dentro del aprendizaje de la lectura, y que son :

- a) Enseñar a traducir con exactitud las letras y signos ortográficos a los sonidos y silencios que corresponden ;*
- b) Perfeccionar los medios de expresión, o sea : el lenguaje del educando.*

Reconozco que el texto de lectura debe propender asimismo: a la mayor instrucción y más completa educación de los alumnos, proporcionando a éstos nociones nuevas sobre las diversas materias del Programa, favoreciendo la correlación de los conocimientos anteriormente adquiridos, estimulando la

cultura moral y el desarrollo de las aptitudes estéticas; pero todos estos propósitos, muy importantes y dignos de respeto, son secundarios o accesorios con relación a la enseñanza de la lectura, que, como las demás materias, responde a fines propios o fundamentales.

Juzgo también muy importante la selección escrupulosa de los temas que han de ser tratados en las diferentes lecturas. Por tal motivo, al combinar el plan del libro, inicié mi tarea eliminando, entre otros muchos, todo asunto que para ser bien comprendido por los alumnos exija exposiciones orales, amplias, detalladas o explicaciones verbales ilustradas mediante dibujos en el pizarrón, mapas, cuadros, etc., como asimismo toda cuestión compleja de carácter doctrinario sobre historia, moral, etc., que pueda provocar conflictos en el espíritu del niño; la exposición sintética y por escrito de esos problemas suministra al alumno conocimientos falsos, por lo incompletos o superficiales, y provoca discusiones fuera del colegio, en las cuales intervienen a menudo personas que por su deficiente cultura o por la orientación de sus ideas, influyen negativamente en el éxito de tales enseñanzas.

Salvo esas limitaciones, que considero imprescindibles, el texto de lectura debe revelar la mayor amplitud de fondo, encarándolo en sus páginas la vida del escolar en todos sus aspectos: dentro y fuera de la escuela, en el trabajo y en el descanso, en la alegría y en el dolor, en la lucha y en el triunfo.

*Tales son las convicciones pedagógicas que sirven de base a **Bajo nuestro Sol.***

Fundándome en ellas, he tratado de dar aproximadamente a este libro carácter de novela: es la historia de un año de vida, narrada por el mismo protagonista, Víctor, niño de ocho a diez años, que al comenzar la narración se encuentra en el campo, pasando las vacaciones de verano en compañía de sus padres.

Con el fin de que las lecturas resulten más provechosas para los niños, por lo accesibles y amenas, y con el propósito de

que las enseñanzas de orden moral adquieran mayor fuerza convincente, he cuidado de encarar los hechos y observar las cosas con criterio infantil y de exponer las ideas en forma natural, espontánea, sincera.

En beneficio de las aptitudes de expresión que deben ser ejercitadas y corregidas por todos los medios, he cuidado tan escrupulosamente la precisión o exactitud en el lenguaje que me permito recomendar a los señores maestros analicen con detenimiento las descripciones en prosa y en verso, que les pueden servir de base para los más variados ejercicios.

Paso por alto otros muchos detalles, tales como la graduación en el plan, la variedad de estilos en la forma, etc.; pero quiero subrayar la tendencia optimista del libro, tendencia que se manifiesta especialmente en los capítulos dedicados a la educación moral.

Bajo nuestro Sol propende al mejoramiento del niño mediante la exaltación del mérito que triunfa, y no por la exhibición de las miserias, vicios o errores de aquellos que sucumben.

Aun debo agregar que durante la preparación de este libro, he recordado en todo momento la necesidad de propender al desarrollo de las aptitudes estéticas en los educandos, como es fácil comprobar comparando unos capítulos con otros.

Las páginas en verso, por ejemplo, son sólo descriptivas y se refieren a la Naturaleza casi exclusivamente, porque, a mi juicio debe iniciarse la educación estética ejercitando al niño a descubrir la belleza simple, espontánea, que reside en las cosas mismas, y sólo más tarde, cuando éste sea capaz de apreciar sin ayuda esas armonías naturales, estará en condiciones de leer con provecho páginas poéticas ricas en imágenes.

A esa misma conveniencia de anteponer lo simple a lo complejo, lo sencillo a lo complicado, se ajustan los grabados que ilustran el libro, todos sin fondo, para que el niño se habitúe

a percibir las líneas principales en toda figura y a determinar las formas mediante su más simple expresión: luz y sombra.

Para mayor comodidad de los señores maestros incluyo a continuación un cuadro sinóptico referente al plan en que se funda mi trabajo.

Ricardo Ryan.

ENSEÑANZA DE LA LECTURA

	INMEDIATO O FUNDAMENTAL	INDIRECTO	
	FORMA EXTERNA DEL LENGUAJE	PERFECCIONAMIENTO DEL LENGUAJE	ELABORACIÓN INTERIOR DEL LENGUAJE
A			Enseñar a traducir con exactitud las letras y signos ortográficos a los sonidos y silencios que corresponden.
B			Perfeccionar la vocalización.
C			Perfeccionar la entonación (o sea la capacidad de expresión por inflexiones de la voz).
D			Perfeccionar la mímica (o sea la capacidad de expresión por ademanes y gestos).
E			Enseñar a traducir sensaciones (dolor, placer).
F			» » » percepciones.
G			» » » ideas.
H			» » » pensamientos.
I			» » » sentimientos permanentes (afectos).
J			» » » sentimientos transitorios (emociones).
K			» » » voliciones.
L			Aumentar el caudal de conocimientos.
M			Correlacionar las nociones ya adquiridas.
N			Propender a la educación moral.
O			Desarrollar las aptitudes estéticas.

FINES ESENCIALES

FINES COMPLEMENTARIOS O ACCESORIOS.



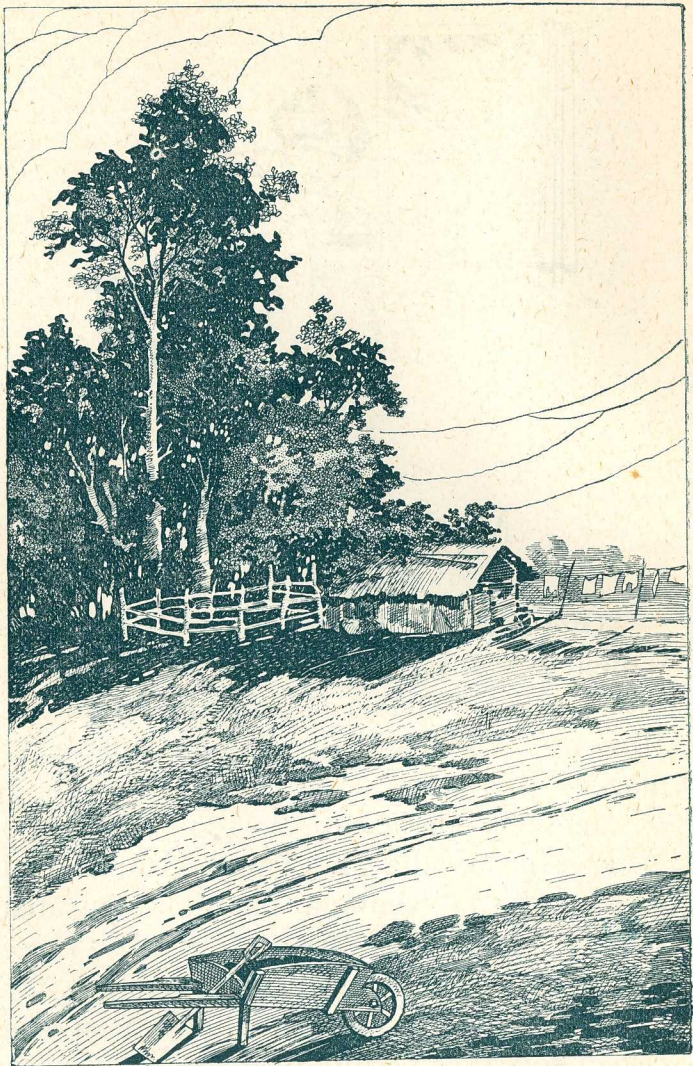
.....
" ... he!a ahí, ondeando jubílosa en su armonía tricolor
" de firmamento y sol, más sagrada que todos los lá-
" baros del Mundo.... ; arriba los corazones para escu-
" char esta verdad inmensa!.... más sagrada que todos
" los lábaros del Mundo, porque jamás tremoló sobre
" el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo
" la bendición de los libertados... "

Belisario Roldán.

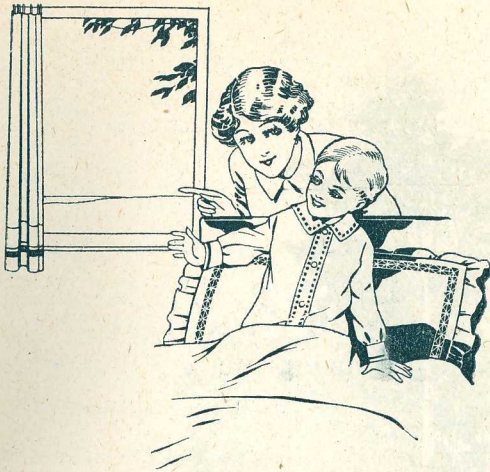
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BAJO NUESTRO SOL



Mañana de sol.



MAÑANA DE SOL

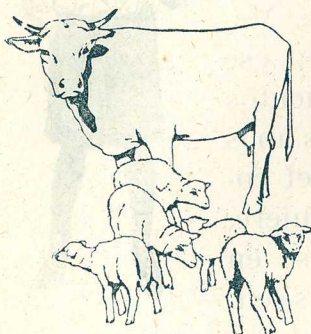
¡Qué hermoso despertar! Serían las seis y media cuando sentí que mi madre me besaba y decía: “Víctor, es hora de levantarse. Mira qué linda mañana. Ya vamos a tomar el desayuno.”

Me senté en la cama.

El sol invadía alegremente mi dormitorio; por la ventana abierta, entraban ráfagas suaves de aire perfumado. En el campo, las mañanas son deliciosas. ¡Cómo me gusta el olor a tierra húmeda y a heno recién cortado! Y ¿qué diré de esos ruidos alegres y familiares que, aunque repetidos día

a día, jamás molestan y siempre agradan?

Los gallos se contestan desde lejos, unos roncros y otros chillones; las ovejas llaman a sus corderos con balidos largos; éstos responden con voz temblorosa y débil; las vacas mugen; los perros ladran; los gorriones producen, de conti-



nuo, algarabías interminables; y, de rato en rato, se siente el crujir de alguna vieja carreta que pasa lentamente por el camino.

No sé por qué, pero todo esto me agrada tanto que permaneceria

horas enteras, silencioso, sin moverme, escuchando. Así estaba cuando mamá volvió para ver si me vestía, y me dijo:

“Victor, sobre la mesita de estudio te espera un obsequio que tu padre y yo te hacemos y que tú sabrás aprovechar.”

Pocos minutos después, entraba yo al co-



medor: el anuncio del regalo me había hecho olvidar los ruidos y los perfumes de la mañana. Sobre mi mesa encontré este cuaderno.

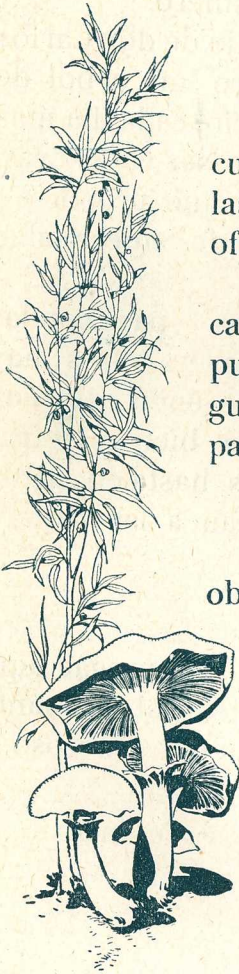
He leído las palabras con que mi madre me lo dedica. Ella quiere que yo conserve en las páginas del mismo el recuerdo de todo cuanto llegue a despertar mi interés o a impresionarme profundamente. Mamá desea que yo copie en ese cuaderno los conocimientos más útiles, las lecciones más amenas, aprendidas en el colegio o fuera de él; y quiere, asimismo, que yo exprese en esas páginas mis ideas, mis sentimientos, y las penas y alegrías que me dominan en horas de entusiasmo o emoción.



¿Sabes, madre mía, lo que pienso a toda hora, así me encuentre emocionado o tranquilo, alegre o triste? Que tú eres para mí más que el sol para el mundo.

¿Sabes, madre mía, lo que siento en cada uno de los instantes de mi vida? Que tu presencia es más grata que la más hermosa mañana de sol.

LOS HONGOS Y EL EUCALIPTO



—
Mi querido Víctor:

Me pides que copie en este cuaderno, *con mi propia letra*, las palabras que escribí para ofrecértelo.

Haré algo mejor: esa dedicatoria ya la conoces: prefiero, pues, transcribir el cuento siguiente, que anoche compuse para ti.

*
* * *

En un rincón húmedo y obscuro de cierto jardín solitario, junto al ángulo formado por dos muros en ruinas, crecieron varios hongos venenosos.

Don Carlos, el dueño del jardín, dijo al verlos:

—¿Qué más podía esperarse de esta tierra sin

trabajar, donde jamás llega el sol y que nunca fué removida por la azada?

Pero, pocos momentos después, descubrió otros hongos absolutamente iguales en sitios soleados y carpidos con esmero.

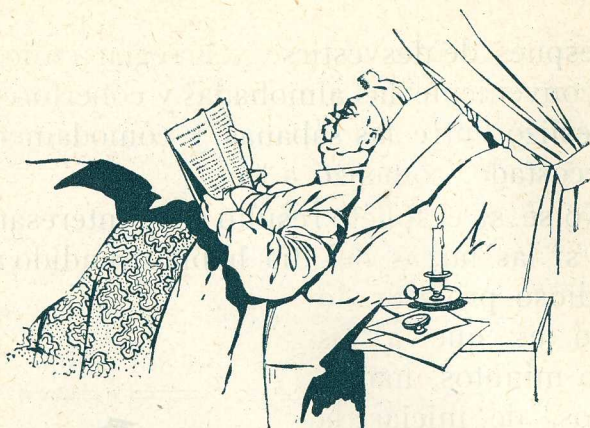
Pasó algún tiempo, y un hijo de don Carlos trasplantó al rincón obscuro un árbol de eucalipto y éste creció y creció, cada día más vigoroso: sus ramas, lejos de ser venenosas, eran medicinales; es decir, que proporcionaban salud y vida en vez de enfermedad y muerte.

¡Ah! — se dijo, don Carlos — pasa con las plantas lo mismo que con los hombres: hay personas que aun cuando se encuentran en la desgracia viven para hacer bien mientras que otras, como los hongos, hasta en medio de la prosperidad, perjudican a las demás

*
* *

Hijo mío: creo innecesario agregar aquí cuál es mi anhelo. Tú, bien sabes cuánto me afano para que seas bueno, generoso y útil a tus semejantes.

Tu madre.



LA VELA Y EL RELOJ

(Para ti, mi buen Víctor.)

El anciano profesor Krausse — sabio y respetado naturalista — regresó a su casa aquella noche muy satisfecho y alegre. Acababa de conseguir en un remate de libros un folleto relativo a los *arácnidos* que, durante meses y meses, había andado buscando con empeño, pero sin éxito.

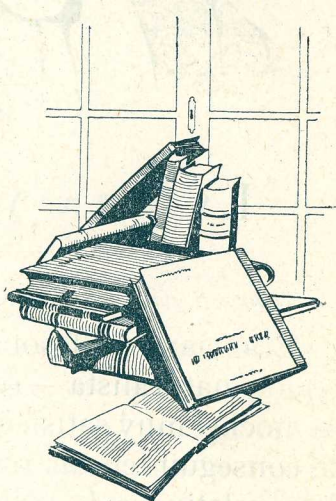
Como era de esperarse, tenía el propósito de saborear inmediatamente los codiciados capítulos: así es que tan pronto como llegó puso sobre la mesa de noche el reloj de bolsillo y el candelero con una vela nueva

y, después de desvestirse y arreglar en forma conveniente las almohadas y cobertores, se deslizó entre las sábanas y, cómodamente recostado, comenzó a leer.

No sé si el folleto resultó poco interesante o si las tareas del día habían rendido al estudioso profesor, lo cierto es que a los cinco minutos, más o menos, de iniciar la lectura, el anciano se quedó profundamente dormido y empezó a roncar.

La vela había permanecido hasta ese momento respetuosamente callada; pero tan pronto como llegó a comprender que el profesor dormía, chistó al reloj y le dijo con afectada amabilidad:

— Vecino, ¿tendría la gentileza de manifestarme qué es lo que usted se propone conseguir mediante esa musiquita tan monótona como continua que nos está prodigando por su propia iniciativa, puesto que nadie se la ha pedido?



El reloj aparentó no oír, y siguió marchando.

La vela también guardó silencio por algunos segundos, pero pronto se puso a hablar bajito como si lo hiciese consigo misma.

— Cuando se molesta a los vecinos — rezongaba la vela — aunque sea por razones de fuerza mayor, es un deber pedirles disculpa; pero hay muchos que carecen de urbanidad. —

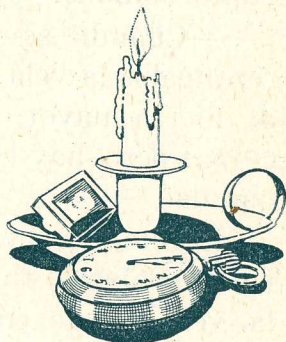
El reloj continuaba marchando impasible sin responder. Después de un corto silencio la vela agregó con voz fuerte y clara, pero un poco alterada por la impaciencia:

— Pero ¿qué puede esperarse de quienes no saben, ni siquiera comprender lo que son y lo que les está permitido hacer? Es muy justo y natural que el profesor Krausse, que es el dueño de este dormitorio y nuestro superior, se permita turbar el silencio apacible de la noche con sus estrepitosos ronquidos; pero no es lícito ni tolerable que un insignificante reloj de bolsillo interrumpa la tranquilidad rodeante con sus majaderías, tanto más cuando presentan reclamación vecinos que tienen derecho para hacerlo.

No es por alabarme — afirmó la vela, en-

tusiasmándose cada vez más—pero yo soy aquí mucho más que usted, impertinente y ocioso vecino. Yo soy útil, presto servicios indispensables: alumbro y sirvo hasta para calentar un fondo de sartén cuando esto es necesario.

Por otra parte, mi mérito y mi superioridad han sido y son reconocidos. ¿No se ha fijado, acaso, que mientras lo colocan a usted sobre el frío mármol de



la mesa de luz a mí me ofrecen el candelero, que es un asiento especial, casi un trono?

¿No ha observado usted, que ciertos candeleros tienen una pantalla de seda igual al dosel que corresponde a los reyes y obispos? Nosotras, las velas, somos de noble estirpe, algo así como princesas de sangre real.

Usted, en cambio, a juzgar por la cadena que lo sujeta, ha de ser como esos osos que se exhiben en los circos y que llevan los gitanos en sus viajes sin término.—

El reloj, sin contestar, marcó la una de la mañana.

Desde ese momento, la vela continuó rezongando más de tarde en tarde. Parecía calmada por haberse desahogado.

Cuando algún bichito de luz—travieso y temerario—le hacía cosquillas en el pabulo, chisporroteaba.

Marcaba el reloj las cuatro y veintisiete minutos de la madrugada, cuando la vela se apagó sola y para siempre: se había concluido.

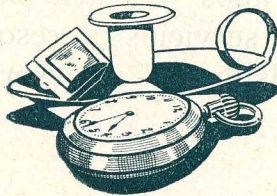
Desde entonces nadie ha vuelto a hablar ni a acordarse de ella, ni aun el mismo reloj; mientras tanto, éste ha continuado por muchos años y hasta hoy continúa prestando sus servicios y resonando, cada día, en el bolsillo del profesor Krausse.

* * *

Semejantes a esa vela, son muchas personas: creen que sólo tiene importancia el trabajo que ellas realizan, y desprecian las obras ejecutadas por los demás; otras, juzgando por las apariencias, consideran que vale únicamente aquello que produce fortuna o proporciona éxitos inmediatos, fáciles de conseguir y que pronto pasan; mien-

tras que algunas son como el reloj: trabajan con humildad, continua y silenciosamente, prestan grandes servicios a sus semejantes y el nombre de ellas, como el reloj del profesor Krausse, resuena por muchos años en el mundo.

Tu padre.



CUENTO INGLÉS*



Era una de esas largas y apacibles noches del frío y alegre invierno, cuando la nieve cae silenciosa y espesa sobre los tejados, mientras en la estufa del tibio comedor arden gruesos



truncos entre llamas azuladas, movibles y pequeñas que se alargan, unen y separan sin hacer ruido, o bajo las hebras y arabescos dorados y brillantes que tejen las chispas al estallar.

Guillermo Wilson descansaba de sus tareas, leyendo cómodamente sentado en un confortable sillón mientras la esposa tejía

* En esta lectura — como en varias otras de idéntica naturaleza — el autor se propone interpretar con la mayor fidelidad posible el espíritu de un pueblo determinado. Por ese motivo, figuran en ella frases que, a primera vista, podrían parecer impropias; ej.: “frío y alegre invierno” muy usada en la literatura inglesa. Los anglosajones — tan amantes del hogar — sienten la alegría del invierno, de ese invierno que reúne a la familia, durante largas noches, en torno de la estufa, mientras, afuera, la nieve y el helado viento azotan los cristales.”

tranquila y los niños, en torno de la mesa, comían con avidez la ración del humeante y sabroso *pudding*.

Los ojos les brillaban de alegría; pero más relucientes que los ojos tenían las mejillas, que estaban lustrosas de manteca.

— Alberto, ¿por qué no come usted su parte? — preguntó la madre al segundo de los tres hermanos que en ese momento, envolvía su ración en una hoja de cuaderno.

— ¡Ay! — contestó suspirando Alberto — cada uno conoce sus negocios. Yo tengo mis responsabilidades.

Al oír estas palabras, el padre interrumpió su lectura y dijo, riendo:

— Se podría saber ¿cuáles son esas responsabilidades que dependen de un pedazo de pastel?



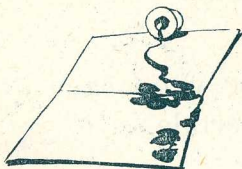
— Sí, papá — contestó Alberto — yo tengo que pagar un daño.

Esta mañana, en la clase, por falta de atención, derramé mi tintero sobre el banco de un condiscípulo que se llama Rodolfo. Eché a perder una hoja de papel grueso que él usa como carpeta.

Rodolfo no está enojado; pero yo quiero llevarle un obsequio para compensar el perjuicio que le he causado.

— Bien, Alberto, es usted un excelente muchacho — dijo el padre, satisfecho. — Así se debe proceder siempre. Hay que tratar, ante todo, de no perjudicar a los demás; y, cuando involuntariamente se causa un mal, es preciso remediarlo o compensarlo con un beneficio, tan pronto como se pueda.

Guarde ese pastel para usted, que su mamá va a cortar otro pedazo más grande para su amigo Rodolfo.





CONSEJOS ÁRABES

El que no sabe y no sabe que no sabe,
es un necio: húyele.

* * *

El que no sabe y sabe que no sabe, es
humilde: enséñale.

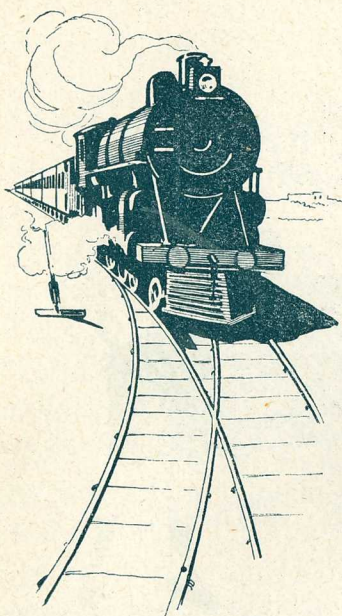
* * *

El que sabe y no sabe que sabe, está
dormido: despiértale.

* * *

Y el que sabe y sabe que sabe, es un
sabio: síguele.

LOS VIAJES



Si por mí fuese, pasaría la vida viajando, no por lejanas regiones ni a través de remotos países — tanto no pretendo — me conformaría con ir y volver, una o dos veces por semana, al Tigre, a Temperley, a Morón o a cualquier otro pueblo cercano, con tal de

frecuentar el ambiente de las estaciones ferroviarias, que tiene para mí singular atractivo.

A principios de primavera y a fines de otoño especialmente, resultan deliciosos esos viajes cortos y continuos.

Se llega a la Estación del Once — por ejemplo — por la mañana, a las siete, más o menos media hora antes de la salida del tren elegido. En ese momento reina una calma casi absoluta: uno que otro pasajero madru-

gador y friolento se pasea arropado por los andenes y por las salas de espera. Algunas zorras de carga pasan lentamente, casi vacías, produciendo gran ruido. Los vendedores de diarios anuncian, de tarde en tarde, con ese timbre, con esa pronunciación especiales que se usan en las estaciones: *diá-rió... Nación, Prensa, Argentina, Standard, diá-rió.*



Poco a poco, el ambiente se anima: comienzan los apuros, las corridas; varias ventanillas de boletería funcionan al mismo tiempo. Las zorras pasan ahora atestadas de fardos, baúles, jaulas, canastas y cajones.

Se oyen órdenes, contraórdenes, despedidas, campanadas y encargos; ha llegado el momento de la partida. Uno se sube al tren. Suena el último toque de campana, el guarda contesta tocando un pito, que ha de ser pariente de los cascabeles por el silbido tembloroso y agudo que produce. U... uú...

responde la máquina y comienza a rugir y lanzar vapor. Ruido de frenos,... ruido de cadenas... y el tren se pone lentamente en marcha...

¡Cómo me gusta asomarme en esos momentos por la ventanilla! ¡Cuánto movimiento y alegría se notan a la salida de la estación: máquinas que maniobran, vagones de carga, coches dormitorios, trenes todavía vacíos pero ya preparados para partir,... e infinidad de vías que se cruzan en distintas direcciones! La locomotora deja escapar espesas nubes de vapor blanco como nieve y lanza silbidos continuos y entrecortados.

A los pocos minutos ya entramos en pleno campo; el tren aumenta, gradualmente, su velocidad y comienza un pintoresco desfile de terrenos baldíos en donde pastan caballos mansos y enflaquecidos, casuchas de madera que parecen embanderadas con sus sogas repletas de ropa puesta a secar, ranchos de barro, "chalets" con sus correspondientes molinos, casitas recientemente construídas y sin revoque... y el tren sigue cada vez más ligero anunciándose con silbidos agudos, largos y modulados; y pasan las estacio-

nes, una después de otra; algunas animadas, bulliciosas, con sus andenes llenos de pasajeros; otras solitarias, melancólicas, con sus empalizadas pintadas de blanco y sus "breaks" altos y sucios a la espera de pasajeros que no bajan. A la llegada del tren el jefe se asoma, se oye funcionar el telégrafo, y un perro flaco, rengo y medio entumecido, cambia de postura y reanuda su interrumpido sueño debajo del banco de espera.





La hora de la siesta.



LA HORA DE LA SIESTA

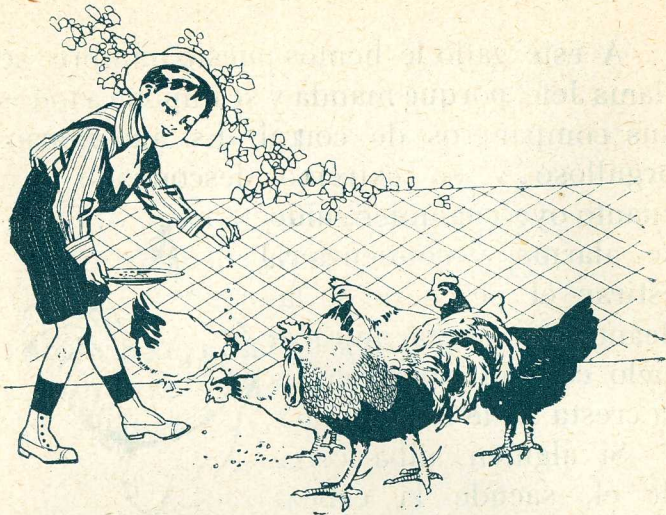
(EN EL CAMPO)



Bajo el cielo azul, ardiente,
todo es calma silenciosa:
sólo alguna mariposa
vaga indecisa, luciente;
hasta el agua transparente
del arroyuelo cercano
se desliza con desgano,
lenta, suave, sin rumores,
vencida por los rigores
de una tarde de verano.



El zarzo cruje, se agrieta,
y se marchita la parra;
calla la misma cigarra,
siempre cantora e inquieta;
ni una ráfaga indiscreta
roza el follaje marchito,
ni un ave lanza su grito,
cruzando audaz el espacio:
y el Sol parece un topacio
ardiendo en el infinito.



EL GALLINERO

Todas las tardes, después de almorzar, paso cerca de dos horas en el gallinero: ¡es tan lindo, tan animado! y a mí me divierte mucho dar de comer a los animales y observar sus costumbres y movimientos.

Tenemos tres gallos: uno, blanco como espuma de leche recién ordeñada, con la cresta muy roja y las patas amarillentas; otro, renegrido, medio viejo y siempre triston; y el tercero, obscuro, con el cuello y las alas jaspeadas de amarilló y una cola elegante y erguida de plumas largas color verde tornaolado, casi negro.

A este gallo le hemos puesto nombre : se llama Jefe, porque manda y se impone a todos sus compañeros de corral. Es autoritario, orgulloso y en extremo desconfiado. En cuanto oye cualquier ruido se alarma y comienza a estirar el pescuezo y, ladeando la cabeza, mira al cielo con un ojo mientras la cresta se le congestiona.

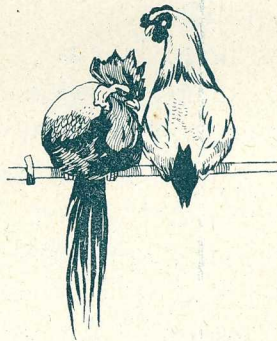
Si alguien silba cerca de él, sacude la cabeza para los lados como si le hicieran cosquillas.

Cuando les llevo la ración de maíz o las sobras del almuerzo, todas las gallinas y los pollos se precipitan sobre la fuente y se atropellan unos a otros, en el afán de comer; pero Jefe se aproxima pausadamente, caminando con arrogancia y deteniéndose a cada paso, como para demostrar que sólo está allí para mantener el orden y juzgar la calidad de los alimentos que se les ofrece a sus súbditos; y, así es, efectivamente, pues recién comienza a comer cuando los demás compañeros de corral ya se han saciado.



Al principio, se limita a revolver y revisar la comida cacareando bajito y llamando la atención de las gallinas y de los pollos sobre los mejores bocados. Después, se estira, sacude las alas y espera tranquilo a que todos concluyan.

A veces dormita con los párpados blanquizcos entornados, cual un dueño de casa satisfecho por la prosperidad de la familia.



UNA PESQUISA

El domingo, papá se quedó en casa todo el día y fué conmigo a visitar el gallinero.

No bien entramos, un pollo — ya medio grande — pasó corriendo con tal desesperación, que las patas le resultaban cortas: llevaba en el pico la cáscara de un huevo y, aunque nadie pensaba disputársela, él debía creer que todos sus compañeros lo seguían de cerca para quitarle la presa, pues disparaba, cada vez más, despata-



rrándose y tropezando con cuanto encontraba a su paso.

¡Ajá! ¿Con qué esas tenemos? — dijo mi padre.

— ¿Qué cosa, papá? — pregunté yo.

—Que según parece, una de nuestras gallinas ha tomado la mala costumbre de romper y comer los huevos que se ponen para empollar, y es preciso matarla cuanto antes para que las demás no aprendan a hacer lo mismo; porque si esto pasara nos quedaríamos sin nuevas crías.

—Y ¿cómo se podrá descubrir cuál es esa gallina? — pregunté a papá.

—Muy sencillamente, Víctor. Se hace un agujero a un huevo de gallina en una de sus puntas, se saca por él la yema y la clara; la cáscara, así vacía, se llena de alquitrán espeso y se cierra la abertura pegando en ella un papel grueso que se recubre después con cera o estearina.



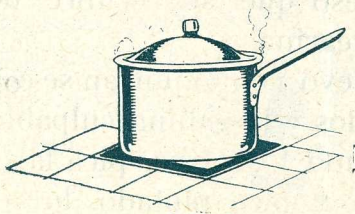
Ese huevo con alquitrán se coloca en uno de los nidos y la gallina culpable, creyendo que es como los otros, pica la cáscara y se queda con el pico pintado, lo que permite reconocerla entre todas las demás.

Algunas personas dicen que no es necesario matar a la gallina y afirman que es posible corregirla de su mala costumbre quemándole el pico.

Hacer tal cosa es cometer una imperdonable crueldad, porque por tales medios sólo se consigue torturar inútilmente al pobre animal que es incapaz de corregirse; pues a las gallinas les falta la memoria y el entendimiento rudimentario, pero evidente y útil que se manifiesta en otros animales domésticos.

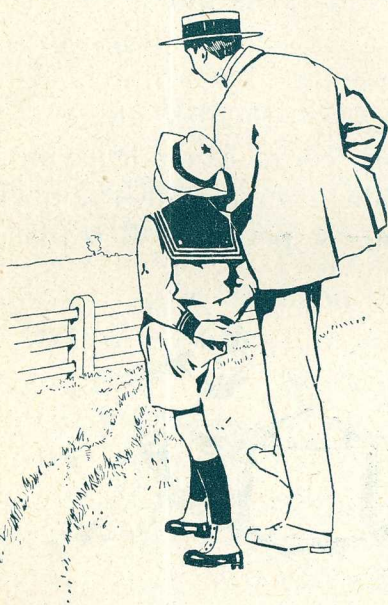
El perro y el gato pueden ser educados en cierta medida, pero las gallinas no.

El lunes por la noche papá preparó el huevo con alquitrán y ayer, martes, comimos un rico guiso de gallina con arroz.



EL MANANTIAL

Esta mañana salí al campo, acompañado de mi padre. El día estaba tan hermoso, que



al principio no sentíamos cansancio y, sin darnos cuenta, nos alejamos demasiado de las casas, tanto, que el regreso nos parecía interminable y la hora de la siesta nos sorprendió a mitad de camino. Yo sentíamuchased, pero el agua se nos había con-

cluído y a nuestro paso sólo encontrábamos charcos verdosos e infectos.

Papá, que conoce esos lugares, dobló por un sendero y pronto llegamos a un manantial de corriente cristalina.

Así que aplacamos nuestra sed, papá me dijo:— Victor, yo quiero que tú llegues a ser como este manantial.

No acierto a comprender, papá— le respondí— en qué podría parecerme a ese hilo de agua.

Yo creo, por el contrario, que él te ofrece sabias enseñanzas— dijo mi padre, y agregó:— Observa cómo corre hacia un río cercano para unirse a su caudal y aumentar la fuerza del mismo; compara el alegre movimiento de sus ondas transparentes con el triste charco de aguas espesas y estancadas, y dime, con franqueza: ¿no te recuerda el charco a esos seres egoístas que sólo viven para sí mismos, que sólo piensan en su propio provecho y que a pesar de ello se sienten tristes o hastiados a toda hora?



¿Y no es el manantial como esos hombres generosos, siempre activos, siempre

risueños, aunque constantemente preocupados por el bien ajeno?

Más aún: mira cómo el manantial, después de haber reunido sus aguas lentamente, gota a gota, las reparte sin medida a cuantos necesitan de ellas sin que lo mueva la esperanza de recompensas o de agradecimiento.

Ya ves, hijo mío, en cuanto podríamos y debemos parecernos a ese humilde “hilo de agua”, para bien nuestro y para dicha de nuestros semejantes.

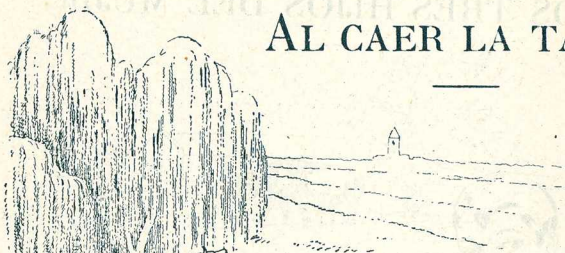


SENTENCIA CHINA



Cuando los sables están enmohecidos ; los arados, relucientes ; los umbrales de las escuelas, desgastados ; las gradas de los hospitales y juzgados, cubiertas de hierba ; cuando los abogados andan a pie ; los médicos a caballo y los comerciantes, en coche : el país está bien gobernado.

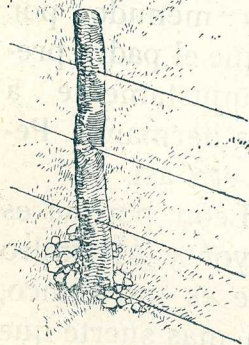
AL CAER LA TARDE



Tañidos lentos
del campanario
que llora cerca
del campo santo;



ladridos sueltos,
aullidos largos,
mugir de bueyes,
balar lejano;



álabes mustios,
contornos vagos,
y, entre las sombras,

las ramas secas
como falanges
de inmensas manos.

LOS TRES HIJOS DEL MUJIK



Un mujik tenía tres hijos: el mayor se llamaba León; el segundo Nicolás, y el tercero Alejandro.

Los tres eran buenos y muy cariñosos, pero no en la misma medida.

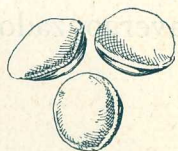
Nicolás se lamentaba, a menudo, por creer que el padre prefería injustamente a sus dos hermanos. Pero no era así.

— León porque es el mayor y Alejandro porque es muy chico, tienen más suerte que yo—afirmaba el pobre

Nicolás, sin darse cuenta de que cuando el mujik demostraba mayor cariño por alguno de sus hijos era porque ése se había portado mejor y no por razones de edad.

Con el fin de hacerle comprender esto, el mujik ideó un recurso ingenioso.

Llamó a los tres hijos, diciéndoles que iba a ofrecerles un lindo obsequio y, cuando ellos acudieron, les entregó tres carozos de damasco, uno para cada uno.



Los tres hermanos se miraron sorprendidos; pero León y Alejandro dieron las gracias y se retiraron muy contentos, mientras que Nicolás salió rezongando y, en cuanto estuvo afuera, tiró el carozo con impaciencia sin fijarse en que su padre lo estaba observando.

Por la noche, el padre interrógó a los hijos sobre la suerte que habían tenido los carozos.

— Yo lo planté — dijo León.

— Yo lo perdí — afirmó Nicolás.

— Yo lo partí para ver qué tenía dentro — agregó Alejandro.

— Tú eres previsor, León — dijo el padre

—acaso llegues a ser hombre de fortuna.

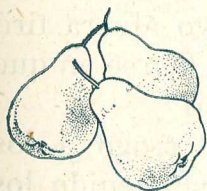
Tú eres amigo de investigar, Alejandro, tal vez consigas ser un gran sabio.

Y tú, Nicolás, si sigues por el mismo camino, vas a ser muy desgraciado; no porque hayas perdido el carozo, sino porque lo has tirado voluntariamente y no atreviéndote ahora a confesar el hecho acabas de faltar a la verdad.

Nicolás se puso rojo y bajó la cabeza avergonzado.



Pasó algún tiempo, y un día, después de almorzar en abundancia, el mujik regaló a sus hijos tres grandes peras, también una para cada uno, y dos horas más tarde les preguntó:



—¿Qué habéis hecho de las frutas?

—Aunque no tenía mucha gana, yo me la comí—dijo Nicolás.

—Yo la guardé, porque había almorzado bastante y me sentía satisfecho. Cuando tenga apetito o sed, la comeré—dijo León.

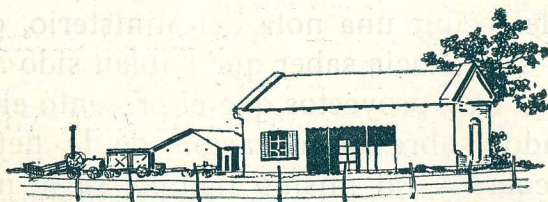
— Has sido hoy previsor como de costumbre — afirmó, el padre complacido. — ¿Y tú, Alejandro? — dijo dirigiéndose al menor.

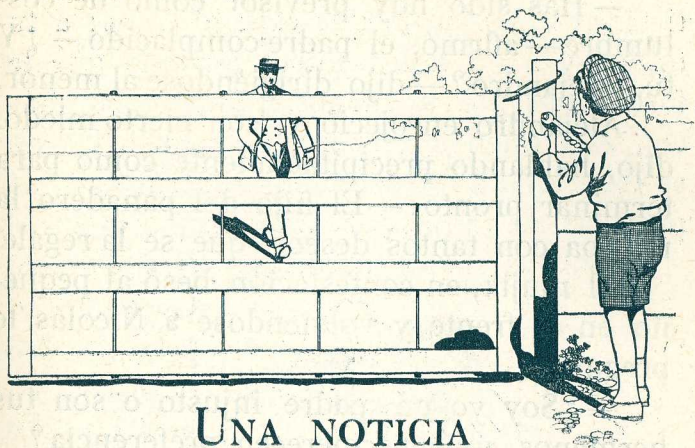
Alejandro enrojeció y, con cierto miedo, dijo, hablando precipitadamente como para terminar pronto: — El hijo del panadero la miraba con tantos deseos, que se la regalé.

El mujik, en contestación, besó al pequeño en la frente y volviéndose a Nicolás, le preguntó:

— ¿Soy yo un padre injusto o son tus hermanos, quienes merecen preferencia?

Nicolás calló avergonzado, y desde aquel día comenzó a corregirse.





UNA NOTICIA

Esta mañana, estaba arreglando una tuerca de la tranquera que se había aflojado, cuando vi llegar a papá con la cara muy alegre y trayendo en la mano un sobre blanco de oficio.

Se volvía desde el correo porque acababa de recibir una nota del Ministerio, en la cual se le hacía saber que habían sido aprobados tres proyectos que él presentó el mes pasado, sobre organización de la defensa agrícola; y, al mismo tiempo, se le manifestaba la conveniencia de que se presentase lo más pronto posible para encomendarle la dirección de los trabajos correspondientes.

— Así es, Víctor,— agregó papá— que partiremos antes de lo que esperábamos; a tu mamá y a mí nos hubiera gustado que te fortificaras por lo menos quince días más con este buen aire, pero, como ustedes no se resuelven a quedarse sin mí, tendrán que preparar las valijas para mañana por la tarde.

Mientras papá hablaba, yo me mostré contento



para no disminuir su alegría; pero cuando me quedé solo me puse a dar un paseo, caminando muy despacio, a lo largo de la quinta, porque me

causaba mucha pena dejar la huerta, el pequeño jardín y, sobre todo, los animalitos que me agradan tanto.

El año que viene, si es posible, volveremos a alquilar esta propiedad, que pertenece a mi madrina,

Ya hacen dos veranos que venimos y muchos de estos árboles van creciendo junto conmigo.

Al final de la quinta hay un terreno sin sembrar, rodeado de eucaliptos, y ése ha sido durante todo este tiempo mi taller, como dice mamá. Allí leo, estudio y escribo, como lo hago ahora, por ejemplo, y a la caída de la tarde juego a las esquinitas con dos amigos y cada cual elige por *casa* uno de esos enormes árboles.



ESPERANDO EL COCHE

Con los preparativos del viaje, ni tiempo he tenido para estar triste.

He pasado toda la mañana acarreando canastos y haciendo paquetes. Primero, ordené la valija. Abajo puse los libros; más arriba, los trajes y la ropa blanca; y encima de todo, aquellas chucherías delicadas y frágiles que se podían romper.

Mi valija estaba tan llena, que yo casi no podía con ella; pero papá, que tiene mucha fuerza, se encargó de cerrarla.

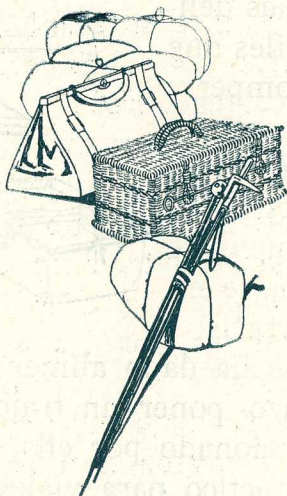
Mamá me ha dado alimentos muy ligeros y me hizo poner un trajecito de brin claro, confeccionado por ella, que es muy sencillo y práctico para viajes.

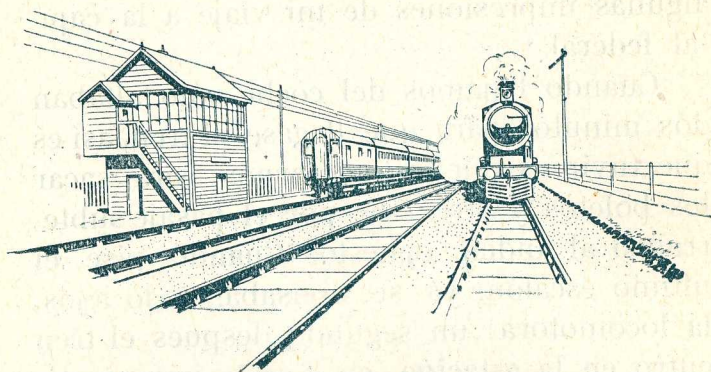
Ya nos despedimos de todas las vecinas,



que tan cariñosas y buenas han sido con nosotros durante estos meses. Una de ellas me regaló una torta con pasas de Corinto, partida en rebanadas para que la comamos con comodidad durante el viaje; otra, un frasco de agua de olor.

Ahora estamos esperando el coche, que lo hemos pedido para las cinco. Yo deseo que llegue de una vez, porque aunque siento alejarme de la quinta, la idea del viaje y sobre todo la vuelta a mi casa, me llenan de alegría.





IMPRESIONES DEL VIAJE

¡Por fin llegamos a casa! ¡Qué lindas me han parecido las piezas recién pintadas, con sus alegres recuadros!

Algunas amigas de mamá dijeron que la pintura estaba fuera de moda y que era mejor el papel; pero ella no siguió el consejo porque las habitaciones empapeladas no son tan higiénicas, a causa de que no es posible lavar las paredes y porque permite a los insectos resguardarse y hasta hacer sus nidos debajo del papel.

Desde que estoy en la ciudad, mamá me manda a la plaza todas las tardes para que respire buen aire y no extrañe el cambio,

Ahora voy a anotar en este cuaderno algunas impresiones de mi viaje a la capital federal.

Cuando bajamos del coche sólo faltaban dos minutos para que llegase el tren, así es que tuvimos que apresurarnos para sacar los boletos y atravesar por el pasaje subterráneo al andén opuesto. Cuando pisé el último escalón, ya se divisaba, a lo lejos, la locomotora; un segundo después el tren entró en la estación en forma imponente, produciendo gran estrépito. Yo creí que no iba a parar, porque, como era muy largo, el maquinista no apretó los frenos hasta que el primer vagón se hubo alejado como veinte metros del sitio en que nosotros esperábamos.

En ese mismo tren venían a Buenos Aires muchos pasajeros, y el viaje resultó, por lo mismo, muy alegre.

Como muchos de ellos se conocían, la conversación se hizo casi general. Papá fué quien recibió más saludos, porque ha tratado a casi todos los vecinos de esa zona durante sus visitas de estudio e inspección por orden del Ministerio.

Cuando subí al tren me sentía descom-

puesto: me hace mucho daño viajar en esos coches altos de campo que tanto se mueven; pero, felizmente, poco a poco, se me fué pasando el mareo y cuando bajé en el Once ya estaba muy aliviado.

Al volver del campo, ¡cómo se nota y extraña la animación de la capital! En el Once yo me hubiera perdido si no fuese por mis padres, ¡tanta era la gente que llenaba los andenes!

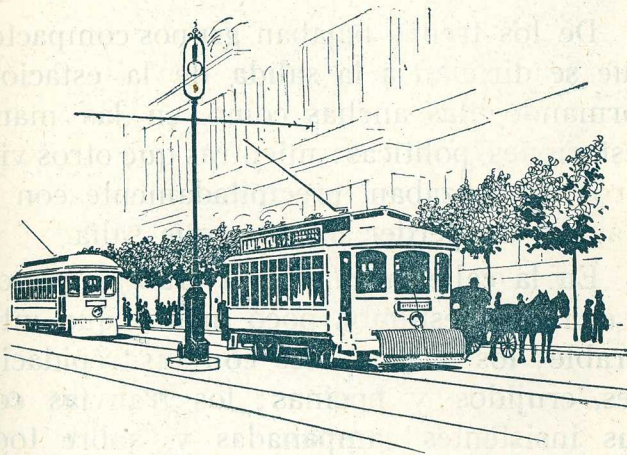
De los trenes bajaban grupos compactos que se dirigían a la salida de la estación, formando filas anchas como en las manifestaciones políticas; mientras que otros viajeros se cruzaban precipitadamente con el afán de no perder un tren que salía.

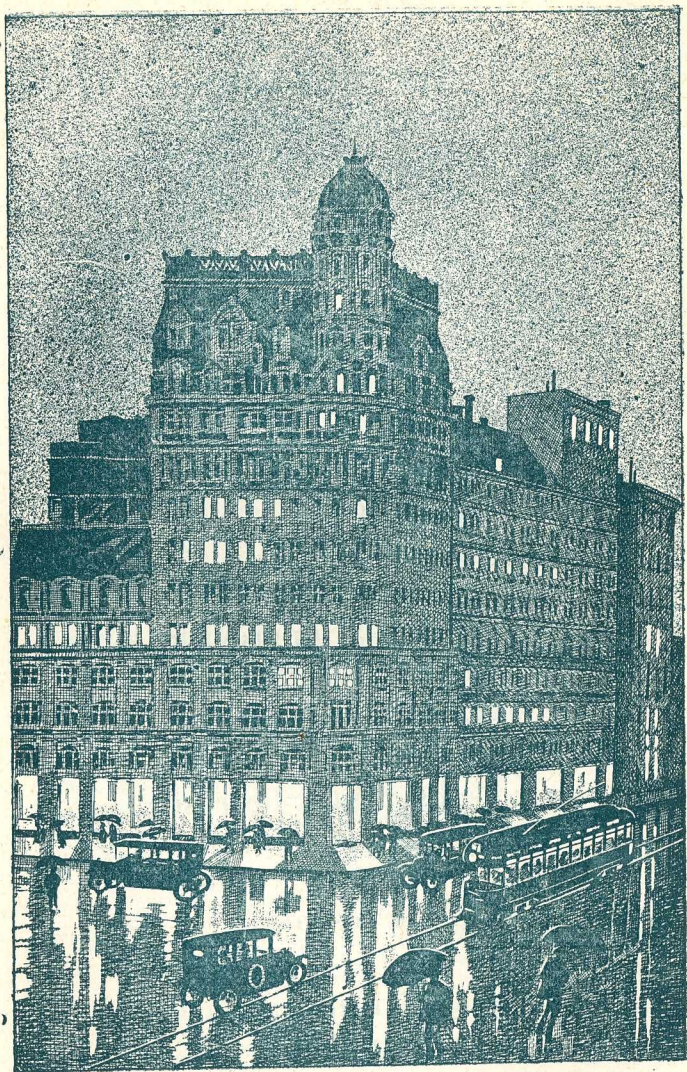
En la calle la confusión era aún mayor, y el ruido resultaba poco menos que intolerable; los automóviles con sus trepidaciones, crujidos y bocinas; los tranvías con sus insistentes campanadas y, sobre todo ese barullo, las ofertas de los cocheros, vendedores de diarios que, deseando hacerse oír, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero con todo eso, ¡qué hermoso aspec-

to presenta Buenos Aires cuando se regresa de esos pueblos tranquilos y solitarios!

¡Qué buena impresión producen sus calles tan bien alumbradas, que permiten ver a lo lejos! ¡Qué alegría causan las vidrieras grandes y deslumbrantes y las lucecitas verdes, rojas y azules de los tranvías, destacándose a la distancia en filas interminables!





La lluvia.

LA LLUVIA

(EN LA CIUDAD)

Amo la lluvia tranquila
que murmura suavemente
como el eco de una fuente
o el rumor de mansa esquila.

Amo el cielo gris, sombrío,
la calle triste, mojada,
y la llovizna porfiada
azotando el rostro frío.

Amo la gota precisa,
grande, pesada, imprevista,
que rueda desde la arista
de traicionera cornisa.

Amo los ruidos borrosos,
vagos, tenues, apagados,
que producen los rodados
en los pisos resbalosos.

Y amo el brillo movedizo
de las luces reflejadas
en las húmedas calzadas
de asfalto resbaladizo.

MIS PRIMOS

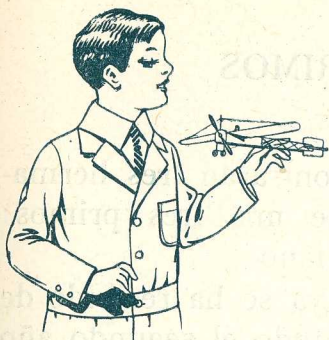
Difícilmente se encontrarán tres hermanos más distintos, que mis tres primos: Braulio, Eliseo y Feliciano.

Braulio, el mayor, ya se ha recibido de bachiller y está estudiando el segundo año de Farmacia. Es serio, muy enérgico, habla bien y siente gran admiración por las personas ilustradas.



Yo tengo motivo para guardar de él un buen recuerdo; una vez que fui a visitar a los chicos y que éstos no estaban, Braulio dejó de salir para acompañarme; y pasamos la tarde muy entretenidos conversando de los maestros y del colegio. A la salida, me regaló un libro de cuentos encuadernado y con hermosas láminas.

El segundo, Eliseo, es el más amigo mío; porque aunque tenemos el genio muy distinto, nos entendemos bien, y además es



de mi misma edad. Eliseo quiere ser *detective* o *aviador*, y se pasa las horas contando historias en las que siempre aparecen personajes muy valientes.

A veces, para hacerle enojar un rato, suelo decirle que cuando sea grande, debe dedicarse a escribir artículos festivos en los diarios o a dibujar historietas mudas en revistas ilustradas. Es un buen cómico, tiene mucha gracia.

Feliciano, el menor, es muy tímido y apegado a su madre; casi siempre lo encuentro con su pizarra, sentado en una silla de paja al lado de mi tía, mientras ella cose o borda en el bastidor.



UNA INVITACIÓN



El lunes por la mañana, estaba regando las macetas de geranios que adornan el frente del primer patio, cuando entró corriendo Eliseo, el segundo de mis tres primos.

Poco después llegó tía Crescencia, que lo acompañaba.

Venían a invitarme para una fiesta que preparaban, festejando el cumpleaños del menor de los chicos.

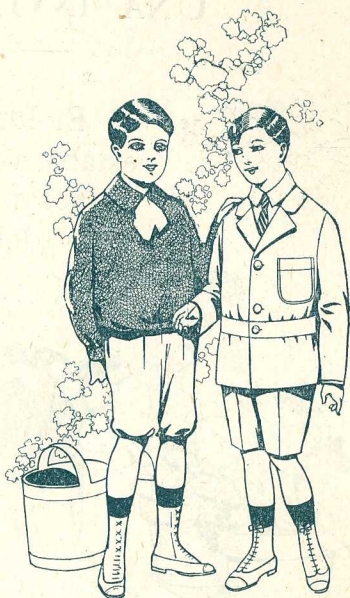
Papá y mamá se consultaron con la mirada, y al momento pensé que me negaban el permiso; pero no fué así, porque casi en seguida, dijo papá:

—Es muy justa la petición, pueden contar con Víctor.

—Será preciso que vaya temprano —agregó tía Crescencia— y que se decida a quedarse con nosotros hasta el día siguiente; así nos ayudará a atender a las visitas y el regreso será más cómodo para todos.

Antes de irse, mi primo Eliseo me llevó a un lado del jardín para hablar de la fiesta; estaba tan entusiasmado, que empezó a darme todas las noticias a un mismo tiempo.

Yo, mientras tanto, le escuchaba algo preocupado, pensando que, por primera vez iba a dormir lejos de mi casa.



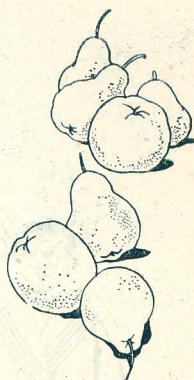
EN MARCHA



El martes, al despertar, no recordé lo ocurrido la víspera; y estaba muy tranquilo en mi cama, cuando sentí que, en la otra pieza, mamá andaba preparando el paquete de dulces que yo debía llevar para mis primos.

Me senté ligero, y pronto estuve vestido. Aunque me esperaban a eso de las once, no nos fué posible llegar tan temprano, porque papá tenía que almorzar antes de acompañarme; y, después, fuimos al centro a buscar dos docenas de frutas escogidas para aumentar el regalo.

Tomamos el tranvía de Flores: el principio del viaje me pareció monótono y fastidioso; pero después empezaron a desfilan alegres “chalets” con jardincitos llenos de vistosas flores y casas-quintas con sus parques ingleses simétricos, silenciosos y bien cuidados.



Yo deseaba ver cuanto antes el edificio de un colegio de Hermanas, porque hace esquina precisamente en la cuadra donde teníamos que bajar.

Cuando íbamos llegando, dieron las doce: el sol caía de lleno sobre nosotros y en las aceras mal conservadas, no había ni un poco de sombra. Yo, por indicación de papá, me resguardaba como podía, cuando, en eso, vi venir a nuestro encuentro a Eliseo seguido de Feliciano, el del cumpleaños; ellos hacía rato que nos estaban esperando en la puerta de su casa y me reconocieron, desde lejos por mi traje de marinero.



LA FIESTA

Durante el almuerzo y las primeras horas de la tarde, llegaron pocas visitas; pero de rato en rato, sonaba el timbre y los chicos salían disparando a recibir un nuevo regalo.

Un vecino mandó un lindo par de patos; otro, un rifle.

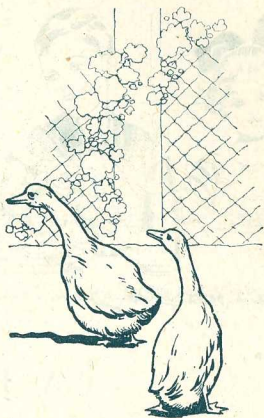
El padrino de Feliciano — que es muy rico — le envió un manomóvil.

A eso de las cinco, estábamos reunidos en derredor de la mesa, unos quince convidados.

En una de las cabeceras pusimos a Feliciano y en la otra a un muchacho de

diez y seis años, que era el mayor de todos, y casualmente, quien, dos horas antes, había mandado los patos.

Sobre el blanco mantel lucían su frescura algunas rosas recién cortadas y cerca de las flores, en fuentes de distintos tamaños, golosinas de todas clases despertaban el apetito. Había grandes bandejas repletas de alfajores con dulce de leche y de algarrobo, empanadas de carne y verdura, brioches y merengues; otras, medianas, conteniendo sandwiches, pastelitos con almíbar y grajeas o rosquitas de maicena y dulces brillantados. También había turrónes de Alicante, budines, yemas quemadas, pastas y muchas otras confituras, que ahora no recuerdo.

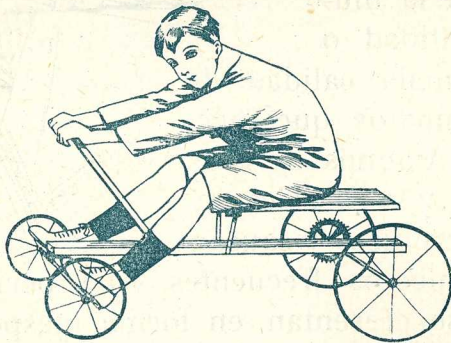


A mi primo Eliseo se le alegraban los ojos cuando miraba las masas, y cada vez que los demás no lo veían, me hacía unas caras como para morir de risa.

Terminado el te descansamos un poco y, en seguida, dimos principio a la partida de “rescate”.

El que no disfrutó mucho con nuestros juegos, fué el pobre Feliciano; estaba nervioso porque a uno de los invitados le había dado por andar con el manomóvil.

A eso de las nueve quedamos solos, y una señora inglesa, que vive cerca de casa, se ofreció para acompañarme: yo se lo agradecí mucho, porque lo único que sentía era tener que pasar toda una noche tan lejos de mis padres.



LOS ALIMENTOS Y LA SALUD

Todo el mundo sabe que muchas de las enfermedades más molestas y difundidas, tienen por causa el exceso de alimentación.

Las afecciones al estómago, intestinos, hígado, riñones; el reumatismo, la gota, etc., son, casi siempre, el resultado inevitable de la mucha cantidad o

de la mala calidad de los alimentos que ingerimos. Algunos de esos males revisten el carácter de crónicos y causan padecimientos frecuentes, casi periódicos; otros, se presentan en forma inesperada y violenta y a veces producen la muerte en pocos días, como ocurre con la peritonitis.

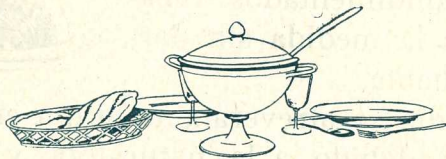
Por otra parte, la falta de nutrición también perjudica gravemente al organismo y



puede acarrear, más o menos pronto, un desenlace fatal.

La clorosis, el agotamiento nervioso, el raquitismo y la anemia, que provienen por lo común de una nutrición deficiente, predisponen, por el estado de debilidad general, para adquirir cualquier enfermedad contagiosa, a saber: tuberculosis, viruela, sarampión, escarlatina, etc.

Por eso conviene establecer con precisión un límite, para nuestras comidas.

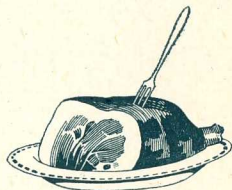


LÍMITES DE ALIMENTACIÓN

Casi todos los libros de higiene, dicen que debemos comer hasta que el cuerpo se sienta satisfecho.

Este límite resulta un poco vago, porque es muy variable: depende del gusto más o menos agradable de los manjares y también de otras muchas circunstancias.

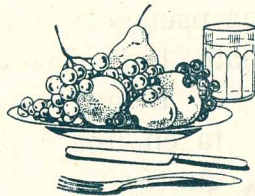
Si se nos ofrece comida insulsa o poco sazónada, dejamos de comer tan pronto como sentimos saciado nuestra hambre o apetito; pero cuando comemos platos bien condimentados, rebasamos la medida sin darnos cuenta.

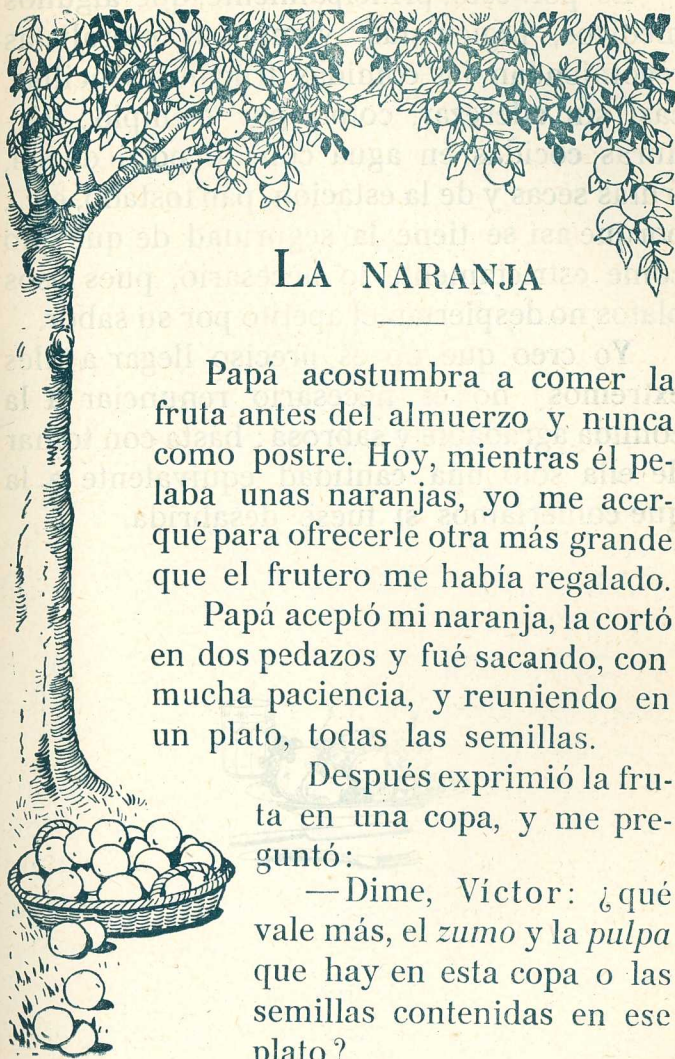


Nadie se atreverá a negar que en los banquetes, debido a la naturaleza y variedad de las comidas, al orden en que éstas son presentadas y a la conversación amena de los compañeros de mesa, se come forzosamente mucho más que cuando uno almuerza, solo, platos substanciosos y sanos, pero sin mucho condimento.

Es por esto, principalmente, que algunos médicos, higienistas, y muchos moralistas recomiendan las comidas frugales, sencillas, casi sin aderezar, como por ejemplo: verduras cocidas en agua con un poco de sal, frutas secas y de la estación, pan tostado, etc.; porque así se tiene la seguridad de que uno come estrictamente lo necesario, pues esos platos no despiertan el apetito por su sabor.

Yo creo que no es preciso llegar a tales extremos: no es necesario renunciar a la comida agradable y sabrosa; basta con tomar de ella sólo una cantidad equivalente a la que comeríamos si fuese desabrida.





LA NARANJA

Papá acostumbra a comer la fruta antes del almuerzo y nunca como postre. Hoy, mientras él pelaba unas naranjas, yo me acerqué para ofrecerle otra más grande que el frutero me había regalado.

Papá aceptó mi naranja, la cortó en dos pedazos y fué sacando, con mucha paciencia, y reuniendo en un plato, todas las semillas.

Después exprimió la fruta en una copa, y me preguntó:

— Dime, Víctor: ¿qué vale más, el zumo y la pulpa que hay en esta copa o las semillas contenidas en ese plato?



Yo le respondí, sin vacilar: el jugo, la comida, papá.

—No, hijo mio— me contestó. Todo el contenido de esta copa apenas sirve para calmar la sed de un momento, mientras que cada una de esas semillas encierra un árbol

capaz de producir millares y millares de frutos. Bastaría sembrar una de ellas en tierra *propicia* y prodigarle algunos cuidados para que naciera una plantita que se desarrollaría, poco a poco, hasta convertirse en un *naranjo*.

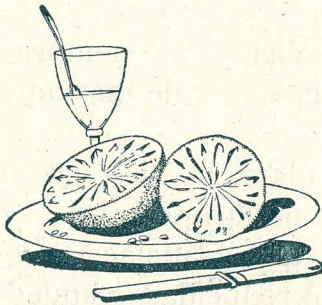
Ya ves, Víctor, no siempre es mejor lo que más gusta, ni vale más aquello que más nos agrada.

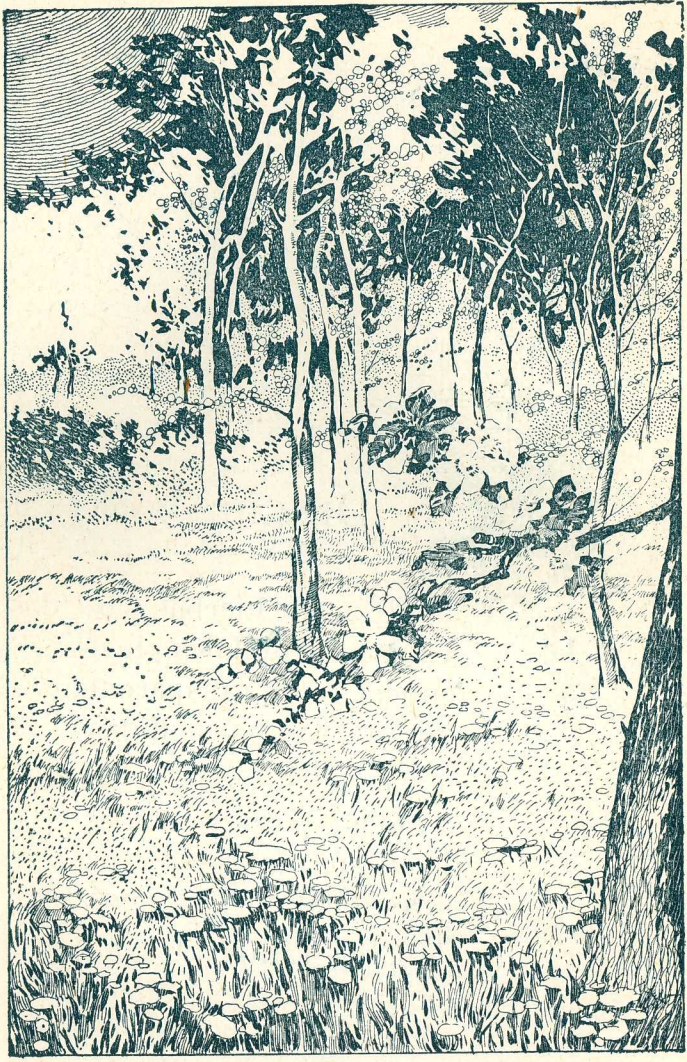
Desgraciadamente, por error o por falta de reflexión preferimos con frecuencia todo cuanto produce satisfacciones inmediatas aunque sean reducidas, a aquello que ofrece beneficios mayores, pero lejanos o remotos.

Mientras papá hablaba así, iba agregando agua y azúcar dentro de la copa; después

revolvió un buen rato y me dijo: — bebe ahora esa naranjada, que tanto te gusta y, esta tarde, sembraremos las semillas en el jardín.

Piensa a menudo en cuanto acabo de decirte y recuerda siempre que con frecuencia, en las cosas más insignificantes y humildes, están ocultos los mayores bienes. Comprende, también, que el mundo está dispuesto de tal modo que los seres humanos pueden gozar muchos buenos momentos en el transcurso de la vida, pues la dicha de la hora presente no impide la felicidad futura.





Paisaje.



DESCRIPCIÓN

Sobre las hierbas crecidas,
se alzan triunfales, lucientes,
tenues, casi transparentes,
mil corolas encendidas:
violáceas, blancas, rojizas,
dorañas, pardas, azules;
unas, suaves como tules;
otras, cual luz, movedizas:
el verde campo, lozanas,
con sus colores salpican;
mientras, en lo alto, repican,
incansables, las campanas.



EN EL COLEGIO

El día de hoy ha sido, para mí, muy alegre. Después de tres meses y medio de vacaciones he vuelto a mi colegio, en donde durante el año anterior pasé tan buenas horas y aprendí muchas cosas útiles e interesantes.

¡Con qué gusto volví a ver al señor director, a los maestros, maestras y condiscípulos!

¡Qué alegría experimenté al encontrarme de nuevo en esos patios grandes, abiertos, llenos de sol, donde tantas veces he jugado con mis compañeros de clase!

En mi colegio, todo es amable y simpático: desde nuestro director — que, a pesar de su rostro siempre serio y de su expresión enérgica, es justo con todos y afectivo con cuantos sufren — hasta el portero, un viejecito andaluz que, aunque nos reprende, a veces, debe tenernos cariño porque nos cuida mucho sin que nadie se lo mande. Si alguno se lastima, acude presuroso a prestarle auxilio a pesar de sus piernas vacilantes que poco lo ayudan; si perdemos el lápiz, si se nos rompe la pluma u olvidamos la goma de borrar, él nos saca del trance porque guarda en una caja de madera muchos “cabitos de lápiz”, portaplumas viejos y gomas gastadas, buenas para casos de apuro.

—Toma, chiquillo,—nos dice — aquí tienes lápiz para un mes: es un “cabito”, pero vale más que un sargento.

¿Y tú, qué buscas? — agrega, dirigiéndose a otro — ¿goma? Aquí tienes ésta, que cuando no borra, borronea. Y ahora en marcha, que la maestra aguarda...

Sí; todo es amable y simpático en mi colegio: director, maestros, empleados, alumnos, patios y salas de estudio. Por eso el día de hoy ha sido muy grato para mí. Papá

me acompañó. Llegamos a las ocho menos cinco minutos, y casi en seguida fui inscripto.

Dos maestras ayudaban al director en la tarea de inscribir a los alumnos y de atender los pedidos y preguntas que hacían éstos o las personas que los acompañaban.

El trabajo era pesado porque muchos olvidan o no quieren comprender que para ser admitido en las escuelas públicas y particulares *es absolutamente obligatorio presentar la matrícula escolar y el certificado de vacuna.*

Las maestras se veían obligadas, por este motivo, a explicar y repetir lo mismo a muchas personas, mientras otras aguardaban en la sala de espera, donde han colocado varios cuadros que yo no conocía.

Cuando salíamos de la dirección, recién empezaban a llegar mis condiscípulos de grado; unos iban solos; otros, en compañía de sus padres; pero todos alegres, risueños, me saludaron con afecto.

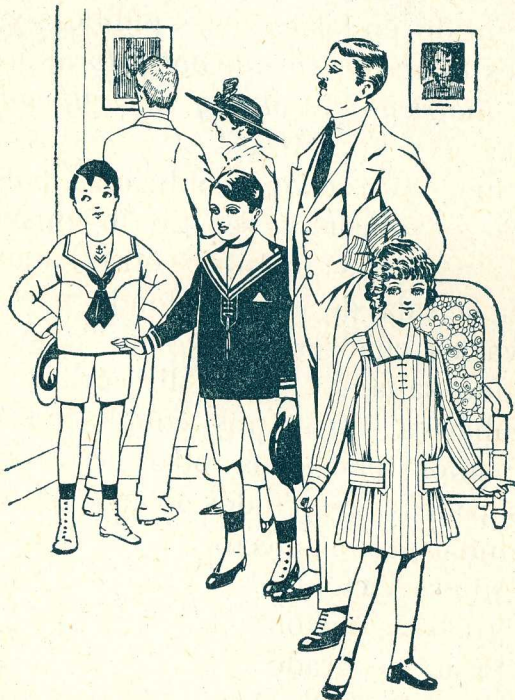
— ¡Adiós, Víctor!

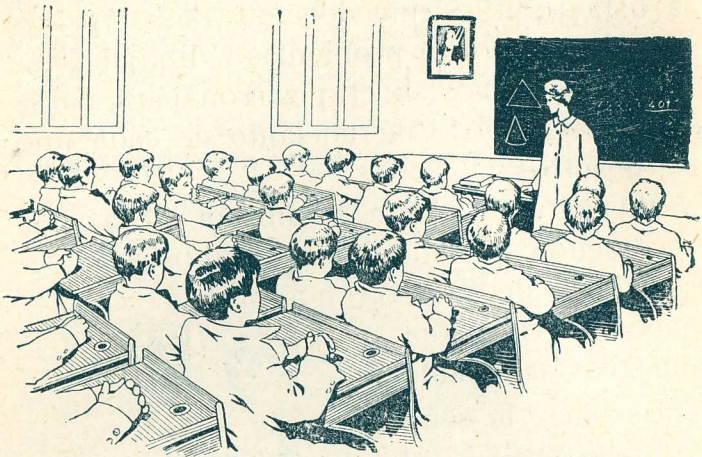
— ¿Vuelves, Víctor?

— ¿Pasas de grado?

— Adiós, Bertelli. Adiós, Rossi: mañana vengo. Pasamos a la misma clase con la señorita Moreno.

Mi padre, entretanto, sonreía satisfecho. Así que hube atravesado la calle, volví el rostro para mirar desde enfrente a mi querido colegio y en lo alto, muy arriba, vi ondular alegremente una bandera nueva, de colores brillantes, que parecía compartir mi contento y saludar nuestra llegada.





EL PRIMER DÍA DE CLASE

Papá me acompañó hoy también hasta el colegio. Cuando salíamos de casa, encontramos a un señor que deseaba hacerle una consulta. Por tal motivo, nos demoramos unos minutos y yo llegué a la escuela algo retrasado, justamente cuando mis compañeros — después de pasada *la revista* y de haber cantado el *Saludo a la Bandera* — se dirigían a clase.

He pasado el día tan entretenido y contento, que las horas me parecieron cortisi-

mas. La señorita Moreno dictó el horario, la lista de útiles que debemos llevar, y nos hizo leer, resolver problemas y dibujar figuras geométricas en el pizarrón para darse cuenta del grado de adelanto de cada uno de nosotros.

Más tarde durante la última hora, nos recomendó que fuésemos estudiosos, si deseábamos llegar a ser hombres felices, ciudadanos respetados, útiles a la Patria y a nuestros semejantes.

Después, la señorita agregó:

— Casi siempre los hombres más instruidos logran vivir mucho mejor que los ignorantes.

Observen ustedes a las personas cuando trabajan — aunque sea en tareas sencillas — y podrán comprobar que aquellas que más saben consiguen mayor provecho con menos sacrificio y menores peligros. Bueno, ahora preparen los útiles que va a sonar la campana.

Durante los recreos, pocos habían pensado en jugar. ¡Teníamos tantas cosas que contar! Sin embargo, no faltó quien prefiriese saltar y correr a conversar tranquilamente sobre diversiones que ya habían pasado.

Algunos, han veraneado, como yo, en el campo, pero cerca de la capital; otros, pasaron las vacaciones en ciudades como La Plata y Rosario; y unos pocos, se ausentaron a provincias lejanas. De todos estos viajes se habló mucho, como también del último Carnaval. Casi todos mis compañeros se habían disfrazado y ni uno solo dejó de divertirse en esos días.



LA HORA DEL RECREO

Brilla el sol tibio, suave, de la mañana
en los patios desiertos y en los salones,
y un alegre tañido de la campana
interrumpe el murmullo de las lecciones.

*
* *

Los alumnos, derechos, alta la frente,
alineados en rectas y largas filas,
silenciosos, marchando militarmente,
atraviesan por salas antes tranquilas.

*
* *

Se oye un *¡alto!* sonoro, que el patio llena,
al que sigue un silencio sólo turbado
por la marcha impetuosa que arriba suena
cuando bajan los chicos de primer grado.

*
* *

Luego: charlas alegres, algarabía,
juegan unos al salto y a la rayuela,
mientras otros conversan con alegría,
de sus padres y hermanos o de la escuela.

DUREZA Y FRAGILIDAD

La señorita Moreno está pasando en limpio el catálogo de la biblioteca, por ese motivo, la reemplaza en sus tareas habituales el señor García, maestro de cuarto grado.



Él nos mostró esta mañana unas barras cilíndricas de color amarillo pálido.

— ¿Saben cómo se llama esta sustancia? — nos preguntó.

— Azufre, señor maestro — gritó desde su banco,

Bertelli, que es hijo de un farmacéutico.

Yo sólo conocía el azufre en polvo, así es que nada dije.

— Sí; es azufre — afirmó el maestro, y agregó:

— Vamos a ocuparnos de este cuerpo.

El azufre es una substancia dura, frágil, combustible y más pesada que el agua.

—¿Por qué digo que es duro, González?

—Porque no se rompe— respondió el interpelado sin pensar.

El maestro, como contestación, dejó caer una de las barras al suelo y ésta se rompió en varios pedazos.

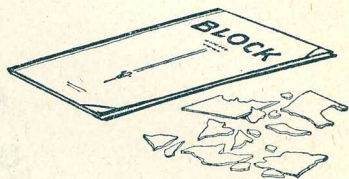
—Me parece que se ha roto muy fácilmente; y, sin embargo, el azufre es un cuerpo duro...— dijo el profesor. Todos nos mirábamos: nadie sabía contestar.

—Voy a decirles por qué— agregó, sacando del armario una vela de cera que comenzó a rayar con un alfiler.

—¿Ven ustedes? La cera es una substancia blanda, porque puede ser rayada sin mayor esfuerzo; mientras que si ustedes intentan hacer otro tanto con el azufre, no podrán conseguirlo por su *dureza*. Lentamente, con paciencia, se puede hacer penetrar la hoja de un cortaplumas en una vela de cera, pero no se lograría hundirlo en una barra de azufre. Esta substancia se rompe porque es frágil y no por ser blanda. Voy a ponerles otro ejemplo más claro.

Si colocamos en una mesa un pedazo de

vidrio, de esos que se usan en las ventanas, y un cartón del mismo grueso—la tapa de un block, por ejemplo—y raspamos con un alfiler o una pluma de acero al cartón y al vidrio, pronto veremos que el primero queda todo rayado mientras que el segundo no. Esto ocurre porque el cartón es un cuerpo blando y el vidrio es un cuerpo duro; pero si arrojamus de la mesa al suelo el vidrio y el cartón, aquél se romperá y éste no; porque el vidrio es frágil y el cartón no lo es.



—¿Han comprendido ahora las diferencias?

—Sí, señor—respondimos todos a un tiempo.

—Vamos a ver: ¿quién es capaz de decirme cómo es el hierro?

—Es duro.

—No es frágil.

—Eso es, perfectamente: el hierro es un cuerpo duro, y no es frágil como el azufre; por eso, al caer, no se rompe. ¿Podrían nombrarme otro cuerpo que tenga las mismas cualidades?

— El cobre, señor.

El granito con que se hacen adoquines para la calle... — decía Bertelli, cuando sonó la campana:

— Está bien — dijo el maestro — mañana nos seguiremos ocupando del azufre.



EL AZUFRE

Hoy, después del segundo recreo, el señor García siguió explicándonos la lección que ayer quedó interrumpida.

SR. GARCÍA.—¿Recuerdan, ustedes, cómo se llama esta substancia?

VARIAS VOCES. —
(Casi a un tiempo).

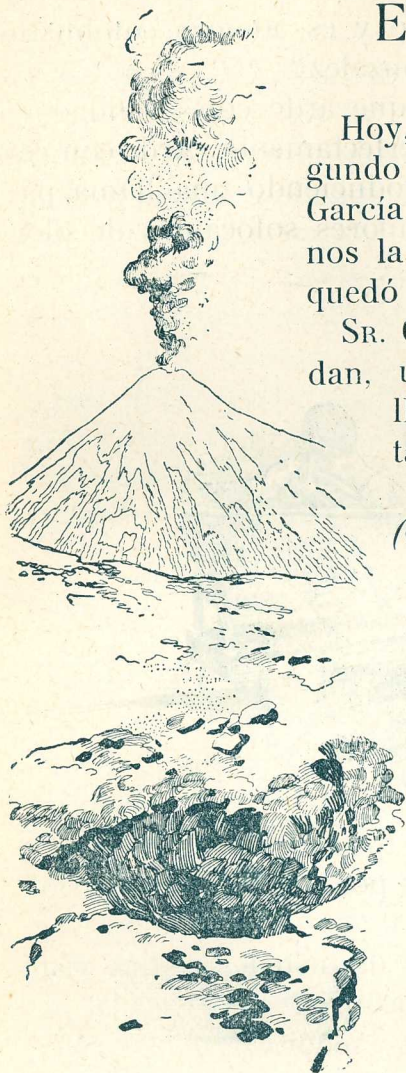
— Sí, señor.

— Azufre, señor.

— Eso es azufre.

SR. GARCÍA. —
Rossi, ¿podría enumerar, usted, algunas cualidades de ese cuerpo?

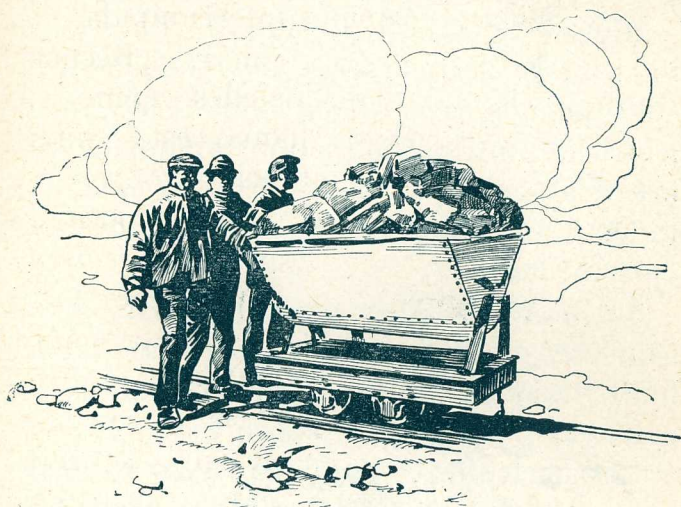
ROSSI. — Sí, señor. El azufre es amarillo, duro y frágil o quebradizo.



SR. GARCÍA.—Muy bien: es amarillo, duro, frágil o quebradizo y es además combustible. ¿Por qué, González?

GONZÁLEZ.—Porque arde con facilidad.

SR. GARCÍA.—Perfectamente. Arde con relativa facilidad produciendo una llama pálida, azulada, y vapores sofocantes de olor



fuerte que hacen toser y que llegarían a producir la muerte por asfixia en pocos minutos.

¿Tal vez alguno de ustedes habrá visto arder un poco de azufre?

BERTELLI.—Yo sí, señor.

RÍOS.—Yo también, señor profesor. Mi papá quema azufre para desinfectar las habitaciones.

SR. GARCÍA.—Precisamente: los vapores del azufre son desinfectantes e insecticidas, porque muchos insectos y algunos microbios no los resisten. ¿Recuerda, Ríos, qué son los microbios?

RÍOS.—Sí, señor. Reciben el nombre de microbios, ciertos seres tan pequeños que sólo pueden ser vistos con el auxilio de lentes de mucho aumento; algunos pertenecen al reino animal, otros, al vegetal y muchos de ellos son la causa de diversas enfermedades.

SR. GARCÍA.—Muy bien. Por eso, precisamente, el azufre sirve para evitar y combatir muchas de esas enfermedades: las cutáneas o de la piel, sobre todo.

Los agricultores también usan el azufre para extinguir ciertas plagas o pestes que atacan a las plantas, y las industrias lo utilizan de muy diversos modos: se emplea para fabricar los fósforos, la pólvora, el ácido sulfúrico, y sirve, también, para tomar impresiones de medallas, para sellar hierro en piedra, esto sin contar las mu-

chas aplicaciones que tiene en farmacia.

Esta substancia tan útil se encuentra en la Naturaleza, unas veces sola y otras combinada con diversos metales; pero donde más abunda es cerca de los volcanes en actividad, de cuyos cráteres se desprende, y en unos sitios especiales llamados *solfataras*. La solfatará más célebre en Europa es la de *Puzzola* o *Puzzuola*, cerca del Vesubio.

También se produce mucho azufre en Sicilia, Islandia, España, México, en toda la vertiente occidental de los Andes y en varios otros lugares de la América española.





Tormenta de viento.

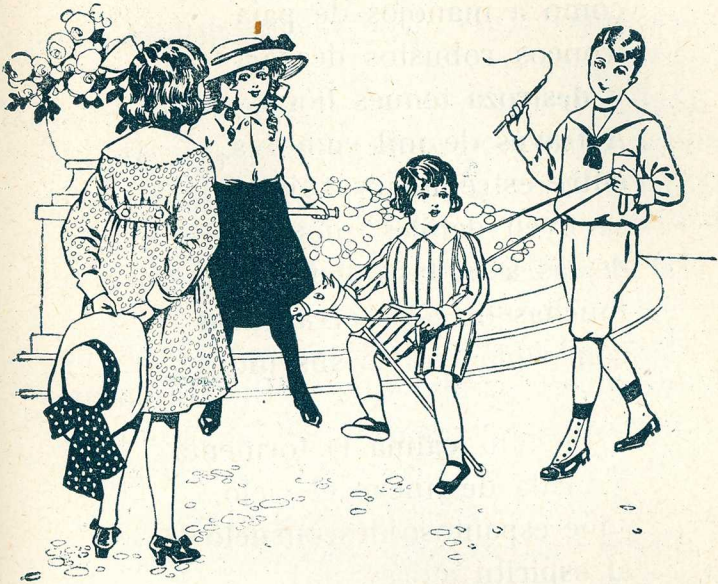
TORMENTA DE VIENTO

Una ráfaga ligera
de tibia y fragante brisa
pasa rozando, indecisa,
la tupida enredadera:
el mustio sauce, la higuera,
los rosales y retamas
mueven apenas sus ramas,
mientras las hojas brillantes
se estremecen vacilantes,
con el temblor de las llamas.

Poco a poco, lentamente,
cual silenciosas majadas,
nubes grises y pesadas
van llegando del oriente.
El cielo claro, esplendente,
pronto se torna sombrío.
Cesa la brisa. Aire frío,
helado y furioso viento
silba y azota violento,
ruge y arrasa bravío.

En sus siniestros furores,
como a manojos de paja,
truncos robustos desgaja
y destroza tenues flores.
A través de mil rumores,
entre estrépitos y aullidos,
se oyen débiles quejidos
de las aves lastimadas,
muchas de ellas arrancadas,
con violencia, de sus nidos.

Cuando calma la tormenta
y brilla de nuevo el cielo,
¡qué espantoso desconuelo
al espíritu atormenta!
¡Anonada, desalienta,
tanto mal inesperado,
tanto daño consumado,
tanto dolor padecido,
tanto fruto, tanto nido,
en el suelo, destrozado!



GRATA SORPRESA

Hoy, por la tarde, acababa de llegar a casa y me disponía a poner en orden mis útiles, cuando sentí sonar el timbre de la puerta de calle.

Casi en seguida, llegó hasta mí un rumor indescriptible, una mezcla confusa de exclamaciones de sorpresa, frases de alegría y palabras de cariño.

Mamá, que es siempre suave y delicada, parecía haber hecho apuesta con otra señora sobre cuál de las dos gritaba más fuerte.

Salí corriendo y me encontré con una amiga íntima de mamá que yo no conocía personalmente, pero de la cual había oído hablar muchas veces a mis padres.

La acompañaban sus tres hijos: Sara, Carmen y Raúl.

Hacen seis años que esa señora se ausentó con su familia a Bahía Blanca, porque el esposo había sido nombrado contador de un Banco en esa ciudad. Desde entonces mamá no había vuelto a verla.

Ahora regresa para radicarse definitivamente en Buenos Aires, pues el esposo ha sido ascendido y pasa a ocupar un alto puesto en la casa central del mismo Banco, que funciona en esta capital.

Nosotros nada sabíamos; porque, con el fin de darnos una sorpresa, la señora nos ocultó la noticia a pesar de habernos escrito la semana pasada.

¡Y vaya si nos ha sorprendido! Nunca olvidaré el barullo y los abrazos de hoy.

Todos estamos contentos.

Pocos minutos después de conocernos, los chicos y yo nos hicimos muy amigos. Hemos jugado toda la tarde. Sara y Carmen ya están adelantadas; aquélla, es alumna de quinto grado y ésta, de cuarto. Mientras les mostraba mis libros y hablábamos de la escuela, me di cuenta de que saben mucho.

Raúl es todavía muy chico, recién el año próximo comenzará a ir al colegio.



UN ACCIDENTE

El día de hoy ha sido muy malo para mí: mamá se despertó algo enferma, con un fuerte dolor de cabeza; papá perdió unos pa-



peles en que tiene anotados informes de interés, que necesita para su trabajo, y, como si todo esto no bastara,

durante el recreo de las diez ocurrió, en el colegio, una terrible desgracia. Un alumno de cuarto grado, que se llama Eugenio Romano, se quebró la pierna izquierda a la altura del tobillo.

¡Pobre niño! Daba lástima verlo. Parecía muerto, porque los dolores eran tan agudos que cuando yo me acerqué a él ya estaba desmayado.

Nadie acierta a explicarse el motivo de la caída; pero todo hace suponer que resba-

ló en alguna semilla, porque aunque nos está terminantemente prohibido arrojar en el patio cáscaras de frutas y demás basuras, siempre hay semillas de naranja sobre el piso de mosaico: son tan chicas y resbalosas, que se escapan de la mano y algunos, por descuido o negligencia, no se agachan a levantarlas.

En el primer momento, se produjo una espantosa confusión: el herido lanzaba gemidos desgarradores, y, mientras unos corrían, atropellándose, hacia el primer patio — sitio en donde ocurrió la desgracia — otros se amontonaban en torno del herido sin saber qué hacer.

Los maestros no conseguían restablecer el orden y la señorita Bustillo, maestra de primer grado, se descompuso de la impresión.

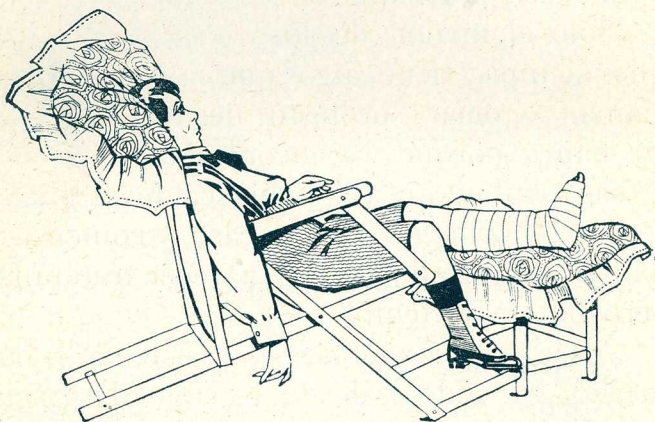
Por orden y con ayuda del señor director, varios maestros levantaron cuidadosamente a Romano y lo llevaron hasta la sala de espera, en donde le fué practicada la primera cura por un médico de la Asistencia Pública que llegó casi en seguida.

Como no era posible arreglarle la pierna allí mismo, el doctor se limitó a aplicar-

le una inyección para calmar los dolores y poderlo transportar en la ambulancia hasta su domicilio.

¡Qué disgusto habrán tenido los padres del pobre Romano!

Cuando lo sacaron en la camilla, muchos llorábamos y la señorita Moreno, que es muy religiosa, se puso a rezar.



UN NOBLE CORAZÓN

En cuanto llevaron a Romano, el señor director mandó tocar la campana para que entrásemos a clase, porque ya se había pasado la hora.

Todos estábamos tristes e impresionados; así es que ocupamos nuestros asientos en silencio.

Sólo el menor de los Rossi, que siempre tiene algo que reclamar o decir, protestó desde su banco porque no encontraba el sacapuntas, que se había caído al suelo.

La señorita no le hizo caso y comenzó a hablar, esforzándose por aparecer tranquila, pero la voz le temblaba.

— Quiero conversar con ustedes — comenzó diciendo — de la terrible desgracia que acaba de ocurrir.

Un compañero de estudios — amigo íntimo de alguno de ustedes — está padeciendo a estas horas dolores espantosos, que continuarán mortificándolo durante muchos días.

Los padres y hermanos del herido han



de estar en este momento desesperados, llorando, llenos de inquietud y sobresalto; y no es para menos, porque las operaciones son siempre peligrosas y causan grandes padecimientos.

Por otra parte, Romano va a quedar defectuoso para toda su vida: nunca volverá a caminar como antes y en más de una ocasión se sentirá molesto.

Además la familia va a tener que hacer grandes sacrificios y gastar fuertes sumas de dinero para conseguir su curación.

¿Y todos estos males, por qué?

Por la desobediencia o el descuido de algún condiscípulo, acaso de algún amigo que le quiere mucho y que, a pesar de ello, ha cometido la imprudencia de arrojar una semilla al suelo, sin tener en cuenta que al hacerlo ponía en peligro la salud y tal vez la vida propia y de los demás.

La señorita iba a seguir hablando, cuando nos sorprendió un llanto inesperado. En lo más retirado de la clase sollozaba amargamente un chico, que se llama Manuel Calvo.

Se aproximó la señorita al banco que él ocupa y trató de consolarlo.

Al principio no entendíamos lo que él

decía; pero, poco a poco, comprendimos.

— Yo tengo la culpa — repetía. — Yo tengo la culpa. Yo estaba comiendo naranjas y no he juntado las semillas.

En vano la maestra intentó calmarle.

Lloraba cada vez más y de tal modo, que el señor director, al pasar por delante de la clase, se alarmó y entró a enterarse de lo que ocurría.

Cuando supo la causa del llanto, dijo:

— El patio está lleno de basuras y semillas. Muchos han comido naranjas y otras frutas. Nadie puede creerse culpable en este caso.

Romano sanará pronto y andará bien; probablemente no tendrá que usar muletas.

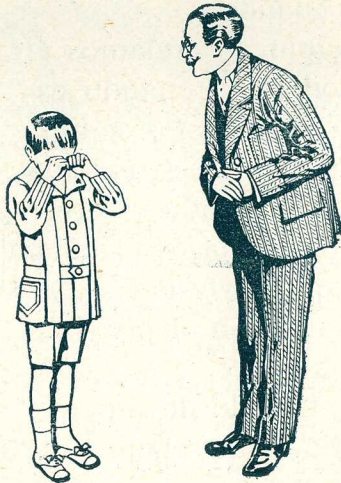
Estas palabras produjeron un efecto contrario al esperado, porque Calvo, al oírlas,



en lugar de calmarse se puso a llorar más amargamente.

Entonces, el director, dirigiéndose a nosotros, nos dijo muy conmovido:

— Hay que dejarle llorar, es preciso que se desahogue. ¡Qué hermoso y noble corazón: no está seguro de su culpa y solloza de arrepentimiento!— y salió de la clase con los ojos llenos de lágrimas.



BERTELLI

Voy a dedicar una página de este cuaderno a mi buen amigo Vicente Bertelli. ¡Cuánto lo aprecio y qué digno de cariño es!

Bertelli ingresó al colegio el 15 de abril. Los primeros días no nos acostumbrábamos a vernos junto a él, porque es tan alto que todos parecemos enanos.

Al principio, lo creíamos el mayor de todos; y, cuando estábamos en fila, algunos se burlaban preguntándole si no tenía vergüenza de estar en tercer grado. Pero por la matrícula, pronto se supo la verdad: cumpliría diez años en el próximo mes de septiembre.

Tiene el cabello de un raro color castaño con reflejos dorados y tan áspero y grueso, que casi no lo puede manejar con el peine, porque nunca se le asienta.

Tiene también unos ojos francos y vi-



varachos, que siguen conversando hasta cuando no habla.

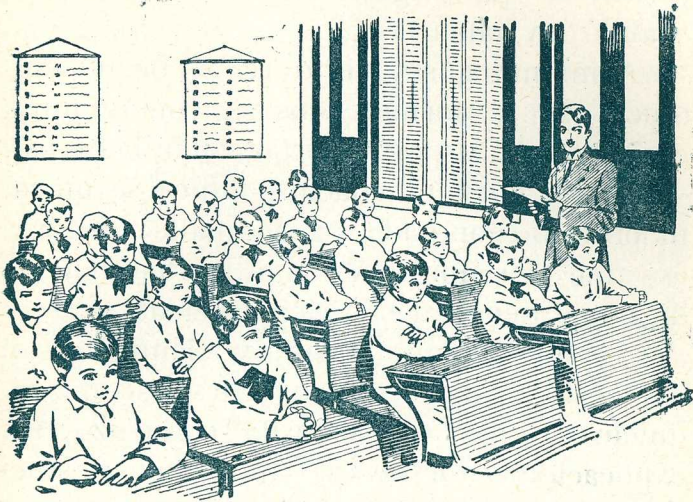
A mí me gusta verlo reír, porque entonces se le forman dos hoyuelos muy graciosos en las mejillas y otro, en la barba.

Es un buen muchacho; nunca se queja ni protesta por nada ni de nadie; es por eso que la señorita Moreno le distingue y dice que tiene un carácter excelente.

Aunque es muy alegre y siempre está dispuesto a jugar y a divertirse, se queda quieto en cuanto la señorita comienza sus explicaciones. Desde ese momento se pone serio, con los ojos fijos en la pizarra o en su libro; y, con el cuerpo inmóvil y echado hacia atrás, escucha con atención e interés.

Al padre de Bertelli lo veo casi siempre en la botica despachando recetas, mientras la madre atiende la Caja. Vicente tampoco está ocioso, porque ayuda en los mandados, arregla las vidrieras y hace paquetes.

Algunos domingos sale a paseo con sus padres y entonces, lleva un traje azul marino que le sienta muy bien.



EN CLASE

La señorita Moreno ha solicitado y conseguido licencia para ausentarse al campo durante quince días, porque se siente algo débil y bastante cansada.

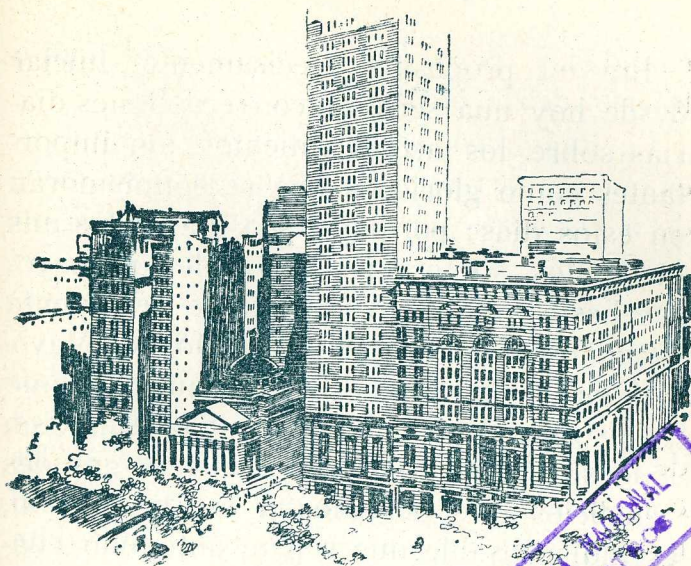
La reemplaza en sus tareas el señor Aguilera, que es secretario del Colegio.

Hoy, al entrar a clase, después del segundo recreo, este maestro nos dijo:

— He oído que algunos de ustedes hablaban hace un momento del 25 de Mayo, fecha que se aproxima.

Era mi propósito, precisamente, iniciar desde hoy una serie de conversaciones diarias sobre los acontecimientos tan importantes como gloriosos que se conmemoran en estos días; porque deseo que todos mis discípulos, sin excepción, desde los mayores hasta los más pequeños, se den cuenta exacta de lo que fué la Revolución de Mayo.

Ahora bien: para conseguir que cada uno de ustedes llegue a conocer y apreciar, en todo su valor, los muchos y muy grandes beneficios que debemos a esa revolución, es indispensable que sepan, ante todo, cuáles son las diferencias que existen entre una nación independiente y una colonia o posesión; entre un pueblo libre que se gobierna a sí mismo y un pueblo sometido a otro y gobernado por autoridades que no ha elegido y que ni siquiera conoce. Saquen sus cuadernos. Desde hoy en adelante, voy a dictarles varios capítulos— uno cada día— sobre los temas siguientes: *Los pueblos, Las colonias, Propósitos de los colonizadores, Los indios, y El ideal de la independencia.*



LOS PUEBLOS

Si comparamos los distintos pueblos que viven o han vivido durante una misma época, pronto se echa de ver que todos difieren entre sí.

Hay naciones grandes, pequeñas, fuertes, débiles, activas, indolentes, progresistas, estancadas, retrógradas, etc.

Si elegimos dos pueblos con el propósito de establecer entre ellos diversas comparaciones, casi siempre llegamos a comprobar que uno aventaja al otro por alguna de sus

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

cualidades, pero que es indiscutiblemente inferior desde otros puntos de vista.

La República Argentina — por ejemplo — es más importante que Alemania si se atiende a las cifras de producción y exportación ganaderas, pero Alemania supera a la República Argentina por la variedad y desarrollo de sus industrias fabriles.

Hay, sin embargo, pueblos que resultan inferiores a otros en todos sentidos, o sea desde cualquier punto de vista que se les compare. Son inferiores por la pequeñez del territorio que les pertenece; por la falta o insignificancia de sus industrias y comercio; por sus costumbres, ideas y modo de vivir; y son inferiores, principalmente por la ignorancia de sus habitantes, ignorancia que impide a éstos distinguir aquello que les conviene de cuanto les perjudica. De ahí que no sepan gobernarse, ni defenderse de los males que los amenazan y atacan.

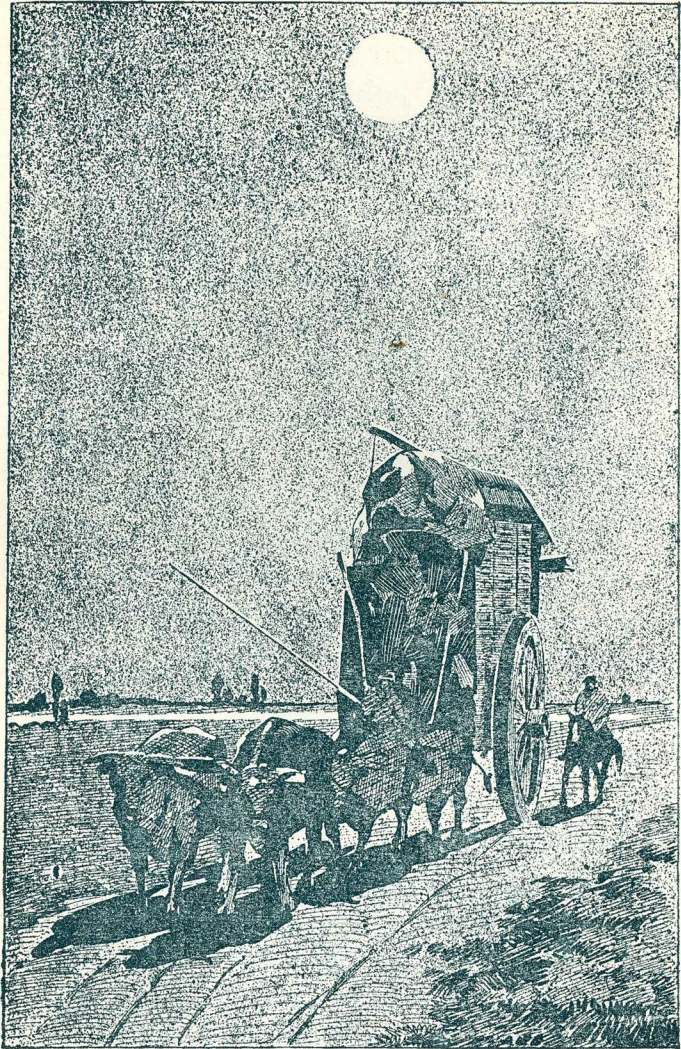
Algunos de estos pueblos son tan inferiores que se encuentran, en medio de la vida civilizada, en una situación idéntica, por lo peligrosa, a la de un niño de cinco o seis años que debiera ganarse el pan y vivir solo, por su propia cuenta, en una ciudad inmensa y populosa.

En la parte central del continente asiático, hay muchísimas poblaciones (que algunos llaman ciudades) formadas por millares de viviendas de paja, estrechas, sucias, amontonadas sin orden ni simetría, y apenas separadas unas de otras por callejuelas de un metro de ancho.

Como consecuencia de esa falta de higiene y de la mala calidad de los alimentos que se consumen, a menudo se declaran en semejantes poblaciones, epidemias terribles que causan muchas muertes.

Y hasta en los períodos normales, cuando no hay pestes, los habitantes de esos lugares se sienten enfermos, débiles y sin fuerzas ni entusiasmo para trabajar.





Noches de luna.

NOCHES DE LUNA

Bella es la noche callada
en nuestra Pampa tranquila,
cuando, después de la esquila,
busca abrigo la majada.

Los más velados rumores,
los más ligeros sonidos,
se esfuman entre los nidos,
se acallan entre las flores.

Los soplos de brisa inquieta
huelen a tierra mojada,
a hierba recién cortada,
a heliotropos y violeta.

Cual filo de curva daga,
asoma la luna nueva
bajo las nubes que lleva
el aire que incierto vaga.

O bien, en noche serena,
en un cielo transparente,
brilla, triunfal y esplendente,
la luna dorada y llena.



LAS COLONIAS

Comparemos una de esas miserables poblaciones del Asia Central con cualquier ciudad como Buenos Aires, Londres, París o Berlín.

Estos centros de población están formados por millares

de edificios grandes, limpios, cómodos y sólidos, y por calles, avenidas y bulevares amplios pavimentados con asfalto, madera o granito, siempre en perfecto estado de aseo.

Las autoridades han establecido y dirigen o vigilan los servicios de aguas corrientes, cloacas domiciliarias, gas, luz eléctrica, teléfonos, asistencia médica y desinfección gratuita.

Las escuelas públicas educan y proveen de textos y útiles escolares a los niños y adultos que solicitan tales beneficios.

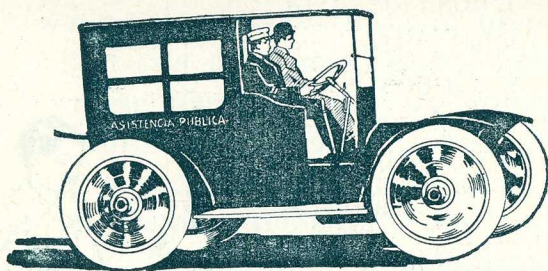
Numerosas líneas de tranvías, ómnibus y

trenes funcionan con regularidad matemática, poniendo en comunicación directa y rápida los barrios más centrales con los más apartados. Las autoridades mismas vigilan hasta la calidad de los alimentos que compra y consume por su propia cuenta la población de los centros urbanos.

Reflexionando sobre todas estas diferencias, se llega a comprender la razón que tienen muchos países cuando se consideran con derecho para tomar posesión de ciertas regiones asiáticas y africanas con el fin de imponer a los habitantes de las mismas las costumbres e instituciones europeas.

Cuando una de esas naciones adelantadas y poderosas conquista una región con propósitos de civilizarla, inicia su tarea construyendo, generalmente, importantes obras para desaguar los terrenos pantanosos, que son verdaderos focos de infección en donde se multiplican, en cantidad alarmante, los insectos más perjudiciales y los microbios más peligrosos. Construye, asimismo, diques y canales para evitar las inundaciones y aprovechar las aguas de los ríos. Abre caminos carreteros, eleva puentes y establece líneas ferroviarias y telegrá-

ficas para facilitar las comunicaciones y el comercio entre los distintos lugares poblados de la región. Funda escuelas, casas de comercio y establecimientos industriales, poniendo al frente de los mismos personas especialmente preparadas para iniciar y dirigir los trabajos, muchos de los cuales son encomendados a los nativos de la región conquistada, que, poco a poco, aprenden, se educan y se ponen prácticos en esas tareas.



LOS DOS AMORES

La Semana de Mayo se ha iniciado alegremente. En nuestro colegio reinó durante todo el día mucho entusiasmo.

Aunque hoy recién es lunes 21, casi todos los maestros y alumnos se presentaron con insignias patrias. Unos llevaban escarapelas; otros, escudos, y algunos ostentábamos botones con los colores de la Bandera o el retrato de algún prócer.

Yo llevé un botón de celuloide en el cual está reproducido uno de los muchos retratos del general Belgrano.

Durante el primer recreo — Rossi — que

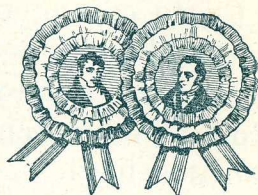


tenía otro botón parecido al mío, con el busto de don Bernardino Rivadavia, me dijo:

—¿Quieres que car biemos?

Mi papá se llama Manuel, como el general Belgrano.

Al oír estas palabras, acepté la propuesta.



En ese momento, se hallaba cerca de nosotros el señor Rodríguez, maestro de quinto grado, y al darse cuenta de lo que hacíamos, nos dijo:

—¡Bravo, muchachos! Acaban, ustedes, de realizar un acto muy hermoso.

Tú, al aceptar el cambio, demuestras comprender que para un argentino vale tanto Rivadavia como Belgrano.

Los dos trabajaron con el mismo entusiasmo y se sacrificaron de distinto modo, pero con igual desinterés e idéntica abnegación por el bien de nuestra Patria.

En cuanto a ti—agregó el maestro, dirigiéndose a Rossi—a pesar de tus pocos años, prometes ser un buen ciudadano, porque sientes latir unidos en tu corazón, los dos amores más grandes y puros: el amor a la Patria y el amor a los padres.

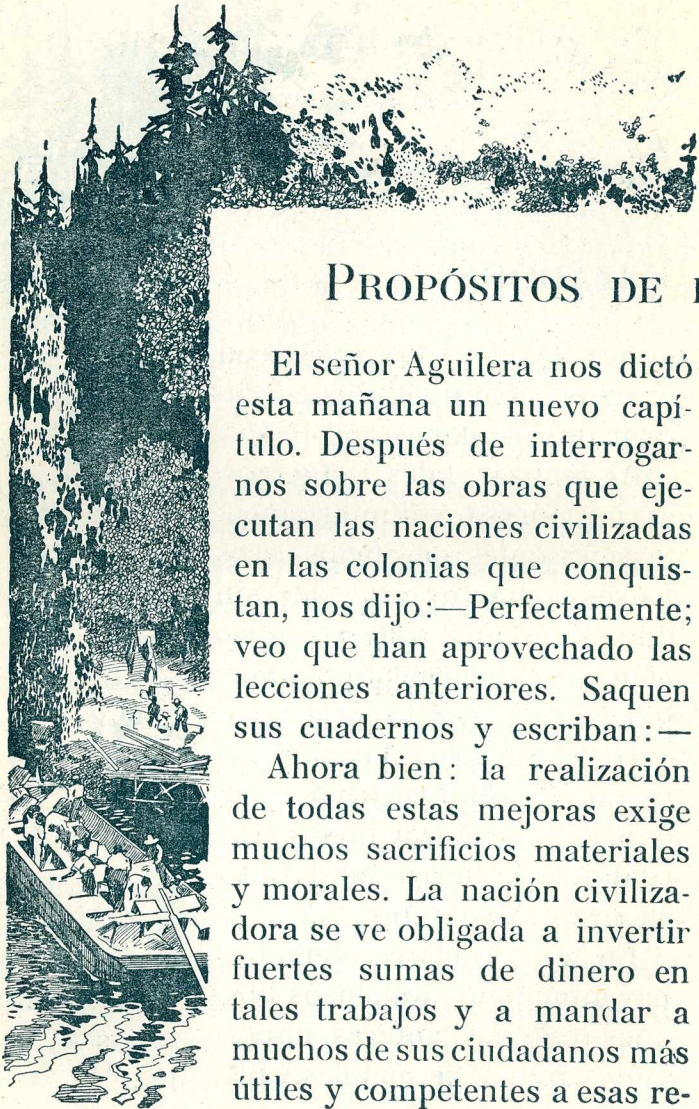
EL CARPINTERO Y EL MONO

FÁBULA INDIA ADAPTADA

Cierto carpintero que debía aserrar un largo tablón, con el fin de realizar su trabajo más cómodamente, sentóse sobre el madero y emprendió la tarea ayudándose con dos fuertes cuñas que hundía alternativamente en la raja que poco a poco, se iba abriendo. Entretanto, un mono observaba con atención.

Por un motivo accidental, el carpintero tuvo que alejarse un momento: tan pronto como hubo salido, el simio se subió al tablón, mas al sentarse quiso su mala suerte que introdujera la cola en la abertura, de modo que, al retirar la cuña, las dos partes del madero se juntaron.

Al oír los chillidos del infeliz animal, el carpintero acudió presuroso hallándolo en tan lamentable trance. Mientras lo libertaba, le dijo:—“Ya ves lo que sucede a quien pretende hacer aquello que no sabe. Considérate feliz, a pesar de todo, porque si en vez de ser la cola quien ha sufrido en la aventura, hubiera sido el cuello, estarías a estas horas en el imperio de Yama.”



PROPÓSITOS DE LOS

El señor Aguilera nos dictó esta mañana un nuevo capítulo. Después de interrogarnos sobre las obras que ejecutan las naciones civilizadas en las colonias que conquistan, nos dijo:—Perfectamente; veo que han aprovechado las lecciones anteriores. Saquen sus cuadernos y escriban:—

Ahora bien: la realización de todas estas mejoras exige muchos sacrificios materiales y morales. La nación civilizadora se ve obligada a invertir fuertes sumas de dinero en tales trabajos y a mandar a muchos de sus ciudadanos más útiles y competentes a esas re-

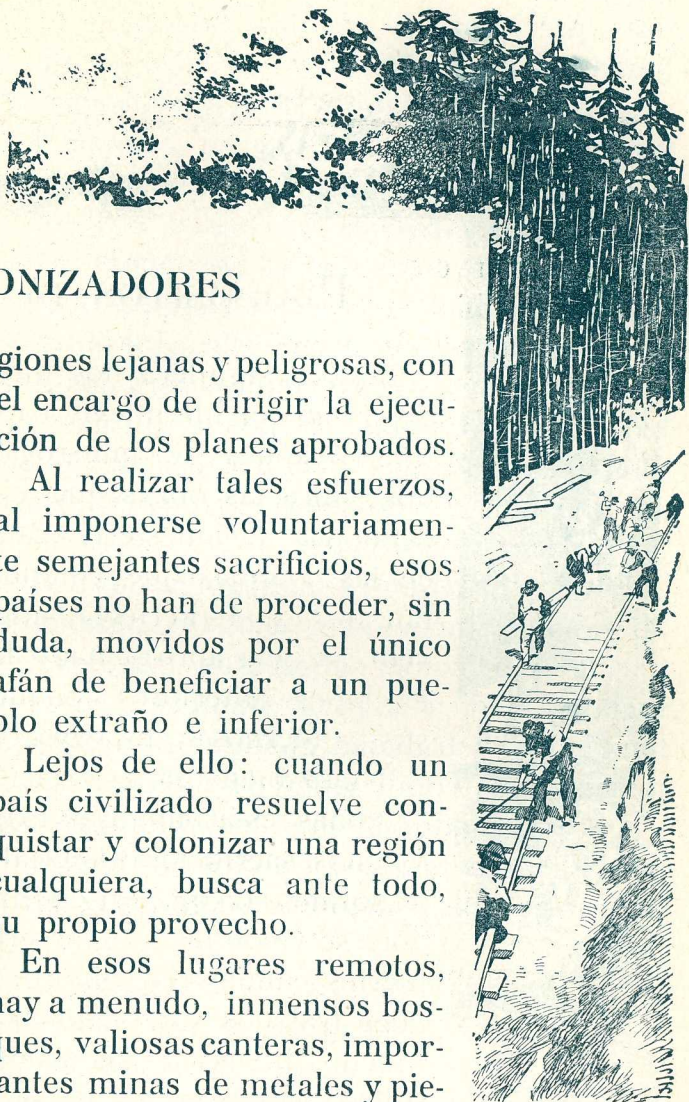
COLONIZADORES

giones lejanas y peligrosas, con el encargo de dirigir la ejecución de los planes aprobados.

Al realizar tales esfuerzos, al imponerse voluntariamente semejantes sacrificios, esos países no han de proceder, sin duda, movidos por el único afán de beneficiar a un pueblo extraño e inferior.

Lejos de ello: cuando un país civilizado resuelve conquistar y colonizar una región cualquiera, busca ante todo, su propio provecho.

En esos lugares remotos, hay a menudo, inmensos bosques, valiosas canteras, importantes minas de metales y pie-



dras preciosas y grandes extensiones de tierra sin dueño, a veces estériles, pero casi siempre aprovechables mediante ciertas labores que las transforman en campos fértiles para la agricultura o aptos para el pastoreo de ganados.

La nación colonizadora se apodera de todos estos bienes naturales, improductivos hasta entonces, pero que ella sabe aprovechar. Por otra parte, emplea para los trabajos más sencillos a los naturales del pueblo conquistado, que, a causa del atraso en que han vivido hasta entonces, tienen muy pocas necesidades.

Estas pobres gentes, acostumbradas a vivir en cabañas incómodas, a vestir ropas ordinarias y a comer alimentos frugales, de mala calidad, o a pasar hambres, se sienten felices y trabajan gustosas al notar que mejoran sus condiciones de vida.

De este modo obtienen los colonizadores, por bajísimos precios, grandes cantidades de productos que consumen o venden a otros países.

UN NUEVO AMIGO

Ahora tengo otro amigo; un vecino, que vive justamente al lado de casa. Sus padres son dueños de un *tambo* en donde tomo la leche recién ordeñada, que tanto bien me hace.

Allí he conocido a Cayetano.

Mi nuevo compañero tiene diez años y es italiano, de un pueblecito inmediato al Piamonte.

Siempre que habla de su patria, le tiembla la voz. La primera vez que lo vi, me fijé en la afición que siente por los animales, a los que habla bajito, dándoles nombres cariñosos.

—¿Te gustan?— le pregunté, por decir algo.

—¡Mucho!— me contestó, mientras limpiaba con un lienzo blanco el vaso de leche que rebosaba de espuma.

—Y ¿sabes por qué me gustan? Porque



me recuerdan a mi tierra, a la cual ¡quién sabe cuándo volveré!

Después empezó a referirme los años vividos en las campiñas italianas, sus alegrías cuando correteaba a la sombra de los árboles con los pies descalzos.

De los templos, museos, escuelas y obras notables de las ciudades de Italia, nada me dijo; seguramente no las conoce o no lo han impresionado tanto como las emociones de su antigua vida de campesino.

Desde que nos hicimos amigos, casi todos los domingos me viene a buscar para que demos una vuelta. Pero ese día no trae el traje de siempre, sino otro muy gracioso y extraño, con chaqueta abotonada hasta arriba y pantalones largos de pana.

La otra tarde, cuando nos despedíamos, hizo esta reflexión:

—Es una suerte que mis padres me hicieran aprender la *castilla* antes de venir a la América, porque así podemos entendernos.

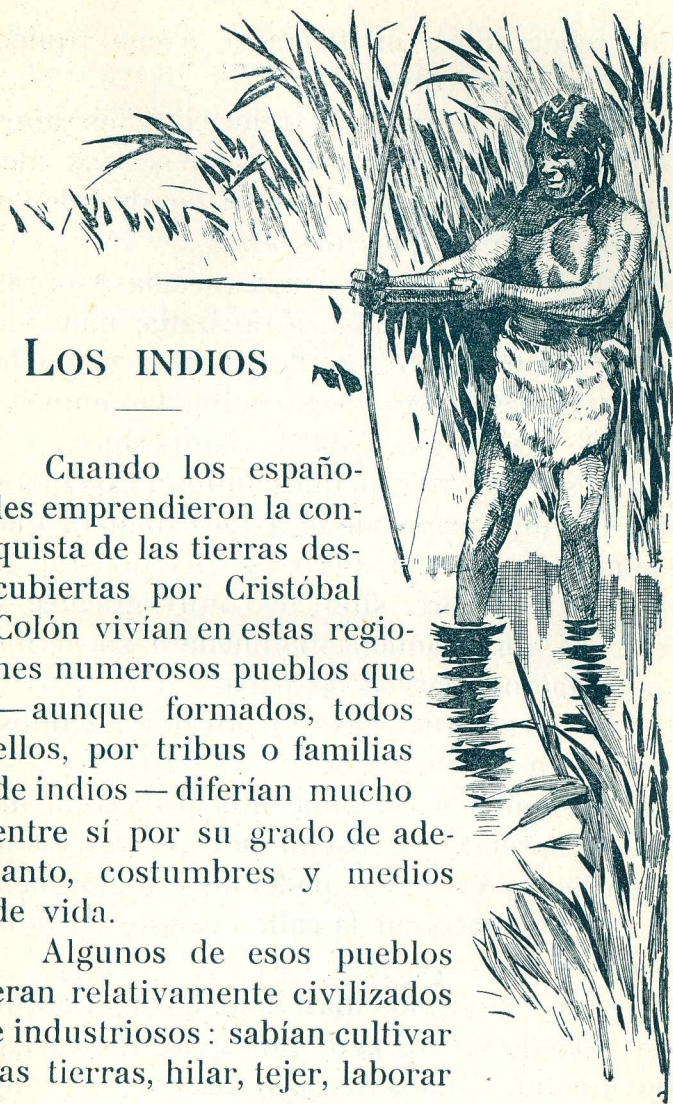
Y ya estaba en la calle, cuando se volvió para decirme:

—Yo todos los días lleno hasta el borde tu jarro de leche, pero no creas que hago lo mismo con los demás vecinos: te doy más de un dedo de *yapa*.

LOS INDIOS

Cuando los españoles emprendieron la conquista de las tierras descubiertas por Cristóbal Colón vivían en estas regiones numerosos pueblos que —aunque formados, todos ellos, por tribus o familias de indios— diferían mucho entre sí por su grado de adelanto, costumbres y medios de vida.

Algunos de esos pueblos eran relativamente civilizados e industriales: sabían cultivar las tierras, hilar, tejer, laborar



las minas, construir obras de cierta importancia y, hasta habían llegado a organizarse políticamente, formando grandes imperios, como el de los *incas* en el Sur y el de los *aztecas* en el Norte.

Otros pueblos — los *araucanos*, por ejemplo — eran indolentes, atrasados, vivían de la caza y de la pesca y sólo admitían jefe en caso de guerra para que los dirigiese durante los combates.

Pero tanto unos como otros, todos esos pueblos eran muy inferiores a la nación que los conquistó por sus creencias, por su cultura y por su modo de vivir y de proceder.

Así como un niño se instruye bien y muy pronto cuando es aplicado y cuando tiene amigos que saben y estudian mucho: los hombres progresan cuando son activos, cuando sienten deseos de llegar a ser mejores, y cuando viven en sociedad tratándose con frecuencia y enseñándose recíprocamente todo lo bueno y útil que han aprendido.

Ya hemos dicho que los *araucanos* eran indolentes e insociables por naturaleza; vivían de cualquier modo, sin preocuparse por mejorar su suerte y sin intimar ni mantener relaciones con las tribus vecinas. Es

natural, pues, que viviesen en un lamentable estado de atraso.

En el Imperio de los Incas, los indios eran más inteligentes y activos; pero existían castas sociales y la nobleza se oponía a la instrucción del pueblo con el propósito de poder dominarlo y dirigirlo a su antojo.

Fué, pues, enorme el servicio que España prestó al mundo al realizar la conquista y civilización de las tierras americanas.



EL IDEAL DE INDEPENDENCIA

En los capítulos precedentes se ha demostrado que las naciones civilizadas y cultas tienen el derecho de imponer a otros pueblos—que no lo son—: sus ideas, costumbres e instituciones, mediante la colonización, o sea, haciendo de esos pueblos atrasados colonias prósperas y progresistas.

Corresponde, ahora, demostrar el derecho que tienen, a su vez, las colonias para independizarse, o sea, para exigir un gobierno propio así que alcanzan cierto grado de adelanto material y moral.



Tan pronto como se emprende la conquista de una región, comienzan a llegar a ella ciudadanos de países distintos y remotos. Unos acuden solos; otros, en compañía de sus familias; pero todos con las ideas, costumbres y tendencias predominantes en el ambiente donde se formaron.

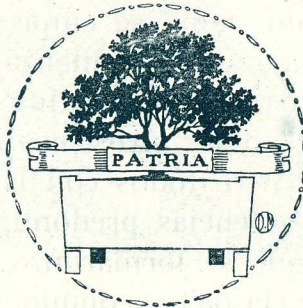
De la mezcla de esas opiniones, creencias y modos de ser tan diferentes, se forma el

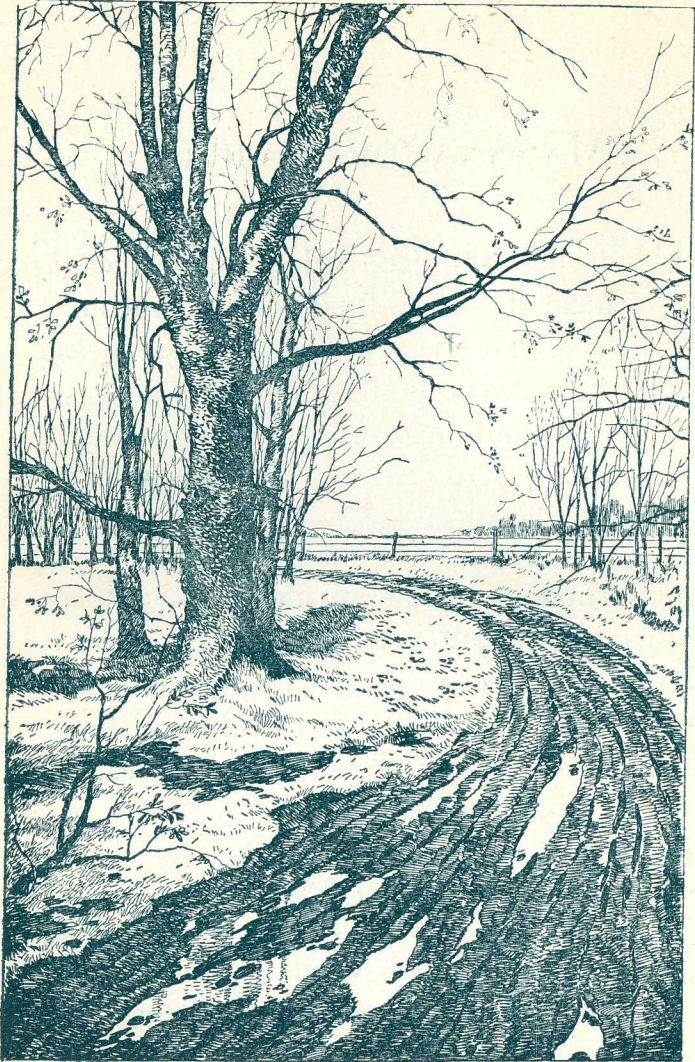
alma nacional, el espíritu de un pueblo nuevo, que nace porque empieza a sentir y pensar de un modo propio, original y distinto.

Desde entonces, ese pueblo podrá parecerse a otros, pero nunca ser confundido con ellos.

Tal es la causa primera y principal de todas las luchas por la independendencia.

La antigua colonia, antes débil, atrasada e incapaz de aprovechar las riquezas de su suelo y de administrar los propios bienes, se siente, de pronto, fuerte, instruída y apta para gobernarse a sí misma, en mejor forma que como la dirige otra nación con la cual ha dejado de coincidir en la manera de sentir y en el modo de pensar.





Mañana de invierno.

MAÑANA DE INVIERNO

En el cielo plumizo, volubles, desflecadas por ráfagas de viento furiosas y encontradas, vagan y se disuelven nubes grises y espesas. El campo antes cubierto de nardos y de fresas se extiende solitario, silencioso, callado...

*
* *

Los árboles sin hojas, sin nidos, sin rumores, sin alas palpitantes, sin aroma de flores, elevan a los cielos, cual manos mendicantes, sus troncos reflejados por los charcos brillantes que la escarcha convierte en tranquilos espejos.

*
* *

De tarde en tarde cruza, lenta y penosamente, algún carro inseguro, vacilante y crujiente, o la silueta tosca de un viejo campesino; mientras que, por los surcos del desierto camino, ruedan en remolino, algunas hojas secas.

25 DE MAYO

Nunca olvidaré el día de hoy. ¡Qué feliz ha sido para mí!

A las siete de la mañana salí de casa; pues mi Colegio debía encontrarse a las ocho en punto en la Plaza de Mayo para cantar el Himno.

Hacia tanto frío, que cuando me levanté los vidrios estaban completamente empañados, pero el día era hermoso y alegre; en el cielo azul no se veía ni una sola nube.

Corría un viento que, aunque débil, resultaba bastante molesto por la frialdad del aire.

Pocas personas transitaban a esa hora; pero las calles estaban alegres por efecto del sol tan dorado, del cielo tan límpido y de las banderas que se agitaban en lo alto.



Cuando llegué al Colegio, el señor director y algunos maestros estaban haciendo formar en el primer patio a los alumnos, que iban llegando. Aunque todos estábamos bastante abrigados, unos con sobretodos y otros con capas, algunos tiritaban de frío y no pocos teníamos la nariz y las orejas enrojecidas.



De pronto sonó la campana y se cerró la puerta de entrada; entonces, el señor director, nos dijo:

— Quiero hablarles una vez más del acto que vamos a realizar.

Son las siete y veinte minutos de la ma-

ñana y ya están formados en este patio todos los alumnos del Colegio: faltan apenas cinco de cada cien, que se encontrarán enfermos o tropezarán con algún serio inconveniente que les impide concurrir.

Dos de los ausentes, me han escrito comunicándome que lamentan mucho no poder acompañarnos porque deben pasar estas cortas vacaciones en el campo; pues sus padres necesitan descanso por las tareas del año.

Los aquí presentes tienen todos caras alegres y sanas; han llegado con puntualidad y sin mayor sacrificio, a pesar del fuerte frío.

¿Saben por qué?

Porque vivimos en una ciudad cómoda, aseada, que tiene servicios sanitarios, calles pavimentadas y limpias, grandes plazas y paseos públicos, mercados higiénicos y vigilados por la Municipalidad, etc.

Todos estos beneficios de que disfrutamos hemos podido conseguirlos porque formamos un pueblo libre, porque vivimos en una nación independiente, gobernada por autoridades propias que saben lo que necesitamos y comprenden cuánto nos hace falta.

La salud, la comodidad, la instrucción, la

alegría de poder ganarnos la vida por medio del trabajo honrado, son bienes inmensos que debemos al triunfo de la Revolución de Mayo, iniciada y llevada a feliz término a costa de grandes sacrificios por Moreno, Belgrano y muchos otros patriotas, algunos de los cuales perdieron su fortuna y hasta la vida en holocausto de la Patria.

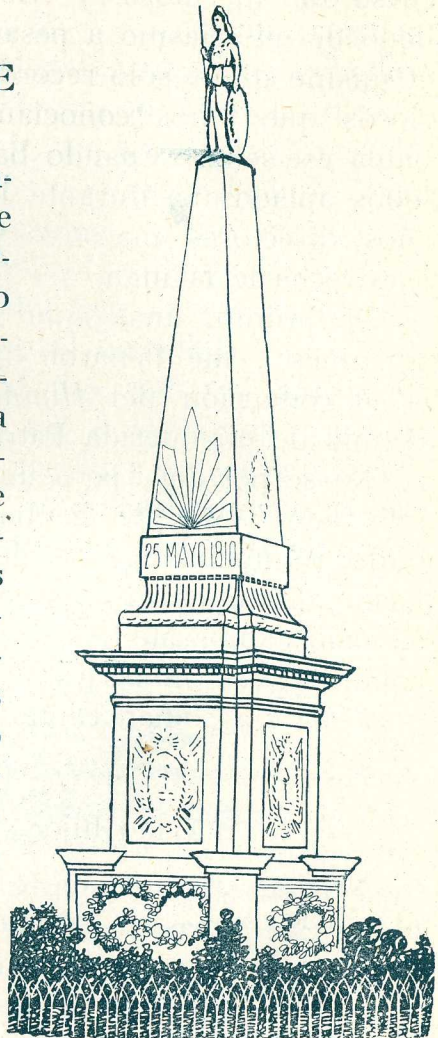
Hoy, al cumplirse los ciento seis años del día memorable en que subió al poder nuestro primer gobierno propio, vamos a festejar una vez más este triunfo, a tributar nuestro homenaje a los patriotas que lo consiguieron y a expresar nuestro propósito de ser por nuestras obras y méritos, dignos hijos de la Patria que ellos fundaron.



ANTE LA PIRÁMIDE

Cuando llegamos a la Plaza de Mayo, ¡qué hermoso espectáculo se ofreció a nuestras miradas! Muchos colegios ya estaban en su lugar: millares de niños y niñas, todos con insignias y banderitas rodeaban a la Pirámide. Nosotros ocupamos el sitio que nos correspondía, a la derecha y de frente hacia el Sur.

Pocos minutos después, el señor Inspector que va



siempre a mi colegio improvisó un discurso tan hermoso y vibrante, que nos llenó de entusiasmo a pesar de que—como él mismo dijo—sólo recordaba hechos gloriosos que todos conocíamos. ¡Qué bien habla ese señor! Cuando bajó de la tribuna, todos aplaudimos durante largo rato y muchos directores, maestros y amigos fueron a estrecharle la mano.

De pronto, unas notas graves, sonoras, solemnes..., me llenaron de emoción. ¡Era a introducción del *Himno Nacional*, del Himno de mi querida Patria!

No sé por qué: pero un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Sentía la garganta oprimida y muchas ganas de llorar. Nunca, hasta ahora, esa música me había impresionado tanto. Me pareció que a algunos condiscípulos míos les pasaba lo mismo, pues apenas podían cantar.

.....

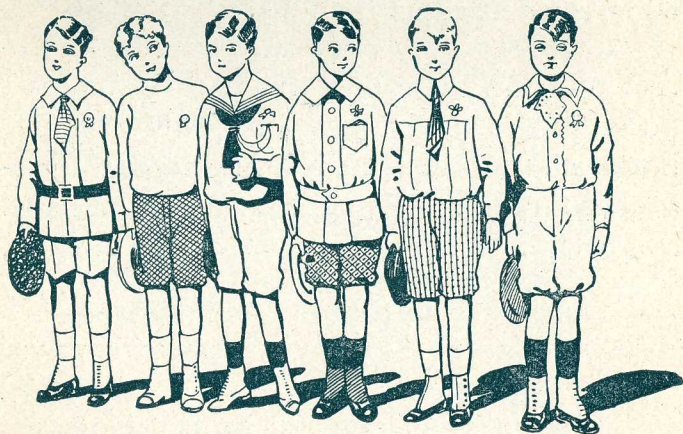
• Mi querido hijo:

No has de imaginarte cuánto me complacen las líneas que acabo de leer.

Así que pasen los años, a medida que tu edad aumente y puedas comprender mejor

el valor de los actos y el mérito de los grandes hombres, tu alma vibrará con mayor fuerza al escuchar las notas de nuestro sagrado Himno, del Himno de esta Patria que ofrece amparo y libertad a todos los hombres buenos y justos que quieran vivir y trabajar honradamente bajo el sol de nuestra Bandera.

Tu padre.

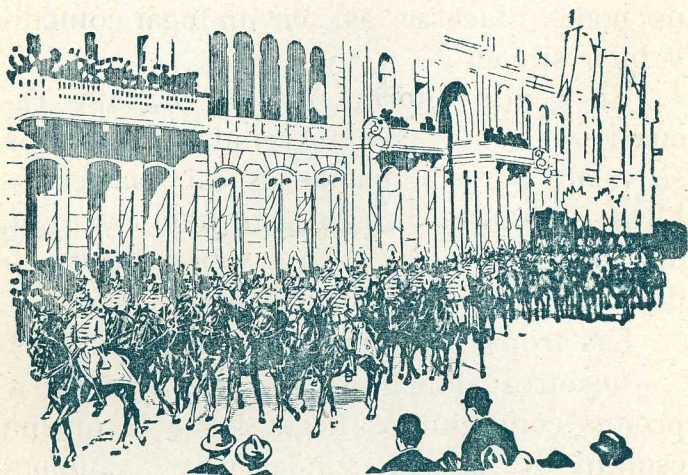




Himno Nacional

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.
Ya su trono dignísimo alzaron
Las Provincias Unidas del Sud
Y los libres del mundo responden:
¡Al gran Pueblo Argentino, Salud!

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.



EL “ TEDÉUM ”

El día de ayer fué de tanto movimiento, que el sueño me venció antes de anotar en este cuaderno mis recuerdos de la parada militar que se realizó con motivo del *Tedéum*.

A las doce y cuarto salí de casa en compañía de papá y nos fuimos caminando despacio hasta la Avenida de Mayo.

Ya en la esquina de Tacuarí y Alsina se notaba extraordinario movimiento. Muchas familias marchaban alegremente en la misma

dirección que nosotros, algunas forzando el paso sin duda por temor de llegar tarde y no poder ubicarse, así, en un lugar cómodo y bien situado.

Un gentío enorme cortaba la calle Tacuarí en su cruce con la Avenida. Desde lejos se veían, por encima de las cabezas del público, a los guardias de seguridad, con traje de gala, que inclinándose sobre el caballo daban órdenes a ciertas personas.

Las tropas ya estaban formadas.

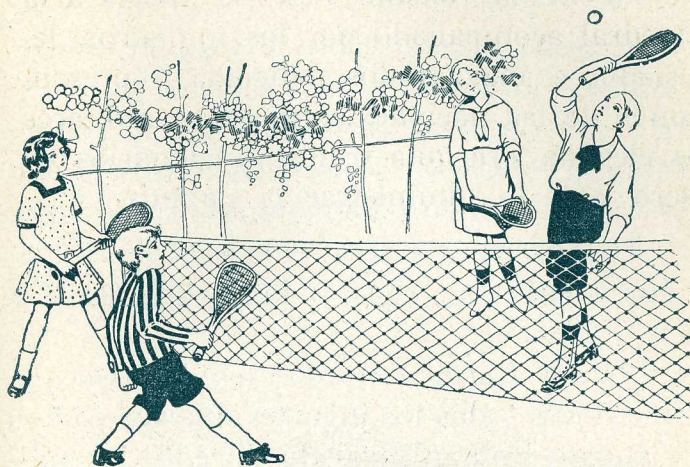
Nosotros doblamos por la Avenida y pronto conseguimos llegar hasta la misma esquina de Bolívar, donde era tal la afluencia de público que apenas se podía avanzar.

De tiempo en tiempo, pasaban en briosos caballos, al trote inglés, oficiales del ejército vestidos de gala que impartían órdenes; o bien cruzaba un coche de librea llevando diplomáticos, militares o altos funcionarios.

A la una en punto sonó el toque de atención. Se oyeron voces de mando seguidas por ese ruido corto y brusco que producen las armas al ser levantadas y al instante retumbaron en el espacio, repetidas por todas las bandas, las notas de la "Marcha de Ituzaingó".

Eran los honores que se rinden al Presidente de la Nación. Éste se dirigía a la Catedral acompañado por los ministros, legisladores, magistrados judiciales, representantes de las naciones extranjeras, militares de elevada jerarquía y altos funcionarios del clero y de la administración pública.





UNA BUENA TARDE

Aprovechando el día de hoy—tan hermoso y templado que parecía de primavera—fui con mamá a casa de la señora de Gómez, la madre de Sara, Carmen y Raúl.

Viven estos amigos en la calle Güemes a pocas cuadras del Jardín Zoológico, en una casa muy cómoda y alegre que tiene balcones a la moderna, dos grandes patios y un fondo espacioso con árboles frutales.

Cerca de unas higueras, el señor Gómez ha mandado hacer una cancha para que sus

hijos hagan ejercicio y se diviertan jugando al *tennis* y al volante.

Cuando llegamos, los chicos no estaban: habían ido a una casa vecina a pasar un rato con otros amiguitos; pero tan pronto como se enteraron de mi llegada, volvieron a la casa corriendo y llamándome desde lejos.

Hemos pasado una buena tarde. Jugamos a las escondidas, a los batallones y a las visitas.

Sara y Carmen son tan cuidadosas que conservan todos los juguetes que sus padres y amigos les han regalado durante los últimos cuatro años. Así han conseguido reunir una colección de muñecas de todas clases y tamaños. Algunas de éstas son muy finas: tienen la cabeza de porcelana, peluca de cabello natural, cierran y abren los ojos o dicen “mamá” y “papá”. Otras, más ordinarias, son de pasta, con peluca de lana rizada y teñida imitando pelo. También tienen un muñeco de madera enterizo, es decir, sin articulaciones, y, un “bebé” relleno de aserrín y con una cara coloradota, de cartón mal pintado.

El dormitorio de las chicas parece una juguetería.

Raúl tiene un carro, un velocípedo, dos cajas de soldaditos de plomo y un tren con la cuerda descompuesta, pero muy lindo; esto sin contar los trompos, pelotas y otros juguetes de menor importancia.

Desde hoy en adelante, voy a ser más cuidadoso. Yo he tenido juguetes iguales a varios de los que ví en esa casa y ya no me queda ni uno solo.



EVITAR EL DOLOR

Querido Víctor:

Deseo escribir, querido mío, sobre algo que yo considero el más sagrado de los



deberes morales que tiene todo ser humano: me refiero al deber de evitar el dolor innecesario, el sufrimiento inútil a los de-

más seres que viven y sienten.

Voy a citarte algunos ejemplos, para que comprendas mejor.

Falta a ese deber, y comete por lo mismo una mala acción, el hijo que por indolencia, se queda en la calle conversando con dos o tres amigos sabiendo que a esa misma hora la madre lo está esperando intranquila, padeciendo por el temor de que le haya pasado algo.

En cambio, si ese mismo hijo expone o

hasta pierde la vida por realizar una acción meritoria en bien de sus semejantes o de su patria, el disgusto de la madre será indudablemente mucho mayor: pero la acción del hijo no será censurable, porque ese dolor, esos sufrimientos, eran necesarios para conseguir un bien.

Falta asimismo a dicho deber la persona que, por desidia o indiferencia, demora un servicio oportuno que podía evitar muchos malos ratos a una familia.

No sé si habrás notado que tan pronto como yo cobro mis sueldos, cambio el dinero para no demorar ni un solo día los pagos que debo hacer, por no tener preparadas las sumas correspondientes.

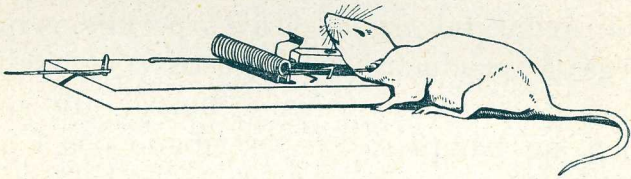
Otras personas, por el contrario, olvidan o no quieren pensar que los obreros y comerciantes están a menudo aguardando ansiosos esos pagos por necesitar dinero con urgencia; es decir, que causan molestias o sufrimientos innecesarios que podrían evitar sin sacrificio.

Agregaré otro ejemplo:

Por razones muy distintas nos vemos obligados todos los días a privar de la vida a ciertos seres que, aunque inferiores a nosotros, tienen sensibilidad y padecen.

Para alimentarnos matamos vacas, carneros, cerdos, gallinas, etc.; por razones de higiene y comodidad matamos ratones, cucarachas, arañas y muchos otros animales.

Pues bien, al hacerlo debemos evitar a estos pobres seres todo padecimiento inútil e injustificado.



A veces, cuando ya estoy en cama, siento aletear sobre mi mesa de noche alguna mariposa o cualquier otro bichito que se ha quemado en la luz y que seguiría padeciendo una, dos o más horas en una larga agonía; pues bien: yo me levanto en seguida para hacerle morir de una vez y evitar así ese sufrimiento inútil.

Podría agregar otros muchos ejemplos de las varias ocasiones que diariamente se

nos ofrecen, en que podemos impedir, sin mayor sacrificio, graves males o molestias más o menos lamentables.

Sube una persona al tranvía en que viajamos, por ejemplo, y pide al guarda que le avise cuando pasemos por tal o cual calle. El guarda, que va muy atareado, se olvida del encargo. He notado que en tales casos, unos por indiferencia y otros por timidez permanecen impassibles y no intervienen a pesar de haberse dado cuenta; cuando con un simple comedimiento pueden evitar, tal vez, los graves perjuicios que llega a producir un retraso. ¡Qué sabemos si esa persona va a buscar un médico, un banquero, un escribano o a cualquiera otra persona a quien necesita ver sin demora y a quien no alcanza por llegar tres o cuatro minutos retrasada a causa de nuestro descomedimiento!

TU PADRE.



UN DEBER DIFICIL

Ayer, la señorita Moreno señaló unos deberes muy difíciles.

Primero, propuso un problema de aritmética que nos ha dado mucho qué hacer; después, nos indicó tema para una composición referente a la hora del recreo.



sición referente a la hora del recreo.

Casi siempre, la señorita nos facilita la tarea dando algunas explicaciones sobre los trabajos escritos que debemos preparar en casa; pero ayer el por-

tero tocó la campana tres minutos antes de la hora, de modo que apenas tuvimos tiempo para guardar los útiles y salir al patio a formar filas junto a los demás grados.

Tan pronto como llegamos a la calle, mis compañeros de clase y yo hicimos rueda para consultarnos unos a otros sobre la forma en que podríamos tratar el ejercicio de redacción.

En eso, se acercó a conversar con nosotros Cayetano, mi vecino, el del *tambo*, que también concurre al mismo colegio: es alumno de segundo grado.

Cuando se enteró de nuestra confusión, se echó a reír.

—Pero si para escribir eso—nos dijo—lo único que se precisa es un poco de atención.

Vamos a ver. ¿Qué hacemos nosotros durante el recreo? Unos corren, otros saltan y los demás charlamos. Cada cual hace su gusto, siempre que no moleste a los otros ni les dé algún motivo para quejarse. ¡ Parece imposible —agregó— que ustedes que están tan adelantados, se asusten por tan poca cosa!



PEQUEÑO TRIUNFO

Mientras regresaba del colegio venía pensando en las palabras de Cayetano que, aunque nos hicieron reír por el tono en que las dijo, mucho me han servido.



Al llegar a casa, corrí a cambiarme la ropa para ponerme en seguida a preparar los deberes.

Iba a empezar mi tarea, cuando mamá me trajo una taza de café con leche y dos rebanadas de pan.

—Hoy has almorzado muy poco— me dijo— porque como te dejé dormir hasta más tarde, no tenías apetito cuando nos sentamos a la mesa.

Y así había sido efectivamente; apenas almorcé, a causa de la falta de apetito, por una parte, y de los apuros por otra, porque como anoche fuimos al biógrafo nos acostamos muy tarde, hoy no pude madrugar y

la mañana me resultó corta para terminar los deberes y prepararme.

Después de saborear el café, que estaba muy rico, doblé el mantel para no mancharlo con tinta y me puse a trabajar.

Cayetano tenía razón. La hora del recreo no era un tema tan difícil de tratar como nosotros creíamos.

Hoy mi maestra leyó en clase las mejores composiciones y, aunque había muchas superiores a la mía, ésta también mereció ese honor. Por eso he resuelto copiarla en este cuaderno.

Sé que vale poco; pero quiero conservarla en recuerdo de este pequeño triunfo.



EL RECREO

Yo no sé qué preferir. Mucho me divierte el recreo; pero, aunque parezca extraño, debo confesar que me agradan tal vez más las horas de estudio que paso en la clase. ¡Son tan interesantes las explicaciones de la señorita Moreno, son tan entretenidos los ejercicios y problemas que nos propone! Mientras que el recreo pasa siempre demasiado pronto, sin que consigamos aprovecharlo. Dura apenas diez minutos, y ese tiempo casi nunca nos alcanza para ponernos de acuerdo sobre quiénes van a dirigir o sobre cómo se va a iniciar tal o cual juego.

Antes, cuando mi clase concurría al turno de la mañana, la señorita daba permiso a quienes se lo pedían, para permanecer en el salón durante el primer recreo. Como hacía frío, muchos preferíamos pasar esos minutos bajo techo haciendo dibujos en las pizarras o jugando a las escuelas. Pero ahora que vamos de tarde, sólo cuando llueve o hace mucho viento conseguimos tal permiso.

LA AMISTAD

Querido Víctor:

En estos últimos días te he oído afirmar con frecuencia y entusiasmo, que tienes muchos amigos. Has llegado hasta repetir, que son amigos tuyos todos tus compañeros de clase y muchos otros alumnos del colegio a donde concurre.

Me complace en extremo que tantas personas te estimen y que no medien enemistades entre ti y tus condiscípulos, porque esto prueba tu buen proceder para con los demás. Mas, no puedo admitir que llames amigos indistintamente a todos tus conocidos y compañeros, porque



la amistad es algo mucho más sólido, permanente y respetable de lo que tú supones.



Un verdadero amigo, es tanto como el mejor y más querido de los hermanos : es decir, un ser al cual estamos ligados para siempre por un vínculo doble, fuerte y estrecho, de afecto recíproco y mutuo respeto.

Cuando quieras saber si puedes llamar amigo a alguno de tus compañeros o conocidos piensa, medita, reflexiona largamente.

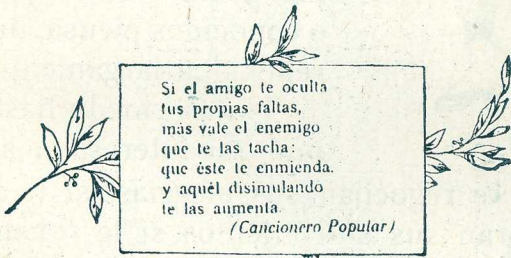
Trata de medir hasta qué punto te interesa su suerte.

Si te regocijan sus alegrías, si te apesadumbran sus sufrimientos, si te consternan sus desgracias, si te entusiasman sus éxitos, si te exaltan sus triunfos, si te hieren las ofensas que él recibe, si sientes la voluntad y hasta la necesidad de sacrificarte por su bien, de exponer y dar tu propia vida por salvar la suya; si experimentas por ese compañero un cariño tan intenso, tan profundo y abnegado, puedes exclamar con fir-

me convicción: “le quiero con afecto de amigo”.

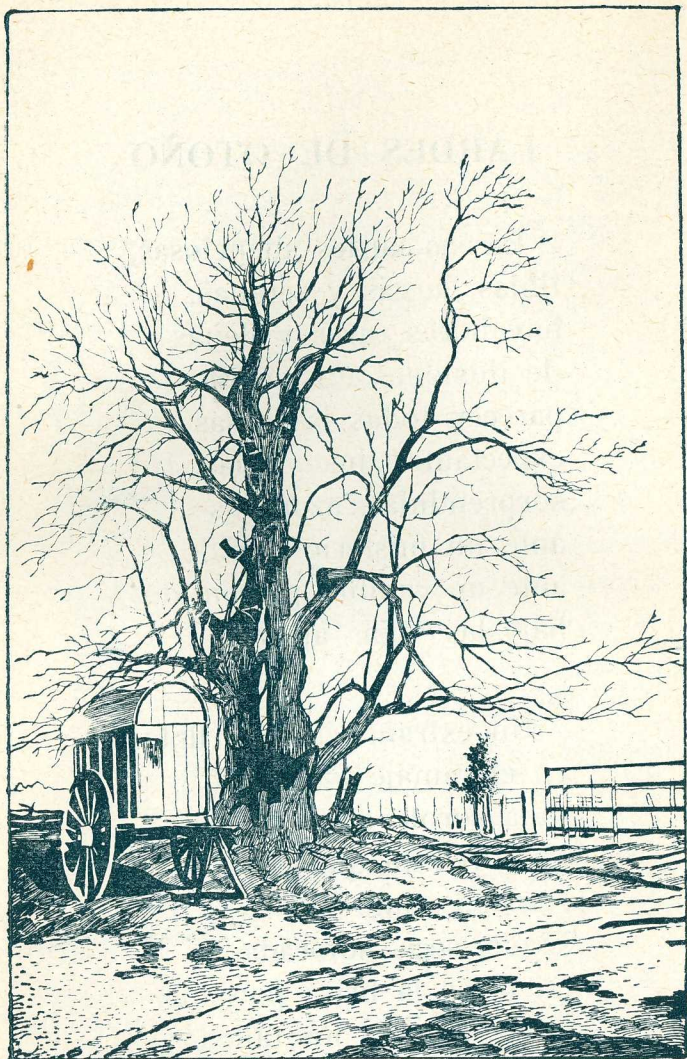
Mas, aun en ese caso, te falta comprobar si ese compañero te corresponde y si ambos se aproximan por sus méritos, propósitos y aspiraciones.

TU PADRE.



Si el amigo te oculta
tus propias faltas,
más vale el enemigo
que te las tacha:
que éste te enmienda,
y aquél disimulando
te las aumenta.

(Cancionero Popular)



Tardes de otoño.

TARDES DE OTOÑO

En las tardes silenciosas,
tibias, largas y serenas,
hay horas raras y llenas
de ilusiones misteriosas...
parecen todas las cosas
expectantes, hechizadas,
sorprendidas, azoradas,
ante un misterio temido,
ante un cambio presentido
bajo las hojas ajadas.

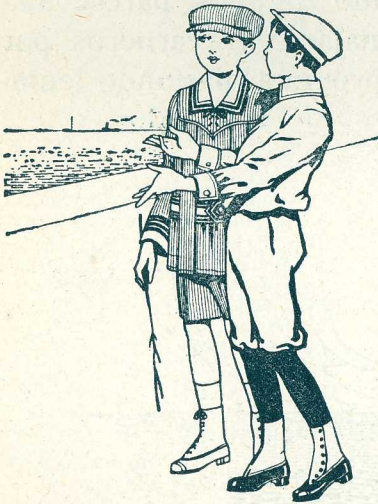
♦♦

Un extraño encanto flota
en el ramaje que calla...,
cada corola que estalla,
cada yemita que brota
resuena como una nota
suave, seca, sofocada;
mientras la brisa porfiada,
repite junto a los tallos
los saludos de los gallos
y el mugir de la vacada.

EL RÍO DE LA PLATA

¡Qué hermoso e imponente es el Río de la Plata!

Viéndolo se comprende que su descubridor—don Juan Díaz de Solís—se confundiese y lo creyera *un mar de agua dulce*.



Es tan ancho y caudaloso que, mirando desde ciertos sitios, la vista no descubre otro límite que el horizonte.

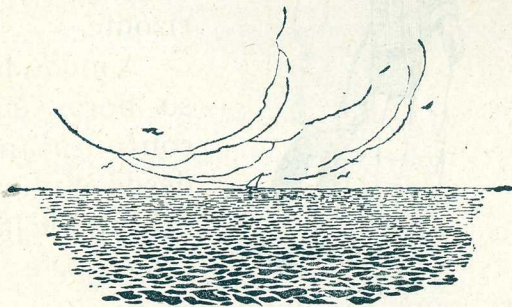
A menudo, paso horas enteras contemplándolo desde el murallón exterior de la Dársena Norte.

Casi todos los domingos, papá me lleva allí; otras veces, voy con algún compañero de colegio.

Es curioso observar cómo cambian el

color y la apariencia general del río, por efecto de la luz.

En ciertas horas sus aguas tienen un tinte plumizo, casi pizarra, que contrasta con el azul límpido del cielo. En otros momentos, mirando a la distancia, resulta blanquizo, lechoso y se confunde con una niebla también blanquecina que hace pensar en ciertas regiones frías de Europa. Otras veces, se presenta color gris con reflejos cenicientos y plateados: entornando los ojos parece una enorme y mansa majada de carneros por esquilar que se aproxima pastando lentamente.



CARTA DE FELICITACIÓN

Señor Eugenio Romano.

Estimado Romano :

Mi buen amigo Bertelli, acaba de darme la grata noticia de su mejoría.

He sabido por él que usted ya comienza a caminar sin mayores dificultades.

No ha de suponer lo mucho que me alegra su restablecimiento.

Aunque no éramos compañeros de clase, los alumnos de tercer grado lo extrañábamos mucho y decíamos: ¿cuándo volverá Romano ?

Ahora sé que será pronto, pero no voy a esperar hasta entonces para verlo.

El domingo, probablemente, iré a su casa con Bertelli y Rossi.

Lo saluda afectuosamente,

Victor.

LA SEÑORITA EDELMIRA

Ayer vino mi antigua maestra a visitarnos. Se llama Edelmira Rivera, y es profesora jubilada.

Pasó con nosotros toda la tarde. A la hora del te se rió mucho al notar el montón de bollitos que yo puse junto a su plato, porque sé que le gustan.

Cuando se iba volvió de pronto a subir las escaleras, como si hubiera olvidado algo.



— Mañana es día feriado — dijo — Víctor no tiene clase, de modo que si la mamá le diera permiso, podría acompañarme al Museo de Bellas Artes.

Mamá aceptó muy gustosa la invitación; y ahora estoy con el traje de los domingos y el sombrero nuevo, esperando a mi maestra.



Cada vez que suena el timbre, creo que es ella.

Siento una gran alegría al pensar en este hermoso paseo; y, sobre todo, porque voy a salir con mi buena profesora, que tanta paciencia tuvo conmigo cuando era más chico y me enseñaba las primeras letras.

Me parece estarla viendo en clase, mientras revisaba mis planas de caligrafía. Entonces solía decir para corregirme: “las letras de la primera línea, están bastante bien; las de la segunda, regular; de las otras, por esta vez, será mejor que no hablemos.”

— Víctor, hijo, debes poner atención en lo que haces, trata sobre todo de trabajar con más calma.

Vale más una plana corta y bien hecha, que otra mayor y descuidada.

EN EL MUSEO DE BELLAS ARTES

¡Qué solos y extraños me parecieron los salones de la Exposición! A la hora en que fuimos había poca gente, por ser demasiado temprano. Vi en todas las paredes cuadros y más cuadros, había para elegir.



Mi maestra, que es entendida en pintura, me daba sus explicaciones en voz baja.

Yo miraba una obra de colores vivos y violentos, hecha como al descuido y que hasta parecía sin terminar. Era una especie de esbozo obtenido mediante unos pocos golpes de pincel, enérgicos y bien calculados.

— Es un modelo de pintura impresionista — dijo la señorita Edelmira: — pertenece al género más moderno y discutido; así, de cerca, no la puedes apreciar: mírala de más lejos.

En efecto; al retirarme un poco, vi que todos esos colores que al principio me parecieron discordantes y mal combinados, formaban un vistoso mantón de Manila que caía en pliegues graciosos desde los hombros de una manola.

Yendo y viniendo por las distintas salas, hemos visto cuadros de todas clases.

Me llamó la atención especialmente, una tela antigua que representa a María Antonieta, la esposa de Luis XVI, luciendo un regio tocado imperial.

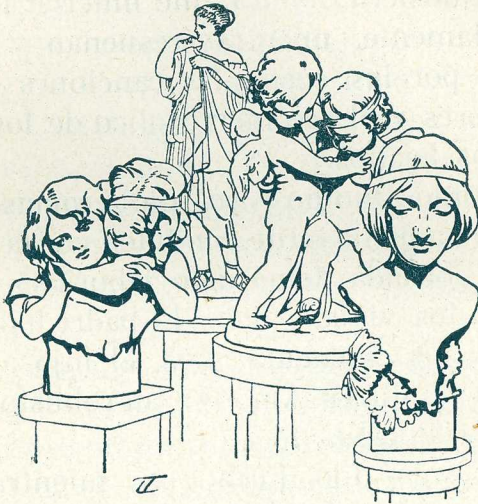
Vi varios óleos y acuarelas que reproducen esos interiores de casas holandesas, tan conocidos como simpáticos.

Siempre la misma luz suave; los pisos lustrosos, relucientes como espejos; las puertas altas, angostas y separadas del suelo por dos o tres escalones; los muebles macizos, sencillos y elegantes y, en medio de todo esto, algunas personas con caras bondadosas, francas, aunque un poco inexpressivas.

También admiramos algunas esculturas de mérito, pero muy a la ligera, porque mi maestra deseaba pasar a los salones de otra sección del museo en donde se exhibía el cuadro de una ex discípula particular que concurría, por primera vez, al concurso oficial de Bellas Artes que anualmente se realiza.

Para poder guiarse, mi maestra había conseguido un catálogo de las obras presentadas, y, después de mucho buscar, hallamos el cuadro en un ángulo de la tercera sala. Representa a una joven profundamente dormida junto a su máquina de coser. Mi maestra, que tiene tan buen corazón, se impresionó ante esa figura como si se tratase de algo cierto; y, sin darse cuenta, hablando consigo misma, dijo en alta voz: ¡Pobrecita. el cansancio la ha rendido!

Al oír ese comentario, varias jóvenes que estaban cerca de nosotros se echaron a reír. ¡Siempre abundan en los paseos, personas impertinentes!



CUENTO ITALIANO

Era a fines de Otoño : una de esas tardes tranquilas, largas, luminosas, de cielo diáfano y atmósfera sonora, que mueren lenta,... lánguidamente, mientras resuenan y se difunden por las costas las canciones de los pescadores y el eco melancólico de los campanarios lejanos.

Antonio Duomo y su hijo Francisco, regresaban aquella tarde rendidos por la fatiga de una jornada demasiado laboriosa.

Los dos vivían solos. El padre había pasado ya los cincuenta años, el hijo aun no contaba veintitrés. Ambos eran robustos, animosos y alegres.

—Padre—dijo Francisco, mientras registraba el fondo de un arca enorme—. Lauro, el de “La Lora”, ha traído para usted esta botella de aceite. Es muy bueno y está tan fresco, que huele a ramas de olivo—; y diciendo esto, mostraba un frasco rebosante de aceite transparente y espeso.

—Es un buen muchacho, ese Lauro—, contestó don Antonio, observando el líquido

al trasluz, como si las virtudes del amigo obsequioso anduvieran flotando dentro de la botella.

Entretanto, Francisco colocaba sobre la mesa un pan moreno, dos platos con higos secos y una botella de vino.

Iban a reparar frugalmente las agotadas fuerzas, cuando apareció en la puerta, saludando con cortedad, don Jerónimo Campanella, un orífice vecino de los Duomo que, desde hacía un año, estaba enemistado con ellos... Mas en la mañana de aquel día, Francisco, con la misma sencillez y calma con que se retira una red, había sacado del agua al hijo menor de don Jerónimo que se estaba ahogando y, después de darle dos pescozones, diciéndole: *marcha a tu casa, súbito*, había vuelto tranquilamente a su barca, en donde siguió calentando brea para calafatear el casco agrietado.

Don Jerónimo era un hombre bajo, grueso, sanguíneo; de cuello ancho, rebosante, y rostro congestionado, y, como estaba muy conmovido, apenas podía hablar. La voz le salía chillona y estrangulada. Quería decir ¡tantas, tantas cosas a un mismo tiempo!...

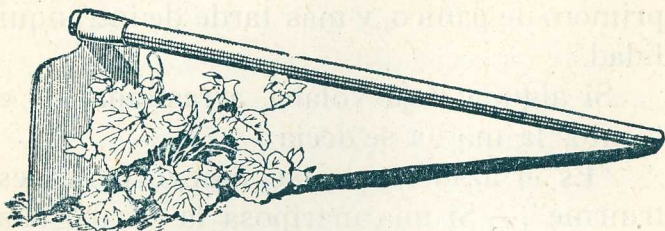
— Gracias, Francisco; gracias gentil y ge-

neroso amigo... — Mientras tanto, don Antonio — siempre mirando al trasluz la verdosa botella — sonreía satisfecho, orgulloso de su hijo. De pronto, en un gesto espontáneo y franco, se volvió bruscamente, diciendo:

— ¡Jerónimo Campanella! ¡Jerónimo Campanella! ¿somos o no somos cristianos?... — y después de una breve pausa, ante un gesto afirmativo del interrogado y mirándolo dulcemente, agregó: — ¿y entonces? — y los dos antiguos amigos se abrazaron cariñosamente.

En el cielo sin nubes, brillaban las primeras estrellas.





EL AZADÓN Y LA MATITA DE VIOLETAS

(FÁBULA).

Cierto hortelano descubrió, en un rincón de la quinta que cuidaba, una hermosa matita de violetas blancas.

Como varios peones trabajaban en un sitio próximo, clavó en el suelo un azadón viejo con el propósito de protegerla, y lo colocó de tal modo que la hoja del azadón formaba una especie de pared junto a la plantita y el mango de madera pasaba sobre ella sin tocarla.

La matita de violetas tenía terror a los azadones, porque sabía que sirven para arrancar las hierbas del suelo; así es que sintió

algo parecido a un estremecimiento interior, y desde ese momento pasó días terribles; primero de pánico, y más tarde de intranquilidad.

Si alguna hoja volaba, arrastrada por el viento, la matita se decía:

“Es el azadón que se mueve para destruirme”.— Si una mariposa la rozaba suavemente, la matita creía que ya había llegado su último momento. Y así pasó muchos días y días, hasta que, poco a poco, fué perdiendo sus temores.

Lo mismo que a la matita de violetas blancas, nos ocurre con frecuencia a nosotros: cavilamos y nos entristecemos por ciertos hechos que consideramos perjudiciales, cuando en realidad nos benefician.



LOS MALES APARENTES



— ¡Qué linda fábula, Víctor! ¿Dónde la aprendiste?

— La señorita Moreno la leyó en clase, papá, y me agradó tanto, que le pedí prestado el libro para copiarla durante el recreo.

— Has tenido muy buen gusto; esa fábula encierra una gran verdad. ¿Recuerdas aquel resfrío tuyo que nos salvó de una enorme desgracia? ¿No te acuerdas de aquel domingo que amaneciste enfermo y no pudimos ir a Las Flores, como lo habíamos proyectado?

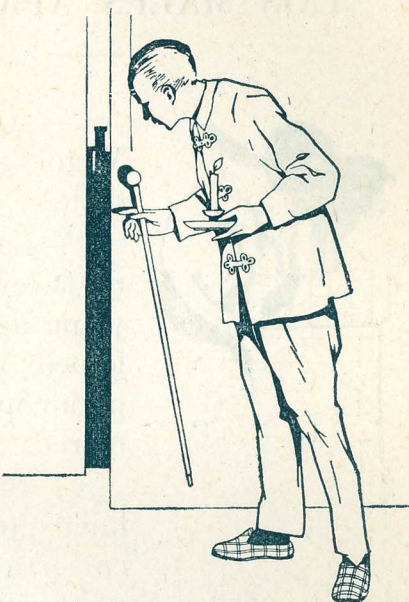
¡Qué triste estabas tú! Tu mamá y yo también nos lamentábamos bastante, no tanto por el paseo perdido, como por tu leve indisposición. ¡Y pensar que si no hubiera sido por ella, acaso habríamos resultado

muertos o heridos en el terrible choque de trenes que se produjo esa tarde!

El vagón en que probablemente hubiéramos ido, quedó destrozado.

¿Y aquella otra noche en que yo me levanté, rezongando, para espantar un gato que molestaba con sus gritos, y gracias a esa circunstancia pude notar un principio de incendio que si no hubiese sido sofocado a tiempo, nos habría causado grandes perjuicios?

Ya ves, hijo mío: nunca debemos incurrir en inútiles lamentaciones. Porque muchos hechos que parecen males a primera vista, son verdaderos beneficios, pues evitan desgracias mucho mayores.



MÁXIMAS

La verdad amarga y duele,
pero el mal evitar suele.

✱✱

Quien te adula y lisonjea,
su bien y tu mal desea.

✱✱

El que tus faltas reprende,
tu futuro bien atiende.

✱✱

Siempre que puedas, haz bien,
y no repares a quien.

✱✱

Si el ocio te causa tedio,
el trabajo es buen remedio.

✱✱

Sed indulgente con otros,
y lo serán con vosotros.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

UNA VISITA

Bertelli y yo habíamos resuelto pasar la tarde de ayer en el Museo Histórico, pero no pudimos realizar nuestro propósito.

Justamente cuando me disponía a salir en busca de Bertelli, sonó el timbre: era la señorita Edelmira que deseaba la acompañase a casa de la familia de Villalonga, que queda enfrente mismo de la nuestra.

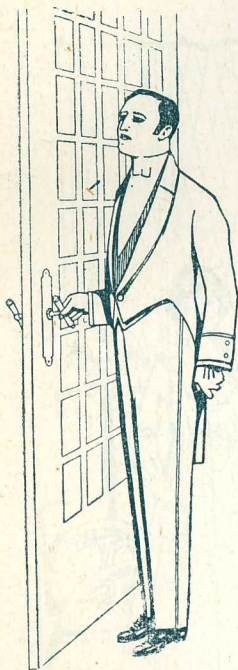
— ¡Parece increíble — dijo la señorita Edelmira — que siendo tan vecinos todavía no se conozcan! El niño de Villalonga, fué discípulo mío hasta principios de este año, y le seguiría dando clase particular si no hubiera quedado tan débil a consecuencia de la fiebre tifoidea.

En la casa no tiene con quien divertirse, porque sus hermanas son bastante mayores; de modo que tú le prestarás un servicio acompañándolo esta tarde.

Es muy justo — pensé yo — y sin decir palabra del paseo proyectado, avisé en seguida a Bertelli para que no me esperara y me dispuse a seguir a la señorita Edelmira.

Mirando desde la calle la propiedad que ocupa la familia de Villalonga, nunca llegué a imaginar que fuese una mansión tan lujosa interiormente.

Quando llegamos, el mucamo, de guante blanco, se paseaba por la acera. Al ver a mi profesora, se apresuró a abrir la puerta para que pasásemos al *hall*.



Entretanto, aunque yo hacía lo posible por no mirar demasiado en torno mío, no pude menos que fijarme en las pinturas al óleo colocadas en macizos cuadros y en los gobelinos que adornaban las paredes.

Cayetano, que siempre va a llevar leche a esa casa, me hizo, hace ya tiempo, una descripción prolija de todo esto; pero yo, al oírle ponderar con tanto entusiasmo, supuse que involuntariamente exageraba un poco. También me habló varias veces del niño enfermo, que le inspiraba tanta lástima.

EN CASA DEL ENFERMO

Dos jóvenes, bastante crecidas, salieron a saludarnos.

Vestían con sencillez; su expresión era bondadosa y amable.

Las dos besaron a su antigua maestra, y una de ellas, mientras hablaba, la tenía tomada de la mano.

— ¡Qué suerte que haya llegado, señorita! El nene la estaba extrañando, y nosotros también. El pobre se siente lo mismo, y con este tiempo no podemos llevarlo a ninguna parte — y volviéndose a mí,



agregó: — mucho le agradezco a nuestro vecinito, que haya venido a visitarnos.

Todos los días el nene pide que lo pongamos en el balcón para verle pasar cuando regresa del colegio, acompañado de otros amigos.

La menor, que nada había dicho, interrumpió a la que hablaba, preguntándole:

—¿No te parece que llevemos a la señorita donde está mamá? Este niño puede pasar al cuarto de Nito.

Así lo hicimos. La más conversadora de las muchachas, me condujo al aposento del enfermo.

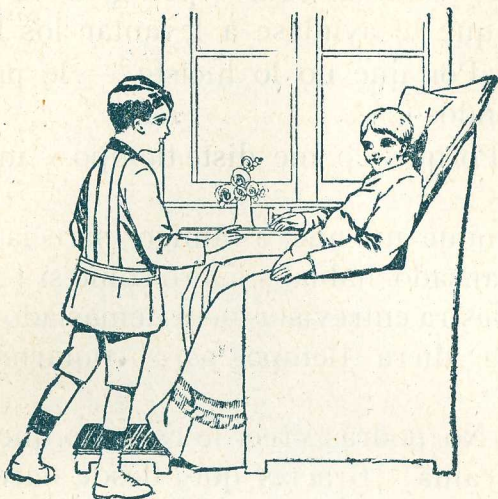
—Atravesamos varias habitaciones, todas ellas arregladas con evidente buen gusto. En los dormitorios, espaciosos y de techo alto, los muebles eran pocos, pero, ricos y confortables.

—Lo hemos puesto en la primera pieza por ser la más ventilada, y además para que se entretenga en el balcón. Hoy va a tener una grande alegría. Pase.—

El enfermo era un niño, al parecer, menor que yo; tenía el rostro muy pálido y unos ojos demasiado grandes para su pequeña cara.

Estaba quieto, con la cabeza apoyada en un almohadón muy blando, probablemente de plumas; tenía las piernas cubiertas con una manta de viaje.





CON JOSÉ IGNACIO

Al verme entrar en su aposento, el pobre niño trató de incorporarse, y extendiéndome la mano, me dijo:

—Me llamo José Ignacio Villalonga: quisiera que fuésemos amigos.

Después de una breve pausa, agregó:

—Tú vives allá enfrente, en esa linda casita; casi siempre te veo cuando juegas en el primer patio. La otra tarde también estaba mirando cuando, al regresar del co-

legio, se te rompieron las correas de tu prensa; y hasta estuve por gritar a algún chico que te ayudase a levantar los libros.

—¿Por qué no lo hiciste? —le pregunté, riendo.

—Porque no me diste tiempo — me contestó.

Aunque mi nuevo amigo parecía estar muy cansado, hablaba ligero como si temiese que nuestra entrevista fuera demasiado breve y no le diera tiempo para contarme sus penas.

—¡No podrás creer lo cansado que estoy de la cama! ¡Gracias que, desde hace algunos días, me levanto un momento después de almorzar.

—¿Qué almuerzas? —le pregunté.

—Sopa de fideos finos, tapioca, sémola con leche y otros platos que me han dado en cara.

También me aflige el trabajo que ocasiono a mi familia y el no poder asistir al colegio como los demás niños.

Me habían prometido inscribirme en la escuela el año que viene; pero como ahora no estudio, tendría que ir a primer grado.

—No digas eso —le respondí.— Con un

buen repaso, pronto recordarás perfectamente tu programa.

—También pienso, a veces, que me convendrá más no ir nunca al colegio, porque haría un triste papel; los otros chicos, que son despejados y fuertes, siempre me aventajarían.

—Tú eres sano como todos—me apresuré a contestarle—te encuentras convaleciente, eso es todo, y no debes desanimarte.

—¿Sano? Si sólo se tratara de lo que paso ahora. ¿Y las neuralgias? ¿Y el asma que me tiene noches enteras sin dormir?

El pobre enfermo, a medida que hablaba, se iba conmoviendo: se veía que estaba por llorar; entonces hice un esfuerzo para dominarme y fingir, tomando en broma sus palabras.

—Por hoy te has lamentado bastante—le dije, poniéndome de pie—así es que cambiaremos de tema. Yo estoy dispuesto a hacer cualquier ridiculez con tal de alegrarte.

¿Quieres que cante como el gallo o que baile como los osos?

—Algo mejor tengo que pedirte—contestó, sonriendo.—Acabo de sentir pasos en

la escalera; por la hora, ha de ser Cayetano, el chico del *lambo*, que es amigo tuyo y también mío. ¿Quieres hacerme el favor de llamarlo?

—Pero si ya ha pasado... No sé dónde lo he de encontrar.

—Es muy fácil: sigue derecho todo el *hall*, el primer patio y parte del segundo: allá verás una escalera que baja al departamento de los sirvientes; cuando llegues golpea fuerte y, en seguida vendrá.



UN OBSEQUIO

Salí a cumplir el encargo de José Ignacio; pero no hice tanto como él me pedía. Atravesé el *hall*, y, algo inquieto, principia-
ba a cruzar el primer patio, cuando vi en una de las habitaciones de la izquierda a un señor alto, trigueño (el cual me pareció el dueño de casa), arreglándose frente a un espejo.



Yo no necesitaba más para dar media vuelta; ya me volvía, cuando sentí que me abrazaban por la espalda.

Por todo el cuerpo me pasó un estremecimiento, pero no grité.

Era Cayetano, con sus dos jarras de leche y el delantal del reparto.

— Te vi pasar — dijo — y me oculté detrás de aquella puerta para ver qué hacías. Estoy seguro de que vienes a buscarme.

—Sí, — le contesté — José Ignacio te llama.

— Me alegro, porque casualmente le traigo un regalo que le va a gustar.

Yo decía entre mí: ¿qué podrá ser ese regalo? Y mirando bien, vi que los bolsillos de Cayetano estaban más abultados que de costumbre.

— Buenas tardes, Compota, — dijo alegremente Cayetano al entrar. — Aquí te traigo tres manzanas, pero para que te las comas crudas y no en almíbar.

El enfermo se enderezó en seguida, risueño, como si estuviera sano.

— ¡Qué ricas son! — dijo mirándonos a los dos con ojos muy alegres.

— Esto es lo que te hace falta — exclamó Cayetano. — Tu pobre familia te tiene a compotitas y sopas secas; nada de carne, nada de esta buena fruta que tanto te gusta... ¡Ah! Si yo fuera médico... te haría comer cada raviolada, que antes de ocho días ya estarías como nosotros.

Cayetano hubiera seguido hablando, pero sintieron voces en la pieza inmediata y huyó velozmente.

— No te vayas — suplicó José Ignacio.

— No estoy para visitas — gritó Cayetano, mientras se escurría sin que nadie lo viera.

No había transcurrido un minuto cuando el enfermo comenzó a saborear con verdadera avidez las hermosas frutas que debieron hacerle mucho bien porque parecía necesitar un alimento fresco y ácido.

— Tengo siempre mucha sed a causa de la fiebre y esto me calma. —

Quiso hacerme partícipe del obsequio pero yo no acepté el ofrecimiento a pesar de su insistencia, porque como estoy sano puedo comer frutas y golosinas a toda hora.



UNA IMPRUDENCIA

Cuando José Ignacio acabó de comer sus manzanas, cometió la imprudencia de arrojar las cáscaras por el balcón. Yo, que estaba parado, las vi caer sobre un vendedor de diarios que pasaba en ese momento.

El muchacho miró hacia el balcón, furioso, y enseñó los puños.

Yo no dije ni una sola palabra por temor de afligir al pobre José Ignacio, que con la visita de Cayetano se había alegrado bastante.

Me esperará en la calle — pensaba — pero todavía fué peor, porque sonó el timbre y sentí una voz áspera, desagradable, que protestaba sin ningún miramiento ni consideración.

— ¿Qué será? — me preguntó José Ignacio, completamente ajeno a cuanto ocurría.



— ¡Vaya uno a saber! — le respondí, tratando de aparecer tranquilo.

Después comencé a calmarme, porque nadie vino a reprendernos. Ha de haber hablado con el mucamo, pensaba entre mí: pero, a la salida, antes de entrar a casa, tuve un gran disgusto, porque la señorita se mostró muy resentida conmigo.

— Has sido tú — me dijo enojada, y agregó: — porque hasta hoy, nunca había ocurrido en esta casa un hecho semejante. Las niñas de Villalonga me pidieron que no te



reprendiese; pero, aunque te perdono, merecerías una buena corrección. ¡Te hemos educado bastante, para que te conduzcas en esa forma!

Yo no me defendí, porque la señorita no me hubiera creído y porque pensaba en el pobrecito enfermo y en Cayetano, que llevaría la peor parte.

FÁBULA NORUEGA

Un árbol añoso, de ramas retorcidas y tronco gigantesco, florecía, año tras año, al borde de un tranquilo lago.



A medida que sus frutos, ya maduros, comenzaban a secarse, caían pesadamente: unos sobre la tierra fecunda que los recibía en silencio; y otros, a las aguas transparentes que se agitaban con ruido, formando círculos concéntricos y movedizos.

Todos los frutos que cayeron al agua se perdieron para siempre; mientras que el suelo fértil y callado convirtió a los demás en árboles robustos.

Arbol robusto es la ciencia, y también produce preciosos frutos que sólo pueden ser aprovechados por aquellas personas que, como la tierra, trabajan con paciencia y sin ostentación.



MIS VECINAS

¡Qué amables son las chicas de Ruiz! Hace tiempo que deseaba conversar con ellas, porque como viven a dos puertas de casa, siempre que pasaban por mi lado se sonreían conmigo, sin atreverse a saludarme.

Esta mañana, cuando volvían de la escuela, se le cayó a una de ellas la escuadra y yo me apresuré a alcanzársela. Me dieron las gracias amablemente, pero se alejaron calladas. Hace un momento, mientras yo estaba en la vereda, se acercaron las tres a conversar conmigo; me han contado muchas cosas.

Dicen que me parezco al único herma-

nito que tuvieron y que se les murió a principios del año anterior.

Las dos menores van todavía al colegio; la mayor, que tiene catorce años, estudia el piano en un conservatorio.

El tío de ellas es intendente de una sociedad deportiva y las lleva a veces a una cancha de *football*, para que jueguen y tomen aire.

Han prometido invitarme para que las acompañe en esos paseos que a mí me gustan mucho.



LA CAJA DE PINTURAS

— ¡Qué buena y cariñosa es mi madre; cómo me cuida; cuánto se afana por evitarme hasta el más leve padecimiento o la



más insignificante molestia! Mientras estudio, siempre está cerca de mí con el propósito de prestarme ayuda. Nunca me hace los deberes, pues no quiere que yo falte a la verdad, ni que me acostumbre a recibir elogios sin merecerlos; pero permanece a mi lado para explicarme alguna pregunta

difícil o para recordarme ciertos datos o indicaciones del maestro que facilitan la tarea.

Anoche, mientras yo iluminaba un mapa, ella notó que mis lápices de dar colorido estaban ya muy gastados, y esta mañana, a primera hora, salió a comprarme una caja de pinturas que, además de ser nueva, es mucho más fina y completa que la otra. Contiene veinte lápices para dar colorido al pastel, doce panes de pintura a la acuarela, una barra de tinta china, cuatro platillos, cinco pinceles y un cartón gris en el cual está indicada la formación de los colores por medio de pequeños círculos dispuestos en líneas paralelas.

Forman la fila superior tres círculos correspondientes a los colores primarios: rojo, amarillo y azul.

La segunda fila se refiere a los tres colores secundarios, que son: el anaranjado, el verde y el violado; cada uno de los cuales se ve reproducido en varios tonos o matices diferentes.

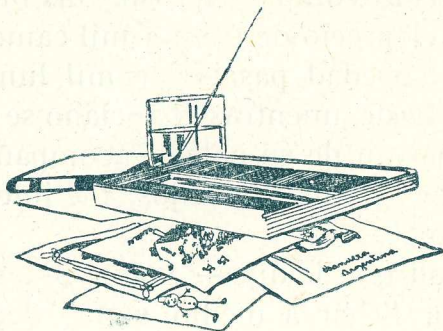
Por último, la tercera línea reproduce los colores terciarios: cetrino, bermejizo y aceitunado.

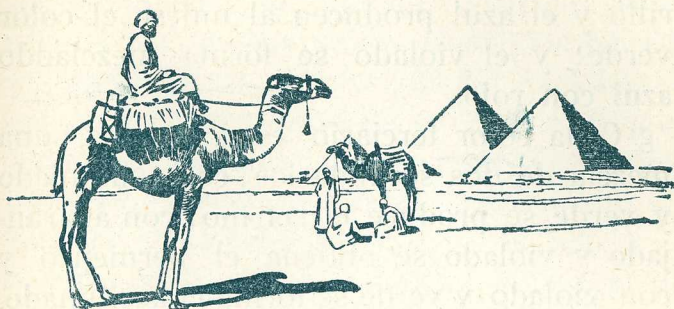
Los distintos colores secundarios pueden ser obtenidos mezclando de dos en dos los tres colores primarios. Si se combina rojo

con amarillo, se forma anaranjado; el amarillo y el azul producen al unirse el color verde; y el violado se forma mezclando azul con rojo.

Cada color terciario es, a su vez, una mezcla de dos secundarios: con anaranjado y verde se produce el cetrino; con anaranjado y violado se obtiene el bermejizo y con violado y verde se forma el aceitunado.

En el reverso del cartón se leen varias indicaciones muy útiles para quienes, como yo, recién se inician en el colorido de mapas y láminas.





LOS COFRES DEL EMIR

Hace ya tiempo que vivió cerca de Salónica un emir tan sabio como anciano, y tan querido como poderoso. Sus bienes sumaban el precio de treinta mil camellos dóciles, y su edad pasaba de mil lunas.

Una tarde, mientras el anciano se paseaba por el jardín de su palacio acompañado por el mayor de sus dos hijos, fué interrogado por éste.

— Padre —, le dijo —, veinte lunas me faltan para llegar a medio siglo: desde que nací hasta hoy jamás he sido castigado por delito alguno; siempre he puesto mi mayor empeño en ser tolerante con mis iguales y

justo con mis inferiores; nunca he abusado de la fuerza, ni me he afirmado en el poder para oprimir o dominar a los demás; a nadie he odiado, a nadie he ofendido voluntariamente: y, sin embargo... nunca he logrado de las gentes el cariño y la simpatía que prodigan éstas a mi hermano Efraín.

Usted, único ser que nos ama a los dos en la misma medida, ¿podría señalarme la causa de tal injusticia?

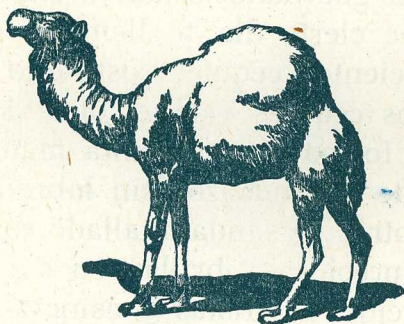
El emir, después de un breve silencio, contestó:

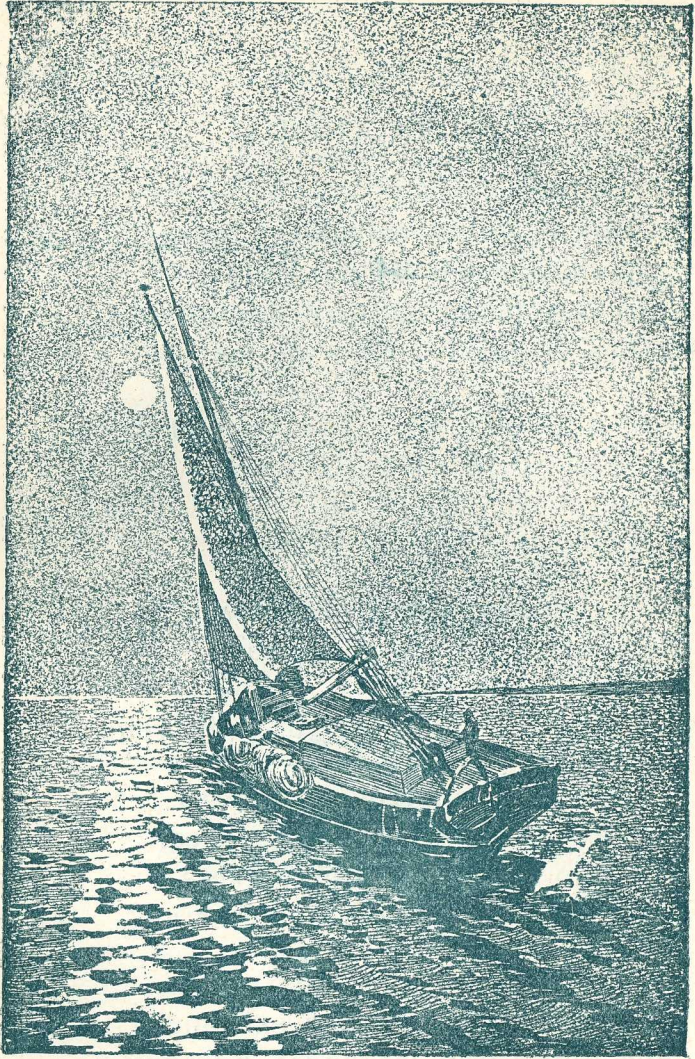
—Saúl, guardados están en el tesoro, dos cofres que cierto día te llenaron de asombro: seiscientos cequíes costó uno de ellos, seiscientos cequíes vale el otro, siendo de diferente forma y de distinta materia. Uno es todo de oro macizo, sin labrados ni gemas; el otro, de sándalo tallado con incrustaciones preciosas: brillan en su tapa zafiros, topacios, amatistas y esmeraldas.

Limpio, seco y frío es el cofre de oro: cuanto guardo en él, se conserva inalterable.

Limpio, húmedo y perfumado es el cofre de sándalo: cuanto guardo en él conserva por mucho tiempo un suave y delicioso olor.

Los hombres honrados y justos como tú, son limpios de corazón, pero son también algo secos y fríos; mientras que tu hermano Efraín, además de ser honrado y justo, es afectivo: ama a sus semejantes; y, al envolverlos en su cariño o simpatía, deja, como el sándalo, en cada uno de ellos, un poco de su propia alma.





Barcarola.

BARCAROLA

En las tardes calladas y solas,
cuando apenas, lejana, titila
una estrella brillante y tranquila
sobre el suave vaivén de las olas:

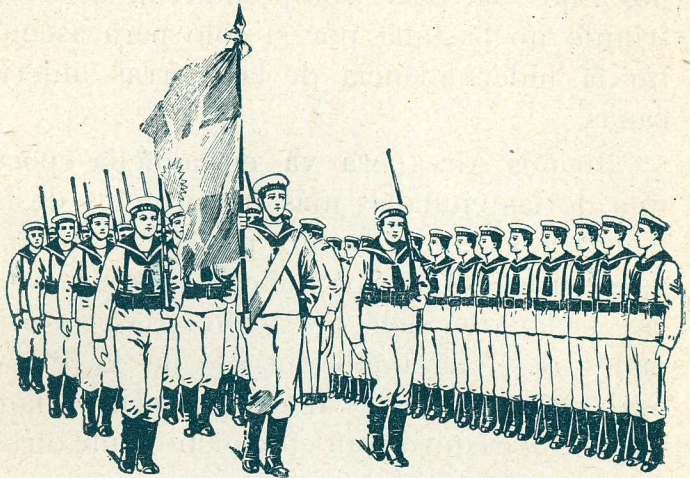
murmurantes las aguas se allegan
a la playa cubierta de arena,
y a las barcas que en marcha serena,
cautelosas y mudas navegan.

Yo quisiera saber el secreto,
la leyenda tal vez misteriosa,
que repite cada onda verdosa
en su idioma insondable y discreto.

Esas olas mudables, parleras,
¿hablarán de los hielos polares,
de ignorados y ocultos lugares,
o de costas con verdes palmeras?

.....

Yo quisiera saber, una a una,
las historias curiosas y extrañas
que murmuran las ondas hurañas
en las noches de pálida luna.



VÍSPERAS PATRIAS

Hoy es seis de julio: dentro de tres días se festejará el primer centenario de la Jura de la Independencia Argentina.

Por tal motivo, la señorita Moreno nos dió una lección de historia muy interesante, relativa a la diversa significación de cada una de las dos fiestas patrias que los argentinos celebramos anualmente.

Cuando el día 25 de mayo de 1810, los criollos lograron deponer al virrey Cisneros

y entregar el gobierno a una junta formada por hijos del país, comprendieron que ese triunfo no bastaba por sí sólo para asegurar la independencia de las tierras americanas.

Buenos Aires era ya en aquella época una de las ciudades más importantes de la América española, tanto por su situación geográfica, como por haber servido, hasta esa fecha, de sede o asiento a las autoridades del Virreinato del Río de la Plata. Sin embargo, poco valía el haberla emancipado, pues quedaban en el continente otros muchos centros de población en manos de autoridades y fuerzas españolas, y éstas intentarían muy pronto dominar a los pueblos sublevados.

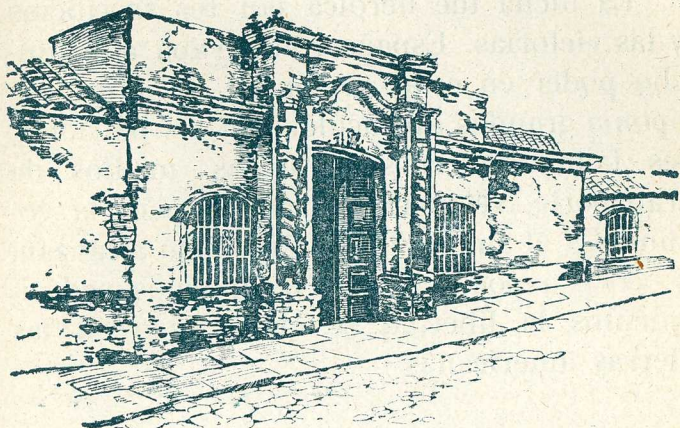
Por otra parte, los dirigentes de la revolución eran hombres de ideas muy avanzadas para su tiempo.

Demócratas entusiastas, enemigos de la monarquía, deseaban implantar en el Nuevo Mundo un régimen de gobierno basado en ideas de libertad individual e igualdad ante la ley; y, a tal fin, organizaron y dirigieron grandes expediciones libertadoras llevando

la independencia a los rincones más apartados de América.

La lucha fué heroica por los sacrificios y las victorias. España conservaba aún mucho poder en estas regiones; la naturaleza oponía grandes obstáculos y a los patriotas, les faltaban recursos: armas, medios de transporte, vestuarios, víveres; pero la voluntad y el amor a la Patria todo lo alcanzan, y, poco a poco, a costa de muchos padecimientos la libertad se abrió paso en las tierras americanas.





9 DE JULIO DE 1816

Mientras las fuerzas revolucionarias luchaban valerosamente por la causa de la Independencia, los pueblos libertados vivían intranquilos, llenos de inquietud y temor por las noticias contradictorias que llegaban desde los campos de batalla.

Triunfos y desastres, éxitos y derrotas tenían en constante ansiedad a los partidarios de la Revolución. La desconfianza crecía en ciertas regiones a medida que el

tiempo pasaba sin que la situación se definiese.

Además, nada se sabía en concreto sobre la forma en que serían gobernadas en adelante las antiguas colonias. Todas estas dudas impusieron a los dirigentes de la Revolución el deber de declarar cuáles eran sus propósitos.

Todos los grandes patriotas San Martín, Belgrano, Fray Justo Santa María de Oro, etc., eran partidarios decididos de formular cuanto antes esa declaración, pero algunos temían que todavía no fuese oportuno dar un paso tan arriesgado.

Se trataba de un juramento solemne que comprometería a todo un pueblo al sacrificio sin limitaciones, hasta lograr la absoluta Independencia.

El día 3 de mayo de 1816 el Congreso de Tucumán nombró por gran mayoría de votos, director supremo a don Juan Martín de Pueyrredón. Desde que este eminente hombre público tomó posesión de su alto cargo, puso el mayor empeño en conseguir que el Congreso declarara cuanto antes la Independencia nacional. Algunas

cartas de San Martín y la presencia del general Belgrano, acabaron por vencer las últimas vacilaciones. El día 8 de julio los diputados celebraron una reunión privada.

El entusiasmo y la sinceridad de la mayoría arrastró a los demás, y todos, de perfecto acuerdo, resolvieron que al día siguiente, durante la sesión pública del Congreso, se haría moción para tratar sobre la Independencia.

Fieles a su palabra, el día 9 llegaron los diputados a la humilde casa, de estilo colonial, en donde el Congreso celebraba sus reuniones; y casi en seguida de declarar abierta la sesión, el presidente, don Narciso Laprida, que era diputado por San Juan, pronunció las siguientes palabras: “¿Quiere el Congreso que las Provincias Unidas del Río de la Plata formen una sola nación, libre e independiente de los reyes de España?”

Todos los diputados a la vez, poniéndose espontáneamente de pie —, “llenos de santo amor por la justicia”, según refiere el acta — contestaron por aclamación que sí.

El pueblo que llenaba la barra y los



Estatua de San Martín.

UNA CARTA

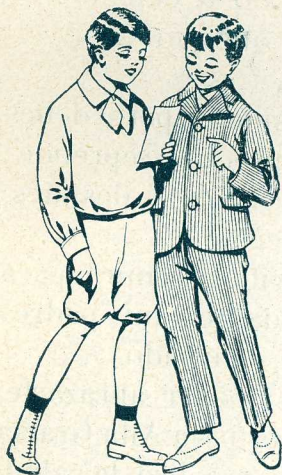
Ayer, en el recreo, Cayetano me entregó una carta dirigida a mí, escrita con una letra angulosa y extraña.

Un bonito monograma colocado en el reverso del sobre me dijo, sin preguntarlo, el nombre de quien me escribía: J. I. V., José Ignacio Villalonga, mi vecino, el niño enfermo al que no había vuelto a ver desde el día de mi primera visita.

La carta de mi amigo decía así:

Querido Víctor:

La otra noche, mientras mi familia cenaba, vino Josefa, la mucama, a hacerme compañía, y al darse cuenta de que yo estaba resentido porque no habías vuelto a casa viviendo tan cerca, trató de defenderte; pero como no lograba convencerme, re-



solvió contarme todo lo ocurrido. Ella había estado presente cuando el chico de los diarios vino a quejarse porque yo había arrojado el resto de las manzanas por el balcón. ¡Siempre mis descuidos y distracciones son fatales!

Josefa también oyó cuanto la señorita te decía en la puerta de casa, creyéndote culpable.

Pero Víctor, ¿por qué no te defendiste? ¿Preferías callar para que yo no recibiera mi castigo?

Gracias por tu generosidad; pero debes saber que mi familia nunca me reprende: primero, porque no doy ocasión, y después, porque soy un pobre enfermo.

Hoy escribo a la señorita Edelmira, para que sepa la verdad; en cuanto a mis padres acabo de enterarlos de lo ocurrido.

Creo que me iré sin poder abrazarte, porque hoy mismo salimos para Alta Gracia a ver si con el buen aire recobro la salud.

Adiós, Víctor, siempre te guardaré buena amistad, porque la mereces,

JOSÉ IGNACIO.



LA DESPEDIDA

Ayer, cuando regresé del colegio, llevando muy doblada en el bolsillo la carta de José Ignacio, tuve la dicha y la pena a un mismo tiempo de despedirme de él, precisamente en el momento en que tomaba su automóvil para dirigirse a la estación.

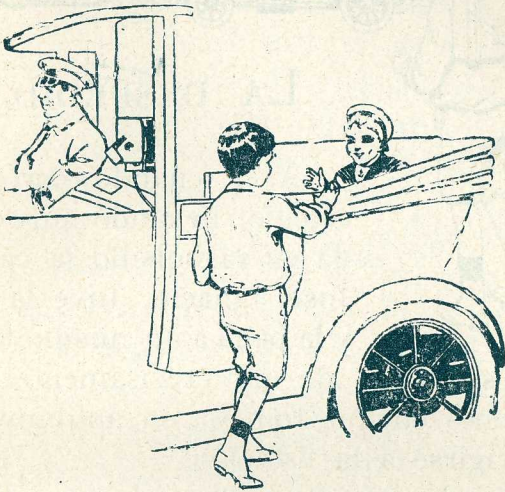
Cuando me iba acercando, me fijé en dos automóviles repletos de maletas, cajas de sombreros y canastas.

En eso, distinguí a Cayetano ayudando a acarrear paquetes.

Entonces no dudé más; dentro de algunos minutos, aunque fuese de lejos, vería al enfermito. Y lo vi, en efecto, todavía más pálido y delgado que de costumbre.

Caminaba con esfuerzo, apoyándose en sus dos hermanas.

Cuando estuvo en el auto, siempre cariñoso y amable, se incorporó un poco para decir adiós a los sirvientes.



Después abrazó a Cayetano, que tanto lo había acompañado durante su enfermedad.

Yo vi, aunque estaba lejos, que al tiempo de abrazarlo le dijo algo al oído. Cayetano le escuchó un momento, y casi en seguida, cruzó como una flecha en dirección a casa.

—Dice que vayas, te ha visto y quiere despedirse.

Yo me sequé los ojos con el revés de la mano.

—¡Pero así no puedes ir!—me dijo Cayetano enojado—mejor harías en dominarte para no afligirlo.

Hice esfuerzos para tranquilizarme y cuando besé la fría frente de mi pobre amigo, hasta traté de sonreír.

Él me extendió en silencio, sus manos que temblaban.

¿Lo volveré a ver?

EL SERVICIO MILITAR

Hoy he tenido que recordar, una vez más, la fábula que tanto le agradó a papá.

Mi primo Enrique acaba de volver a su casa, después de prestar un año de servicio militar en un cuerpo de infantería destacado en Campo de Mayo.



Cuando él se fué al cuartel, hace un año, todos se lamentaban en la casa como si hubiera ocurrido una terrible desgracia: mi tía Carmen, la madre, y mis primas, lloraban mucho.

— ¡ Es tan débil! — decía una.

— Es tan delicado — agregaba la otra.

— ¿ Qué va a comer allí?

— Se morirá de hambre.

— Está acostumbrado a los platos espe-

ciales que yo misma le preparo, porque si no lo hago no come — afirmaba la hermana mayor, secándose las lágrimas.

— El muchacho es tímido, hay que decirlo, es tímido — agregaba bajito, como en reserva, pero haciendo muchos aspavientos una viuda española que vive en la casa.



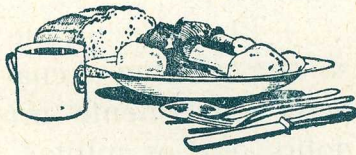
— A mí lo que me preocupa es la salud — murmuraba con gravedad el padre — : de todo se resfría, de todo se indigesta.

— Precisamente, de todo eso se va a curar en el cuartel — repetía alegremente mi tío Rodolfo, que es militar retirado.

Lo que tienen todos estos muchachos, son mimos; parecen señoritas. Siempre están repitiendo lo mismo: “No me gusta el caldo”; “no tomo puchero”; “no me agrada el guiso”. Nada quieren en la casa; pero una vez en el cuartel, cuando empiezan a vivir como se debe, a madrugar, a hacer ejercicios, y a tomar mucho aire y sol, se acaban las inapetencias y los resfríos. Y así debe ser,

efectivamente, porque Enrique ha regresado a su casa sano, fuerte, mucho más grueso y desarrollado; ya no padece del estómago, ni las corrientes de aire lo resfrían.

El servicio militar es como el azadón de la fábula: parece malo a primera vista, pero resulta beneficioso.



TRES AMIGOS

Buenos Aires, julio 30 de 1916.

Señor Roberto Lalande.

Estimado Roberto:

Tengo el agrado de presentarte al señor Enrique Salas, padre de nuestro condiscípulo y amigo Juan Carlos.

Ya conoces el motivo de su visita, y espero que tu señor padre podrá proporcionarle la recomendación que necesita.

Reiterándote las seguridades de mi agradecimiento por la voluntad de servirnos que has demostrado, te saludo afectuosamente.

Mis respetos a tu apreciada familia.

Tu amigo,

Victor.

Buenos Aires, julio 31 de 1916.

Señor Roberto Lalande.

Estimado amigo:

El señor Salas acaba de comunicarme que tu buen papá lo ha presentado personalmente al secretario de la Compañía, poniendo tal empeño en su favor, que hoy mismo será firmado el nombramiento.

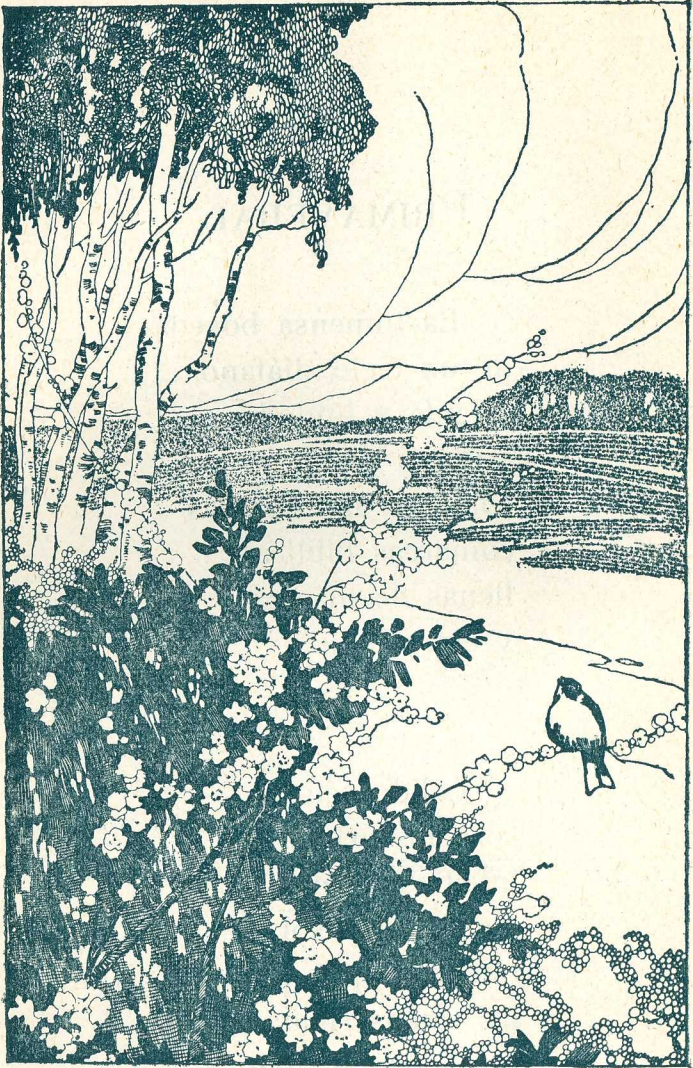
Has de suponer cuán agradecido estareé por tanta amabilidad.

Mañana he de hacerte una visita para expresar a ustedes verbalmente mi reconocimiento y el de Juan Carlos, que está muy contento lo que su papá ha conseguido trabajo.

Mil gracias por todo, y mis saludos afectuosos para ti y los tuyos.

Tu amigo,

Víctor.



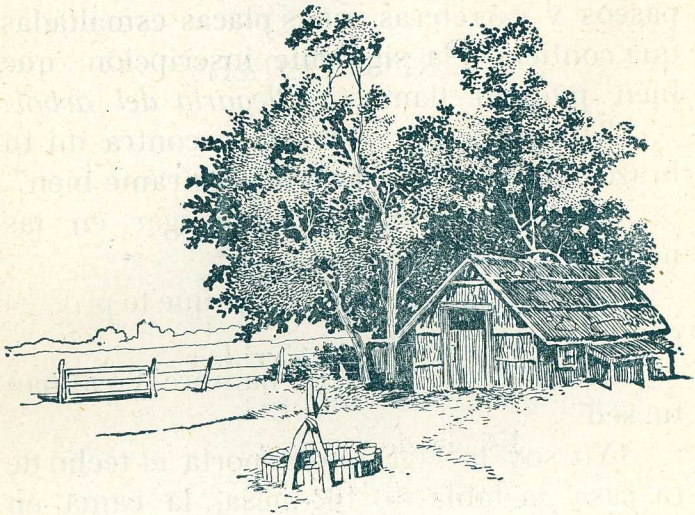
Primavera.

PRIMAVERAL

La inmensa bóveda
de un cielo diáfano,
fúlgida y límpida,
arde en azul,
como en las tórridas
comarcas bíblicas
llenas de mágica
y extraña luz.

*
* *
*

Cálido céfiro
roza los árboles
mustios y lánguidos
que besa el sol;
mientras que, pródigas,
las ramas rígidas,
como una dádiva,
alzan su flor.



LA PLEGARIA DEL ÁRBOL

Voy a copiar a continuación, junto con los consejos de mis padres y a las lecciones más interesantes de la señorita Moreno, las siguientes líneas que acabo de leer en un semanario tan ameno como instructivo; porque ellas traducen en forma muy hermosa, algunos conceptos que, aunque conocidos, merecen ser recordados con frecuencia.

Varias Municipalidades de Portugal han colocado en los árboles de sus jardines, paseos y carreteras, unas placas esmaltadas que contienen la siguiente inscripción, que bien pudiera llamarse *Plegaria del árbol*:

“Tú, que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien”.

“Yo soy el calor de tu hogar en las noches frías del invierno”.

“Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol estival”.

“Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed”.

“Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, la tabla de tu mesa, la cama en que descansas”.

“Soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa”.

“Cuando naces, tengo madera para tu cuna; cuando mueres, en forma de ataúd, aun te acompaño al seno de la tierra”.

“Soy pan de bondad y flor de belleza. Si me amas, como merezco, defiéndeme contra los insensatos”.

UTILIDAD DE LOS ÁRBOLES

A papá también le gustó mucho *La plegaria del árbol*.

Cuando se la leí, me dijo:

—Efectivamente, toda persona que, de uno u otro modo, favorece el aumento de los árboles, vela por su propio bienestar y presta un importante servicio a sus semejantes.

Plantar árboles nuevos, impedir la destrucción injustificada y caprichosa de los ya existentes, combatir las plagas y epidemias que atacan a los mismos, es realizar una obra muy meritoria; porque a las utilidades enumeradas en esa hermosa página, hay que agregar otros muchos beneficios que proporcionan esos mismos árboles.

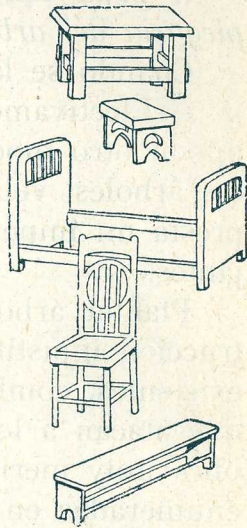
La madera es muy útil, y sirve, como has leído, para fabricar desde los mangos de los útiles con que trabajamos hasta la cama en donde se descansa; desde el techo que nos cobija hasta la puerta que nos resguarda, y desde las cunas para los recién

nacidos hasta el cajón fúnebre para los que acaban de morir; pero el árbol no sólo produce madera, también se sacan de él la goma, las resinas, el corcho, el tanino con que se curten los cueros, y otras muchas substancias químicas utilizadas por la industria.

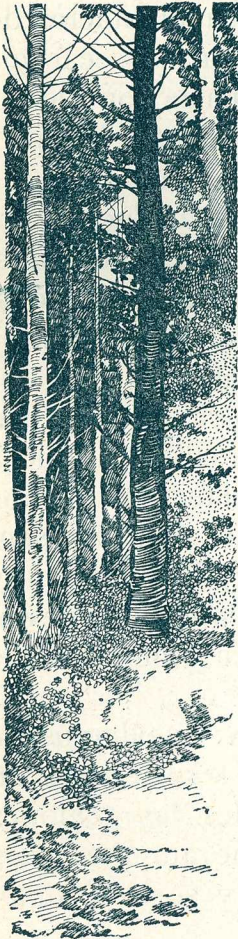
Con la madera también se fabrica carbón de leña y pasta para hacer papel de muchas clases.

Más aún; como si todo esto no bastase, hay que agregar a esas riquezas que se obtienen del árbol una vez cortado, los beneficios que el mismo presta durante su vida.

Los árboles sirven hasta para modificar a voluntad y con poco sacrificio, las condiciones del suelo y del clima. Voy a prestarte un libro, para que leas y copies en tu cuaderno un capítulo muy interesante sobre dichos beneficios. Se titula: *Los árboles y la agricultura*.



LOS ÁRBOLES Y LA AGRICULTURA



Voy a ocuparme ahora de la utilidad de los árboles con relación a la agricultura y a la ganadería, tema importantísimo, sobre el cual nunca me cansaré de insistir. Desgraciadamente nuestros hombres de campo atribuyen al mismo, menos transcendencia de aquella que en realidad tiene.

Unos ignoran y otros olvidan que los árboles son preciosos auxiliares para transformar o combatir la naturaleza inconveniente del suelo y las inclemencias del clima.

Cuando un terreno por su altura o posición sufre el azote de fuertes vientos, nada tan eficaz como la

formación, en un sitio próximo y bien elegido, de un monte más o menos importante que lo resguarde.

Si el suelo es bajo, húmedo y anegadizo nada más conveniente que la plantación de ciertos árboles. Para desaguar y secar los terrenos inundados, se comienza por plantar sauces, que crecen y prosperan en ellos perfectamente; y una vez que el nivel de las aguas disminuye hasta llegar a cinco o diez centímetros pueden plantarse eucaliptos, árboles que también alcanzan gran desarrollo en los terrenos pantanosos, a los cuales benefician doblemente, porque los eucaliptos con sus enormes raíces absorben gran cantidad de agua, la cual se evapora por las hojas, secando así el terreno que los rodea; y además, porque los aceites esenciales que segregan sus tejidos son muy enérgicos y resultan antisépticos o desinfectantes para las aguas y la atmósfera que circunda a dichos árboles.

Los mismos eucaliptos y los álamos de Italia, sirven también para transformar en tierras fecundas y cultivables las regiones arenosas y estériles; porque aunque, más lentamente, también crecen y se desarrollan

en esa clase de suelo, formando montes más o menos importantes; se ha comprobado que los bosques y montes provocan lluvias frecuentes y periódicas que acaban por convertir las llanuras secas, estériles y arenosas en tierras negras, húmedas y fecundas.



CARTA DE INVITACIÓN

Querido Bertelli:

El hermano de papá, que acaba de comprar una quinta en San Isidro, nos ha invitado a pasar un día de campo y me dijo que, para divertirme más, llevase conmigo, si quería, a cualquier amigo o compañero de colegio, pues él no tiene hijos, ni hay chicos en la quinta.



Yo me acordé en seguida de ti, y con autorización y en nombre de mis padres, te dirijo esta carta con el fin de que les pidas permiso a los tuyos para acompañarnos en nuestro paseo, que se verificará pasado mañana.

Saludos afectuosos para tu familia y para ti, de mis padres y de tu amigo,

Víctor.

Hoy, lunes 15.

CARTA DE CONTESTACIÓN

Querido Víctor:

Hace sólo diez minutos que recibí tu afectuosa carta y ya he conseguido el permiso.



Mucho te agradezco el recuerdo, mejor dicho, la preferencia entre tantos amigos y parientes.

Mis padres me encargan presente a los tuyos sus saludos y les exprese lo muy reconocidos que ellos están por la invitación.

Mañana, a las tres de la tarde, iré a tu casa para conversar contigo sobre nuestro viaje y te mostraré un rastrillo chico y una pala que tengo y que, si tú quieres, podremos llevar.

Con saludos afectuosos para tu familia,
se despide muy agradecido tu amigo,

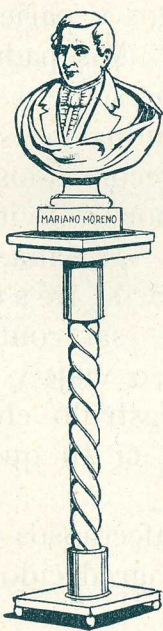
Bertelli.

UN BUSTO DE MORENO

En un sorteo de beneficencia, nos acabamos de sacar un pequeño busto que representa a Mariano Moreno, el secretario de la Primera Junta de 1810.

En mi libro de *Historia Argentina* hay una página que habla de la muerte de ese patricio; es tan triste y conmovedora, que cuando la leí por primera vez me hizo llorar.

Volviendo al busto — que ahora adorna nuestro comedor — diré que no me agrada por completo



porque aunque es una reproducción de otra obra de mérito, tiene ese aspecto frío y sin vida que he notado en algunas estatuas.

Debe exigir mucha inteligencia y voluntad el transformar un montón de arcilla compacta o un

trozo duro de mármol en una obra fina y delicada.

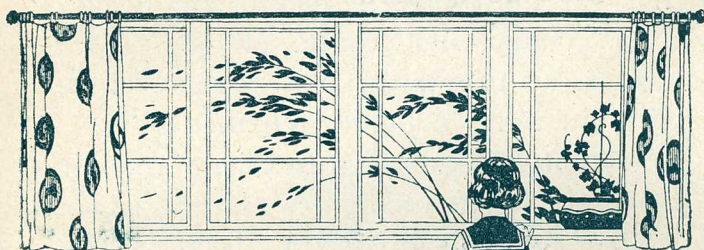
Por los retratos de la época y por el busto de mármol, veo que Mariano Moreno ha de haber tenido facciones bastante proporcionadas y una expresión enérgica e inteligente.

La estatua descansa sobre un pedestal forrado con terciopelo rojo, sostenido por una columna de madera.



LA TORMENTA DE HOY

No recuerdo haber presenciado hasta hoy un ciclón tan violento, ni tan imprevisto como el que se desencadenó esta tarde, poco después de la una.



La mañana, si bien algo calurosa, no permitía presentir un cambio tan brusco.

A eso de medio-día, la atmósfera, ya pesada, se tornó sofocante, y el cielo, hasta entonces límpido, fué cubriéndose de nubarrones espesos.

Casi en seguida, una obscuridad siniestra invadió el cielo por el lado del oeste, mien-

tras fuertes ráfagas de viento abrían y cerraban con violencia puertas y ventanas.

Polvo, ramas, hojas y papeles se elevaban girando en furiosos remolinos.

El viento soplabá con tal furia, que causó muchos destrozos.

En casa, se rompieron los vidrios de varias ventanas y cayeron desde una balaustrada, dos grandes macetas haciéndose añicos. En un almacén vecino, se desmoronó la cornisa del frente; en la cuadra inmediata, se tumbaron dos postes del telégrafo, sin herir a nadie, felizmente.

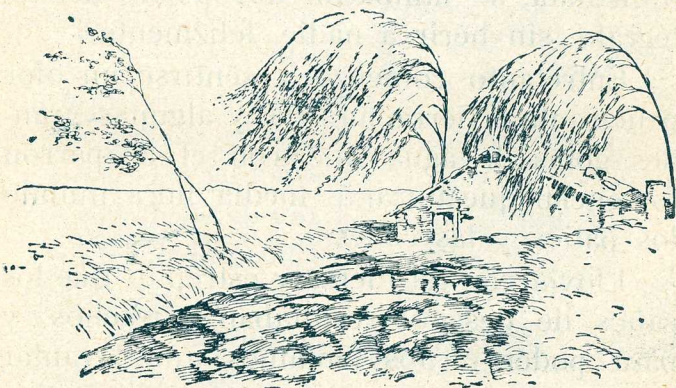
Entretanto comenzó a sentirse un olor penetrante a tierra mojada, y algunas grandes gotas de agua iniciaron el chaparrón torrencial que durante media hora inundó los patios y las calles.

Llovía con tal fuerza y estrépito que los caños de desagüe resultaban estrechos, y para poder oírnos teníamos que levantar la voz.

Yo sentí mucho miedo y me pareció que mamita también estaba un poco asustada.

¡Y no era para menos. Los árboles corpulentos se doblaban como cañas!

Según refieren los diarios de la noche, la tormenta ha sido muy violenta y ha causado muchos perjuicios en los barrios apartados. Los mismos diarios publican, también, algunos telegramas que dan cuenta de graves daños producidos por el ciclón en varios pueblos de la provincia de Buenos Aires.



JOSÉ DE SAN MARTÍN

En las primeras páginas de nuestra historia patria surge, nítida e inconfundible, una de esas figuras prodigiosas que muy de tarde en tarde, aparecen en el mundo



para bien de los hombres y para gloria de los pueblos: José de San Martín, el libertador de medio continente; el vencedor de San Lorenzo, Chacabuco, Maipú y Lima; el organizador y jefe del glorioso ejército que alcanzó la in-

dependencia de nuestra Patria, de Chile y del Perú.

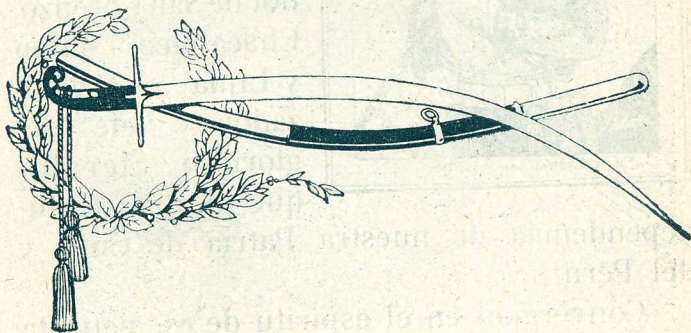
Convergian en el espíritu de ese patriota eminente, cualidades que sólo por excepción

se encuentran reunidas en una misma persona: inteligencia rápida y penetrante, voluntad inflexible y desinterés sin límites.

Su inteligencia le permitió concebir el plan de lucha indispensable para libertar a los pueblos americanos; su voluntad le dió fuerzas para realizar tales proyectos y su desinterés le permitió sacrificarlo todo, hasta la propia gloria, en beneficio de la causa que defendía.

Fué genial por sus previsiones, heroico en la lucha y sublime por su generosidad.

La obra de su esfuerzo y el recuerdo de sus virtudes perdurarán a través de los siglos.





Los Andes.

LOS ANDES

A la luz indecisa de la aurora
o en el incendio rojo de las tardes,
en las mañanas tibias y tranquilas
o en las noches calladas y expectantes;
entre la airada tempestad que llega
sobre nubes oscuras que la arrastran,
o al fulgor de los rayos fragorosos
que entre las cumbres, detonando estallan:

se alza, soberbio,
mudo, gigante:

¡el pedestal magnífico del Héroe!
¡la cordillera inmensa de los Andes!

EL TÍO PACO

(ESTILO ESPAÑOL)

Excelente persona era el tío Paco, y mejor hubiera sido quitándole aquello de sus continuos rezongos; porque eso sí: aquel hombre sano, fuerte, honrado y trabajador tenía por costumbre lamentarse y amenazar a toda hora.

Alto, seco, de tez morena y pelo cortado al rape, se mantenía erguido como una estaca a pesar de sus 68 años.

El rostro afeitado, de rasgos enérgicos, tenía una expresión severa y hasta huraña debido al mirar desconfiado de sus pequeños ojos brillantes y renegridos.

—¡Hola!, tío Paco—solían decirle—; ¿qué se cuenta por ahí?

—¡Hombre! ¿qué ha de contarse? ¡con semejante tiempo! Sol, sol, y más sol; ni una lluvia ligera para refrescar el aire. Esto es el acabóse. Nada: que aquí ya no se puede vivir—y se marchaba gesticulando y repitiendo quejas interminables.

Pocos días más tarde, alguien le interrogaba alegremente:

—Adiós, tío Paco. Ya lo veo contento. ¡Qué buen tiempo tenemos!

—¿Bueno, dices? Pero, hombre bendito, ¿dónde tienes los sentidos del cuerpo? ¡Bueno esto, una cosa tan despareja: lluvia y sol, calor y frío, viento y... aguantarse! Vamos, vamos; pareces lelo. ¿Conque te gusta la variedad? Pues, márchate a otro lado; pero no nos echés a perder el clima con tus rogativas.

Siempre rudo, verboso e idéntico, el tío Paco ensartaba sus quejas a propósito de cualquier suceso. Era el espíritu de contradicción hecho carne.

—Señores: he de hablar bien alto para que todos oigan, porque ni tengo pelos en la lengua, ni nació todavía quién pueda comprarme. El tío Paco no se vende. ¿Me habéis entendido? Pues bien: esto es una vergüenza. Aquí se ha terminado todo de una vez: valor, honradez, respeto y dignidad; dignidad como la entiendo yo con las *d d* bien fuertes.

Me río de Hernán Cortés y del fuego que metió a las barcas. Por los cuatro cos-

tados ha de arder la gobernación antes que el tío Paco diga basta. ¡No faltaba más!

Los vecinos, entretanto, lo escuchaban en silencio; algunos sonrientes, otros aparentando temor. Bien sabían todos cuán inofensivo era el tío Paco a pesar de sus gritos: un buen hombre a quien se le saltaban las lágrimas cuando veía que alguien zurraba a un pequeño. Sin embargo, los chiquillos temblaban en su presencia; ¡tantas veces habían oído la misma amenaza!:

“Portarse bien o se lo contaré todo al tío Paco”.

UN CONCURSO

¡Qué contento estoy! Mi clase ha conseguido el primer puesto en un concurso de composiciones organizado por el señor director. Y más me alegra todavía el hecho de que ese triunfo me corresponde en parte, pues sólo dos trabajos obtuvieron mención especial: uno de ellos fué escrito por Jaime Silvano, alumno de quinto grado, y el otro, por mí.

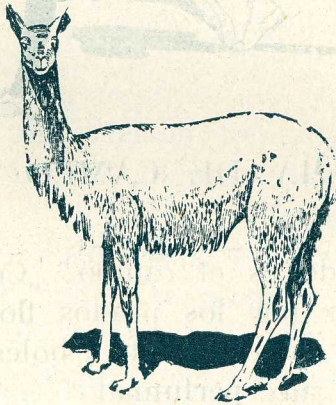
Entrábamos a clase, después del segundo recreo, cuando el señor director nos sorprendió con la noticia de la prueba.

Hasta ese momento nada había dicho, porque deseaba que todos estuviéramos en igualdad de condiciones; quería que nadie se hiciese ayudar o preparar especialmente por la familia ni por los amigos.

El tema de la composición fué: “Un día de campo”.

A Bertelli y a mí nos resultó, por lo tanto, muy útil el paseo del otro día.

Como premio por el triunfo, nuestra clase irá pasado mañana al Jardín Zoológico acompañada por el señor director.





DÍA DE CAMPO

¡Qué lindo es el campo! ¡Cuánto me agrada vagar por los prados florecidos o descansar, a la sombra de árboles coposos, aspirando el aire perfumado!

El miércoles de la presente semana pasé horas muy agradables.

En compañía de mis padres y de mi buen amigo Bertelli, fui a San Isidro. Partimos en el tren de las 7 y 10 a. m. y llegamos a la quinta de mi tío a las 8 y 30, más o menos.

Después de saludar a la familia, Vicente

y yo salimos a recorrer la quinta, que ocupa seis manzanas.

¡Qué hermoso paisaje! A lo lejos se divisan grandes arboledas de eucaliptos, álamos y ceibos. Más cerca, grupos de sauces, un ombú y varios paraísos aislados elevan, de trecho en trecho, sus siluetas inconfundibles.

Todo es alegre, variado y hermoso. Hasta las pequeñas plantas y hierbas — que vistas desde lejos parecen idénticas — observadas de cerca, sorprenden por la variedad de sus formas y el contraste de sus matices. Unas son: rastreras, achatadas, tienen hojas horizontales y carnosas; otras, rectas, erguidas, elevan sus tallos rígidos coronados por vistosas espigas o envueltos en hojas alargadas como cintas de color verde pálido. Junto a los cardos espinosos de flores duras y amarillentas, crecen otros con flores violáceas y ramas velludas de matiz verde plateado. Los frutos dorados de la manzanilla alternan con los pecíolos rojizos y jugosos de la verdolaga.

Observando tanta variedad y reuniendo hojas para nuestro herbario, pasamos la mañana.

Por la tarde, después de almorzar, nos

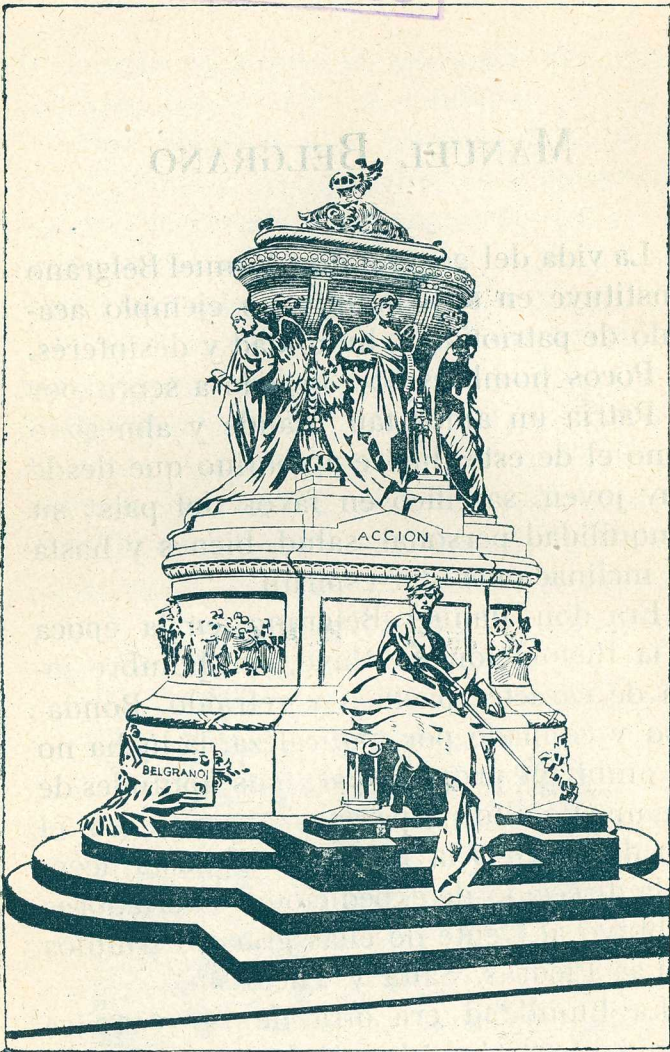
dimos un descanso de hora y media, y luego, nos pusimos a jugar a los jardine-ros. Con el rastrillo y la pala de Vicente, limpiamos dos canteros.

Mi tío estaba muy satisfecho de vernos tan contentos y nos prometió que conseguirá permiso de nuestros padres para que todos los meses pasemos varios días en la quinta.

Piensa invitar a otros dos sobrinos, Julio y Luisa, para que se encuentren con nosotros cuando llegemos a la quinta.

También nos ha prometido aserrar unos tirantes para que tengamos maderitas para hacer casas.





Mausoleo del General Belgrano.

MANUEL BELGRANO

La vida del general don Manuel Belgrano constituye en su conjunto un ejemplo acabado de patriotismo, humildad y desinterés.

Pocos hombres han llegado a sentir por su Patria un amor tan grande y abnegado como el de este ilustre argentino que desde muy joven, sacrificó en favor del país: su tranquilidad personal, salud, bienes y hasta las inclinaciones del espíritu.

Era don Manuel Belgrano, en la época de la Revolución de Mayo, un hombre joven de carácter pacífico y retraído. Bondadoso y confiado por naturaleza, la lucha no era ambiente propicio para sus aptitudes de polemista culto y persuasivo; mas, en el afán de servir a la Patria, llegó hasta aceptar la dirección de expediciones libertadoras y obtuvo al frente de ellas grandes triunfos en Las Piedras, Salta y Tucumán.

La humildad era otra de las virtudes culminantes en el alma de este esclarecido patriota que — siendo ya general, y después

de haber obtenido las victorias antes mencionadas—concurría por propia iniciativa, en calidad de modesto alumno, a las lecciones de táctica militar que el general San Martín daba a las tropas por orden del gobierno patrio.

El desinterés de Belgrano no tenía límites: baste recordar que rehusó la donación de cuarenta mil pesos votada por el Congreso en recompensa de los triunfos de Salta y Tucumán. En esa ocasión dijo: “Creo digno de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, el destinar esa suma a la dotación de cuatro escuelas en las ciudades de Tarija, Jujúy, Santiago y Tucumán”.

Este renunciamiento era tanto más meritorio por el hecho de que Belgrano siempre fué pobre y murió en la mayor miseria.

Algunos amigos que lo admiraban y querían mucho, costearon los gastos de su última enfermedad. Uno de ellos, el doctor Joseph Redhsad, médico que había acompañado al general en varias vicisitudes, recibió como recuerdo un reloj de oro; Belgrano, al entregárselo, dijo tristemente: “Es todo

cuanto tengo que dar a este hombre bueno y generoso”.

Las últimas palabras del creador de la Bandera Argentina, fueron:

¡Ay, Patria mía!

Los restos del general Belgrano—que falleció el día 20 de junio de 1820—reposan en un hermoso mausoleo levantado frente al antiguo templo de Santo Domingo de esta capital.

BERNARDINO RIVADAVIA

Infatigable en el trabajo, clarividente en los juicios, enérgico en sus actos: tal fué Bernardino Rivadavia, otro de los grandes estadistas que honran las páginas de nuestra historia.



Tenía una capacidad excepcional tanto para descubrir las necesidades y conveniencias públicas, como para apreciar en su justa medida los defectos y virtudes de cuantos lo rodeaban.

Anticipándose a su época y a los más sabios sociólogos europeos, señaló la necesidad de mejorar la condición económica de los ciudadanos para conseguir el perfeccionamiento moral y la dignificación cívica de los mismos.

Demostró, también, que la grandeza de una nación sólo puede cimentarse sobre dos bases sólidas e igualmente indispensables: la independencia económica y la educación esmerada de los ciudadanos y habitantes que forman el pueblo de esa nación.

La actividad de Rivadavia fué prodigiosa. Como secretario del gobernador general don Martín Rodríguez, estableció la Universidad, el servicio de correos, el Departamento de Ingenieros encargado de levantar los primeros mapas y cartas topográficas del país; fundó el Museo Público, el Archivo General, otro de Estadística, el Registro Oficial, el Banco de la Provincia y la Bolsa de Comercio. Creó, también, la Administración de Vacuna, el Crédito Público y la Sociedad de Beneficencia. Proyectó e impuso *la ley de olvido* que declaraba borradas para siempre las enemistades producidas por guerras anteriores, ya fuera entre argentinos o entre éstos y españoles; realizó importantes reformas militares y eclesiásticas. Por su iniciativa, se declaró inviolable la propiedad, fué proclamada la libertad de imprenta y de conciencia y se habilitó para todos los muertos, sin distinción de creencias, el cementerio de la Recoleta.

Durante este gobierno ejemplar, nuestra Independencia fué reconocida por los Estados Unidos de Norte América, Chile envió un ministro plenipotenciario, Inglaterra concertó un tratado de paz y amistad con las Provincias Unidas del Río de la Plata y el general San Martín entró triunfalmente en Lima.

Gracias a la valiosa cooperación de Rivadavia, don Martín Rodríguez tuvo la gloria de destacarse como gobernante progresista y de ser el primero que entregó el mando en paz. El sucesor de Rodríguez, fué el general don Juan Gregorio de Las Heras.

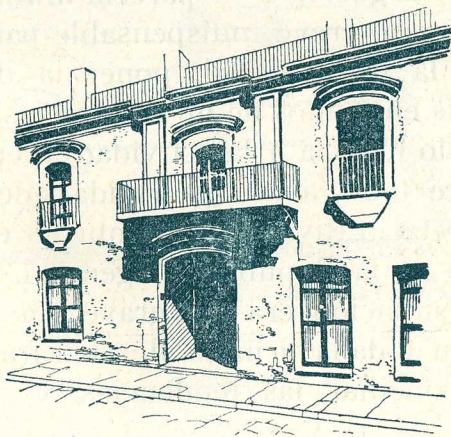
Poco tiempo después, — hallándose convulsionado el país por cuestiones de política interna y estando los ánimos tan enardecidos que la guerra civil parecía inminente, — el Congreso creyó indispensable para restablecer la tranquilidad, poner la dirección del país en manos de un solo magistrado; y, haciendo justicia a la actividad, preparación y, sobre todo, a la reconocida energía del ex secretario Rivadavia, nombró a éste Presidente de la República Argentina.

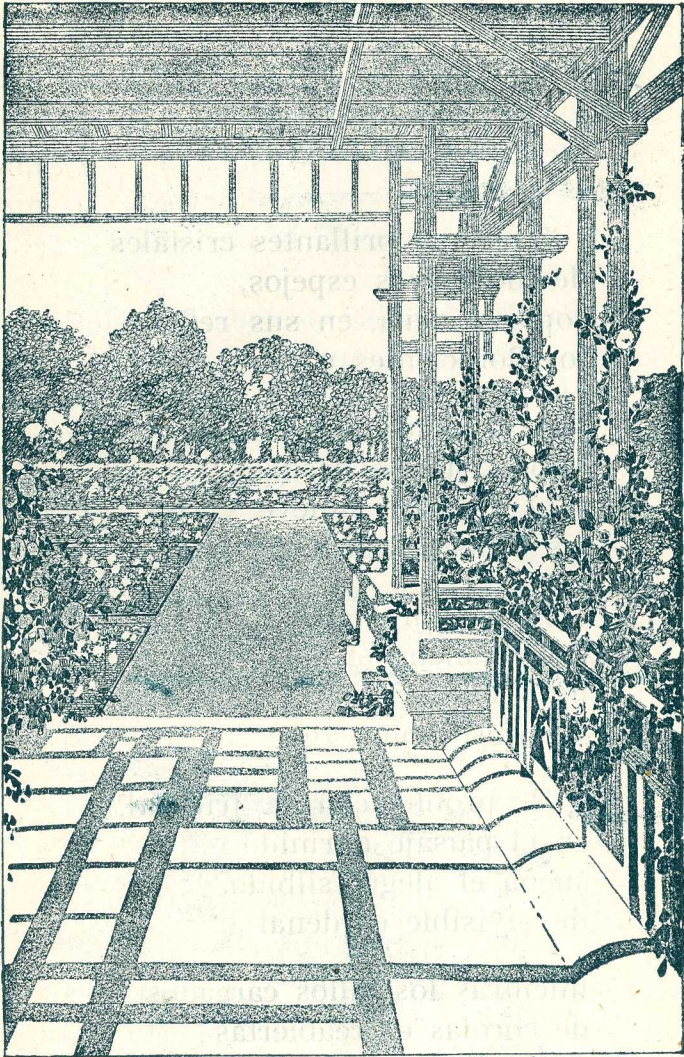
La situación era tan grave, que Rivadavia, con toda la firmeza de su carácter, no logró conciliar las tendencias y, lejos de

aplacar los ánimos, tuvo que sufrir los ataques de una terrible oposición. A pesar de ello, promulgó, entre otras, la Ley de capitalización e inició negociaciones de paz con el Brasil reconociendo la independencia de la Banda Oriental.

Al ser conocidos los términos del convenio estipulado la indignación pública estalló y Rivadavia, considerándose impotente para dominarla, presentó su renuncia indeclinable que terminaba con las siguientes palabras:

“Puede ser que hoy no se haga justicia a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos; pero la espero algún día de la posteridad. La Historia me hará justicia”.





La Rosaleda.

LA ROSALEDA

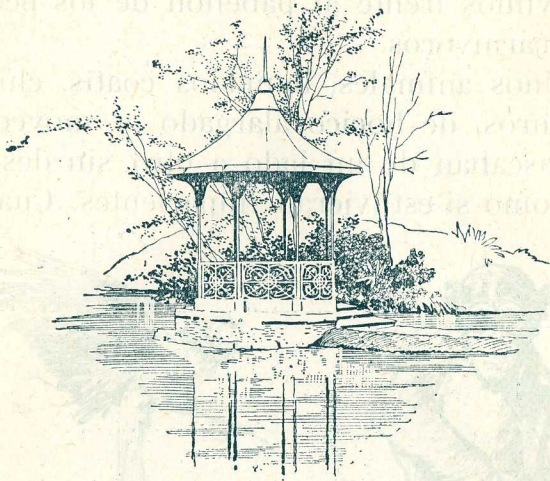
Como en brillantes cristales
de movedizos espejos,
copia el agua, en sus reflejos,
los florecientes rosales.

A veces un soplo vago,
imprevisto, se desliza
y al resbalar, mueve y riza
las transparencias del lago.

Brilla límpido el azul:
sólo mancha el puro cielo
un pequeño, tenue, velo
vaporoso como tul.

De pronto, claro y triunfal,
en el paisaje dormido,
suena el alegre silbido
de invisible cardenal;

mientras los tallos cargados
de corolas entreabiertas
dan a las brisas inciertas,
sus perfumes delicados.



EN EL JARDÍN ZOOLÓGICO

Instructiva y alegre ha resultado nuestra visita al Jardín Zoológico.

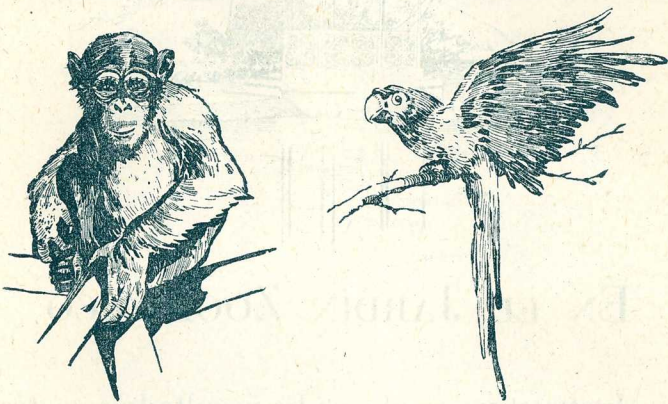
Poco antes de las ocho, salimos del colegio, y diez minutos más tarde subíamos al tranvía reservado que nos llevó hasta ese importante paseo público.

Entramos por la puerta principal que da a la calle Las Heras.

Por orden del señor director doblamos hacia la derecha, en dirección a la *casa de los leones*; pero antes de llegar a ésta, nos

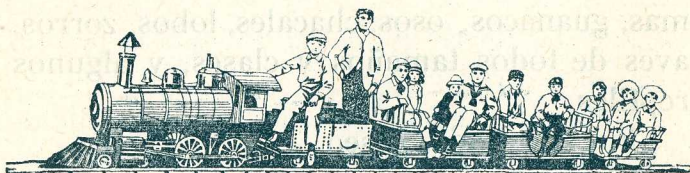
detuvimos frente al pabellón de los pequeños carnívoros.

Unos animales, llamados coatis, chicos, oscuros, de hocico alargado y movedizo, se paseaban de un lado a otro, sin descanso, como si estuvieran impacientes. Cuando



nos aproximamos al pabellón, se acercaron a nosotros, metiendo el hocico por entre las rejías, como si quisieran reconocernos por medio del olfato. Algunos chicos rieron mucho porque Rossi se puso a conversar con los coatis, que lo miraban con desconfianza. Rossi les decía:

—¿Qué tal, amigos? ¿Cómo están? ¿Les pesa mucho el hocico?—y volviéndose a nosotros, agregó:



— ¿Han visto como saludan? Nos reciben tan bien porque estoy aquí. Simpatizan conmigo porque tengo la nariz larga.

— ¡Juicio, Rossi! — dijo el señor director, conteniendo la risa, y comenzó a darnos explicaciones.



Visitamos todo el jardín.

Vimos monos, tigres de piel vistosa, leones melencos, panteras de mirada humana, elefantes, rinocerontes, hipopótamos, camellos, dromedarios, jirafas, ciervos, lla-

mas, guanacos, osos, chacales, lobos, zorros, aves de todos tamaños y clases, y algunos reptiles.

Fué un lindo paseo.

El señor director nos dió una lección sobre los elefantes; yo tomé apuntes en mi libreta y haré una composición.

Nuestro Jardín Zoológico goza de fama mundial, tanto por las variedades de los ejemplares que se encuentran reunidos en él, como por la belleza y comodidad de sus instalaciones construídas y dispuestas con singular acierto en un lugar espacioso y perfectamente ubicado.

Gracias al clima benigno de nuestra capital y a esfuerzos tan inteligentes como perseverantes, viven en ese jardín, animales pertenecientes a las faunas de las regiones más opuestas: allí se ven osos, pingüinos y focas de los hielos polares a pocos metros de los elefantes, camellos y tigres nacidos en las regiones mas cálidas de Asia y África; águilas y cóndores de las nevadas cumbres andinas cerca de los monos, serpientes y lagartos traídos de los bosques tropicales.

Además, al proyectar la construcción de

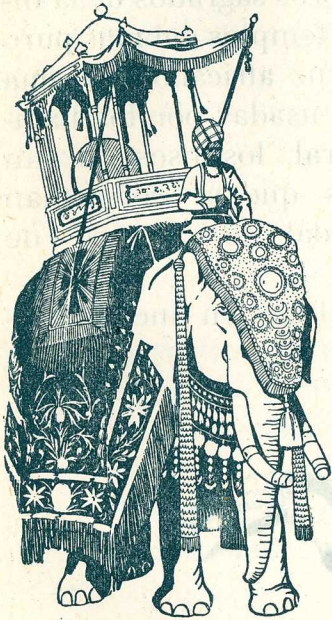
las viviendas destinadas a las diferentes *especies zoológicas* se ha tenido la excelente idea de elegir para aquéllas *estilos arquitectónicos* que guarden relación con los animales que han de habitarlos. Por eso vemos que los dromedarios viven en una casa árabe; los zebúes o toros sagrados de la India y los elefantes, en templos del más puro estilo hindú; el avestruz africano, en una choza semejante a las usadas por los habitantes del África Central, los osos, en un castillo parecido a los que se construían durante la época feudal en el norte de Europa.

Todo armoniza y alegra en nuestro Jardín Zoológico.



LOS ELEFANTES

Entre los muchos animales que he visto en el Jardín Zoológico, pocos hay que llamen tanto la atención del público como los elefantes.



Son tan grandes y tienen una forma tan rara, que todas las personas se detienen a mirarlos.

Los elefantes alcanzan una estatura que varía entre tres y cuatro metros. Tienen el cuerpo cubierto por piel muy gruesa, calva o sin pelo, y una cabeza enorme provista de dos orejas anchas y de una tromba o *probóscide* que es, sin duda alguna, el órgano más singular del elefante, tanto por su aspecto como por los muchos y muy

importantes servicios que presta a dicho animal.

La trompa, que es en realidad una prolongación de las paredes y tabiques de la nariz, llega a tener dos metros de longitud; termina en una especie de dedo, con el cual el elefante puede asir hasta los objetos más diminutos; es tan flexible y manejable, que el animal la puede mover y replegar a voluntad en todos sentidos; esto remedia, en parte, la inmovilidad casi completa de la maciza cabeza unida al tronco por un cuello demasiado corto.

Valiéndose de la trompa, el elefante recoge del suelo o de los árboles sus alimentos sólidos y líquidos para llevárselos a la boca.

La probóscide es además órgano del tacto, del olfato, del apoyo y hasta poderosa arma defensiva.

De la boca del elefante salen dos enormes dientes, llamados *colmillos*, que parten de la mandíbula superior y se dirigen hacia arriba, uno de cada lado de la trompa. Esos dientes que, a veces, llegan a tener metro y medio de largo, están formados de una materia conocida con el nombre de *marfil*, con el cual se fabrican muchos objetos de lujo.

El marfil se vende a precios bastante elevados, tanto por su relativa escasez como por sus cualidades. Es más duro y compacto que el hueso; se adapta mejor a un trabajo delicado, sobre todo en el torno, y conserva siempre su color, transparencia y brillo inalterables, mientras que el hueso se vuelve amarillo, opaco y se altera muy pronto.

Algunas personas han afirmado erróneamente que el elefante, debido a su pesadez no puede levantarse si llega a caer al suelo, agregando que los cazadores aprovechan esta incapacidad para capturarlo más fácilmente.

Se ha dicho que esos cazadores cortan casi a ras del suelo los árboles en que dichos animales suelen restregarse, con el fin de que éstos caigan; pero tales afirmaciones son absolutamente falsas, como puede comprobarse observando los ejemplares de nuestro Jardín Zoológico que se echan, se arrodillan y se sientan, movimientos que el ágil caballo amaestrado en los circos, ejecuta con mucha dificultad.

Asimismo anda y corre con tal rapidez, que puede seguir a un caballo al galope.

Cuando está bien alimentado llega a recorrer hasta 150 kilómetros por día y camina sin esfuerzo, llevando sobre el lomo cargas de 2.000 kilogramos.

Un elefante consume diariamente como alimento de treinta a cuarenta kilogramos de arroz o cereales mezclados con agua y unos sesenta o setenta kilogramos de forraje.

Se afirma que el elefante llega a vivir dos siglos en estado salvaje; pero en el estado doméstico su vida es mucho más corta: cincuenta años más o menos.

Se caza a los elefantes con el auxilio de otros ya domesticados y adiestrados especialmente; bastando pocos días para volverlos mansos y pacientes.

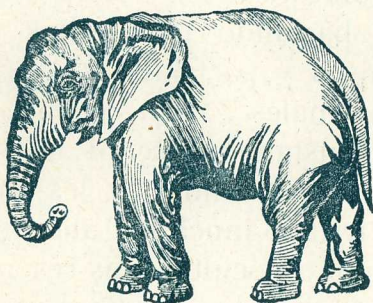
Estos animales toman cariño, obedecen y ayudan constantemente al amo que los trata bien, pero cuando se les mortifica o castiga se irritan mucho y atacan. Se afirma que algunos ocultan sus resentimientos con mucha astucia y aprovechan cualquier ocasión favorable para vengarse.

Unos elefantes son asiáticos y otros africanos; éstos últimos son más chicos, pero tienen las orejas y colmillos más desarrollados.

En África y en Asia (en la India especialmente), los elefantes prestan grandes servicios: se les utiliza para transportar hombres y grandes cargas, tanto en las expediciones de paz como en las de guerra.

En las cacerías de tigres y otras fieras, el elefante resulta irremplazable.

En los circos y teatros, los elefantes amaestrados llaman mucho la atención del público.



TESTAMENTO DE COLÓN

“ Yo, Cristóbal Colón, que, habiendo nacido en Génova, vine a servir a los Reyes de Castilla, y he descubierto al Oeste la Tierra Firme de las Indias, quiero que a mi muerte herede mi hijo el empleo de Gran Almirante de la mitad del Oeste del Océano, tirando en él una línea de polo a polo.



“ Y digo yo, Cristóbal Colón, que hallándome en trance de muerte, sin más testigos de mi última hora que el marinero Gil García, en cuya casa de limosna me hallo, nombro por herederos de todos los cuantiosos bienes que los Reyes Católicos me prometieron, a mis hijos Don Diego y Don Fernando y a mi hermano, que con mantenerlos y ayudarlos, los libra de la miseria de su padre.

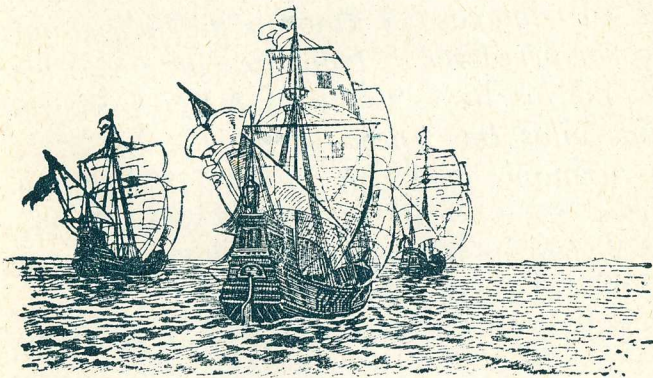
“ Y dejo un millón de escudos de mis rentas por año a los Reyes de España que sucedieron a Isabel la Primera para que recen

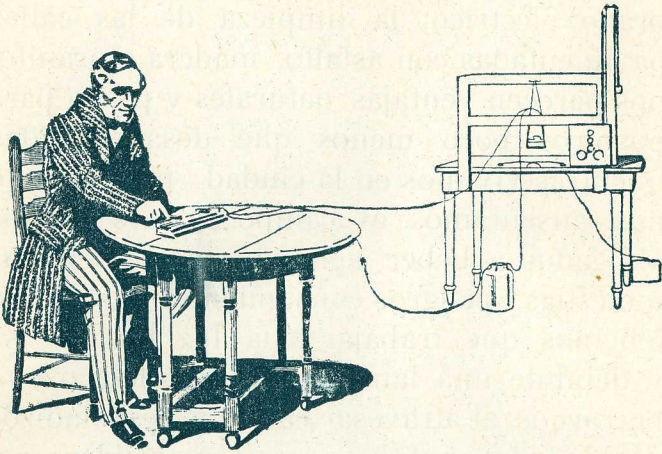
públicamente por su alma, la más grande que he conocido en la Tierra.

“ Y a España entera mando yo, desde mi lecho de muerte, que enseñe a sus hijos a bendecir y honrar la memoria de la Reina cristiana que vendió un día las joyas de su Corona para dar a Colón las tres carabelas con que descubrió el Nuevo Mundo.

“ Y doy mi alma a Dios, que supo dármela bastante grande para perdonar a todos mis enemigos desde el mismo rincón donde muero, y atadas las manos con las mismas cadenas con que me hicieron volver a España.”

Cristóbal Colón.





LOS INVENTOS

Cualquier persona de humilde condición goza en nuestros días, de comodidades que en épocas anteriores no pudieron disfrutar los reyes, ni los poderosos, a pesar de todas sus riquezas.

Habitados, desde niños, a esas comodidades que la civilización actual nos proporciona, no les atribuimos el valor que en realidad tienen.

Sólo cuando una causa más o menos imprevista nos priva de tales bienes, los echamos de menos.

El servicio de aguas corrientes, el alumbrado eléctrico, la limpieza de las calles pavimentadas con asfalto, madera o granito, nos parecen ventajas naturales y pasan para nosotros poco menos que desapercibidas mientras vivimos en la ciudad; pero cuando nos ausentamos al campo, y nos vemos obligados a beber agua de pozo—con las molestias y peligros consiguientes—o cuando tenemos que trabajar a la luz temblorosa y débil de una lámpara de petróleo, o embarrarnos al atravesar caminos resbaladizos y enlodados, entonces, sí, comprendemos y valoramos debidamente toda la importancia de los inventos; gracias a ellos, las casas humildes de hoy son más cómodas en muchos sentidos que los antiguos palacios alumbrados con lámparas de grasa y resguardados por puertas macizas, opacas y sin cristales.

Mucho debemos, pues, a los inventores, a esos hombres inteligentes, laboriosos y enérgicos que dedicaron su vida a descubrir y perfeccionar tanta cosa útil y favorable a nuestro bienestar.

Son tan numerosos y variados los inventos que se suman año tras año, día tras

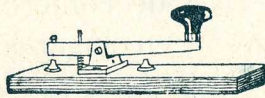
día, que los libros de estudio se ocupan casi exclusivamente de aquellos más importantes: la imprenta, la máquina de vapor, el aprovechamiento de la electricidad, etc.

Para formarse una idea de la trascendencia de tales inventos, basta suponer lo que ocurriría en el mundo si faltase cualquiera de ellos.

Si no hubiese sido inventada la imprenta, no se publicarían diarios ni revistas; los libros serían, como en la antigüedad, manuscritos tan escasos como costosos. En las escuelas, los maestros se verían obligados a dictar todas las lecciones o a prestar sus cuadernos a los alumnos para que éstos sacasen copias durante la noche. La propaganda industrial y comercial por medio de avisos impresos no existiría. Tal vez alguna fuerte casa de comercio, exhibiera, de tarde en tarde, en lugares concurridos uno, dos o tres ejemplares del cartel que hoy llamamos original, porque es el único pintado directamente por el artista para servir de muestra o modelo. Ahora bien; esa propaganda deficiente reduciría en extremo la importancia de las industrias y del comercio.

Hasta la misma vida de las naciones, se hubiera desarrollado en forma muy diferente en el caso de no existir la imprenta, porque los pueblos por falta de instrucción y de informes sobre las conveniencias de cada país y sobre los méritos o defectos de los gobernantes, pensarían y procederían de otro modo.

Si el aprovechamiento de la electricidad no hubiera sido logrado, no gozaríamos de medios de comunicación tan preciosos e insubstituibles como el telégrafo y el teléfono que nos permiten conocer sin demora cuanto pasa en los lugares más apartados de la tierra.





LOS INVENTORES

Frente a esos inventos transcendentales que han cambiado radicalmente la suerte del mundo, hay otros más humildes por su naturaleza, pero no por la utilidad que prestan.

Las máquinas, tanto las de escribir, coser, lavar y planchar como las industriales

y agrícolas; los aparatos de física y cirugía, ciertas substancias químicas, como el *radium*, que hoy se obtienen en el laboratorio, etc., son en su totalidad inventos utilísimos.

¿Qué grado de progreso habría alcanzado la medicina sin el auxilio del microscopio y de los anestésicos?

En épocas anteriores, cuando no había ropas impermeables y cuando era forzoso hacer largos viajes a pie por la escasez y el alto precio de los medios de transporte, ¡cuántos habrán conseguido evitar frecuentes y graves enfermedades resguardándose de la lluvia bajo un modesto paraguas!

Todos, todos los inventos, hasta los más humildes, prestan o han prestado importantes servicios. Pues bien; muchos de ellos, a pesar de su mérito, fueron antes rudamente combatidos.

La gente desconfiaba de los aparatos más o menos complicados, cuyo funcionamiento no era fácil comprender.

Los labradores ingleses se opusieron tenazmente a la colocación de los primeros rieles ferroviarios: temían que las locomotoras los arruinaran envenenando el aire

con su vapor e incendiando los campos y las cosechas con las chispas.

Bartolomé Thimonier, el inventor de la máquina de coser, no conseguía interesar al público con su descubrimiento. Para lograr que la gente se parase a escucharlo, se vió en la necesidad de llevar junto con su máquina un teatrillo de títeres, que él mismo dirigía. Sólo así lograba que la multitud lo rodease; pero en cuanto interrumpía la función teatral y presentaba su invento la gente se alejaba mofándose de él y de su máquina.

Muchos años pasaron antes de que se le hiciese justicia. La Exposición de Londres, inaugurada el año 1851, otorgó a Thimonier la primera y única recompensa que no bastó, por desgracia, para sacarlo de la pobreza, ni siquiera para compensar los sacrificios y gastos que su invento le había exigido.

Casi todos los beneficios y comodidades que hoy disfrutamos, se deben al esfuerzo y a las privaciones de hombres altruístas, inteligentes y enérgicos que se sacrificaron gustosos por conseguir el bienestar de sus semejantes.

BARTOLOMÉ MITRE

Raro ejemplo de patriotismo, laboriosidad, honradez y tolerancia fué la vida del teniente general Bartolomé Mitre, nacido el día 26 de junio de 1821 para bien y honra de la Patria.

Su actividad fué tan variada y fecunda, que no es posible dar idea de ella dentro de los estrechos límites de una lectura.

Desde los más distintos campos de acción y desde las más opuestas posiciones, sirvió al país con invariable amor y noble desinterés.

En las filas del ejército como desde la primera magistratura; en los campos de batalla como desde la banca legislativa; con la espada y con la pluma; como orador y como publicista; a toda hora y en cualquier circunstancia; siempre fué el general Mitre un servidor espontáneo, solícito e incansable del país.

Jamás mezquinó su esfuerzo ni rehusó

el apoyo ajeno que pudiera resultar beneficioso para la Nación.

Era en sus polémicas: vigoroso para la defensa y caballeresco en el ataque; incapaz de bajos rencores y familiarizado con la lucha, llevaba su tolerancia a extremos increíbles. A los injustos reproches oponía su calma persuasiva; y a los propósitos intransigentes su ecuánime espíritu de conciliación.

Hizo patria en todo momento: administrando el presente, legislando para el porvenir y reviviendo el pasado en sus sentidas páginas de historia.

Amó y sirvió todas las manifestaciones más altas y nobles del espíritu humano: ciencias, artes, jurisprudencia, literatura, etc.

Fué trabajador infatigable y hombre justo como pocos.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Inflexible como San Martín, desinteresado como Belgrano, clarividente como Rivadavia, laborioso como Mitre: así fué Domingo Faustino Sarmiento, aquel trabajador infatigable que pasó la vida luchando por conseguir el mejoramiento material y moral de su patria y de toda la América española.

Tenía Sarmiento un carácter entusiasta y combativo que lo impulsaba a poner sus energías al servicio de toda causa que considerara buena.

Admirador de la civilización europea y del espíritu activo y democrático del pueblo norteamericano, quería difundir en las regiones de Sud América: las útiles enseñanzas de la ciencia, las altas creaciones del arte, los últimos inventos de la industria, las nuevas prácticas políticas y comerciales; en pocas palabras: quería civilizar cuanto antes estos países, que estaban en su época muy atrasados.

Ese hombre generoso sentía desde niño una extraordinaria *vocación docente*, o sea la necesidad de enseñar, el afán de transmitir a los demás los conocimientos que él había adquirido.

Deseaba que todas las buenas ideas se difundieran, que todos los grandes propósitos se propagaran, por eso fué maestro, periodista y fundó muchas escuelas y bibliotecas públicas.

La instrucción de Sarmiento era vastísima a pesar de que todos los conocimientos los había adquirido por su propio esfuerzo, leyendo y estudiando.

Sus méritos lo elevaron desde el cargo importante, pero humilde de maestro, hasta la Presidencia de la Nación.

Ocupó también otros muchos puestos públicos de importancia, fué: legislador, superintendente general de escuelas, ministro, representante diplomático, etc., demostrando siempre su amor a la Patria, su capacidad para el trabajo y su energía para defender los intereses del pueblo.

ÚLTIMO DÍA DE CLASE

¡Qué pronto ha transcurrido el año escolar!

Parece que apenas hubieran pasado tres o cuatro meses desde el día en que se iniciaron las clases.

Es cierto que mientras se trabaja el tiempo corre muy ligero, y durante este año hemos estudiado mucho; felizmente, con provecho.

La señorita Moreno estaba muy satisfecha. Las clases públicas resultaron tan lucidas en mi grado, que el señor inspector y algunos miembros del Consejo Escolar que habían concurrido a presen-



ciarlas, llamaron a mi maestra para felicitarla especialmente.

La señorita Moreno se habrá convencido hoy de lo mucho que la quieren sus discípulos; porque todos sin excepción, hasta los menos cariñosos, estaban tristes al despedirse de ella, y querían demostrarle de un modo u otro lo mucho que les apenaba dejar su clase.

Yo sentí una tristeza muy grande al decir adiós a ese salón en donde había pasado tantas buenas horas, junto a una maestra tan bondadosa y a compañeros que me estiman y que yo aprecio.

Cuando me alejaba del colegio me sentía tan abatido que mamá, dándose cuenta de mi pena, me preguntó:

—¿Qué tienes, Víctor? ¿Te desagradan las vacaciones? ¿Te gustaría seguir yendo al colegio durante todo el año?

—No, mamá, —le contesté—: es bueno, es necesario descansar unos meses. Además, ya sabes como soy yo: siempre me siento feliz, siempre me hallo contento. Cuando tú y papá me recuerdan que las vacaciones van a terminar, experimento una inmensa alegría.

¡Qué suerte, me digo, pronto volveré a la escuela que tanto quiero, pronto veré y conversaré de nuevo con mis antiguos maestros y condiscípulos; y el recuerdo de los salones inmensos, ventilados, y de los grandes patios, en donde jugamos durante los recreos, me llenan de alegría; y en los días como hoy, cuando termina el año escolar, me siento dichoso porque han llegado las vacaciones que me permiten quedarme tranquilo en casa estudiando y jugando cerca tuyo y de papá.

La despedida me causó tristeza, pero ya ha pasado; yo siempre estoy contento, mamá: durante el día porque es de día y cuando llega la noche porque es de noche.

Muchas personas prefieren la primavera y el otoño, porque en esas estaciones no hace frío ni calor.

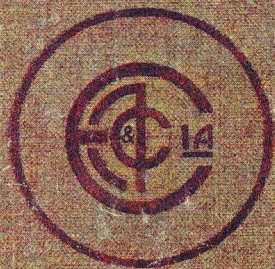
Yo no prefiero tal o cual época del año, porque todas me agradan igualmente, cada una tiene sus encantos. Me gusta la primavera por las ramas cubiertas de yemas y de flores, y por los nidos llenos de pajaritos que aun no saben volar; me agrada el verano por sus mañanas largas y luminosas y por sus tardes tranquilas y calladas;

me gusta el otoño por las hojas secas que vuelan en remolinos y por los colores limpios y transparentes que se ven en el cielo cuando se pone el sol; y me gusta el invierno por sus días de lluvia y de viento, por la escarcha que brilla en los charcos y por el rocío que empaña los cristales durante la noche mientras leo o descanso.

Todo, todo, es hermoso o agradable bajo nuestro sol.



19321



LL
1930
RYA

de Maestros